

Melodía Inmortal

Saga Lazos Inmortales

Olga Salar

ePUB

Cuando nuestro amor por la música se vuelve casi una obsesión, la pregunta es muy sencilla.

¿Qué precio estás dispuesto a pagar por ella? ¿A qué serías capaz de renunciar? ¿Y si con ello perdieras a la persona que más quieres? ¿Volvería a amar tu corazón? ¿Nos dará la vida una nueva oportunidad? ¿O estaremos condenados eternamente a no escuchar más que el silencio?



Olga Salar

Melodia inmortal

Lazos Inmortales - 01

ePub r1.2

Rocy1991 07.12.14

Título original: *Melodía Inmortal*
Olga Salar, 2012

Editor digital: Rocy1991
ePub base r1.2

más libros en **ePubGratis**

Prólogo

Por Victoria Rodríguez
autora de “Los Guardianes de la Espada”

Bienvenidos a *Melodía Inmortal*.

En un par de páginas vais a comenzar a leer una historia de amor con un toque paranormal que no os dejará indiferentes. Una historia que traspasa las barreras del tiempo, subyugante, llena de misterios y fuertes emociones...

Vais a conocer a Danielle, una chica seductora, lista y popular que, por las circunstancias especiales de su vida, se convertirá en una tentación irresistible para un ser muy peligroso que acecha en la ciudad de Armony, donde transcurre nuestra historia.

Y os encontrareis, cómo no, con Oliver. Un chico rebelde, misterioso y atractivo, cuyo amor por la música llegó a convertirse tiempo atrás en una obsesión que le llevó a tomar una nefasta elección... Y aún está sufriendo las consecuencias. Ahora, deberá proteger a Danielle del influjo de ese ser maligno que aún atormenta su vida y, de paso, tratar de conseguir redimirse y salvarse de sí mismo...

De la mano de Olga Salar (*Olga Lunera* en Internet), os meteréis en la piel de los protagonistas para vivir su insólito romance. La narración en primera persona te sumerge de lleno en sus emociones y sus miedos, en sus pasiones y sus esperanzas, consiguiendo que la novela te atrape desde las primeras páginas.

Con su prosa fluida, ágil y personal, Olga nos regala una historia de amor que va mucho más allá del momento que están viviendo. Nos transporta al pasado, a distintas épocas de otros siglos y logra que los personajes sean

inolvidables, eternos e irresistibles.

¿Y la música? La música es un personaje más de la novela. Las notas flotan entre los párrafos, la melodía te acompaña durante toda la lectura. Las alusiones a los diferentes estilos de música, de todas las épocas, salpican la novela como corcheas en una partitura en clave de sol, consiguiendo una composición mágica y bien ejecutada.

No os entretengo más. Os dejo ya que paséis la página y comencéis a leer esta maravillosa historia que os conquistará en cada capítulo. Preparaos para disfrutar con la desbordante imaginación de Olga y dejaos seducir por su *Melodía Inmortal...*



Capítulo 1

Eran las ocho en punto cuando abrí la puerta y me encontré a Samuel sonriéndome y mirándome con admiración.

—Estás impresionante —dijo en un susurro ahogado. Al parecer no podía evitar decir lo mismo cada vez que me veía. Sonreí ante la idea de que me encontrara guapa.

—Gracias, tú también —le respondí, y era totalmente cierto, llevaba un jersey de lana gris y unos vaqueros azules que le quedaban como un guante, sus enormes ojos del mismo color brillaban y su sonrisa dejaba al descubierto su perfecta y blanca dentadura, fruto del arduo trabajo de su padre. Sonreí aún más, al recordar a sus padres, a cual más pintoresco, el simpático dentista y la alocada psicóloga infantil. Nunca me extrañó que Samuel fuera tan especial siendo educado por semejantes progenitores.

Cenamos en una pizzería del centro a la que íbamos bastante, por lo que la noche comenzó bastante normal. Compartimos una pizza barbacoa y hablamos sin parar de las clases y de los amigos comunes, Samuel sonreía y bromeaba sin descanso y durante un momento me encontré fantaseando con la idea de que me besara. Me resultó absolutamente increíble que fuéramos amigos prácticamente desde siempre y que me hubiese costado tanto darme cuenta de lo guapo y dulce que era. Noté como me ruborizaba al mismo tiempo que sentía un familiar pinchazo en el corazón.

Samuel palideció al instante, estaba demasiado pendiente de nuestra

conversación como para no darse cuenta de mi gesto al llevarme la mano al pulso que latiendo en mi muñeca.

—¿Estás bien, Danielle? —preguntó preocupado.

—Perfectamente —había perfeccionado tanto mi expresión que era imposible que se diera cuenta que estaba mintiendo. Necesitaba relajarme para que me bajaran las pulsaciones producidas por la taquicardia, por lo que me concentré en la respiración mientras Samuel balbuceaba nervioso algo sobre volver a casa.

Cuando sentí que las cosas volvían a ser normales, retomé la conversación anterior y fingí que no había pasado nada importante, al fin y al cabo eso se me daba muy bien, llevaba toda mi vida haciéndolo.

—Vamos a pagar o llegaremos tarde —le dije con una sonrisa vacilante, no estaba muy segura de que no me obligara a regresar a casa.

—Yo invito —anunció sin darme opción a negarme, respiré aliviada. No lo había hecho tan mal.

—Vale, yo pago el cine y las palomitas.

Estaba a punto de protestar, cuando se lo pensó mejor; si pagaba también el cine no habría ninguna duda de que estábamos en una cita, y al parecer, Samuel también dudaba las consecuencias de calificarla como tal. Yo por mi parte estaba empezando a verlo de otro modo, menos amistoso y más romántico, aunque, al igual que él, tampoco sabía si estaba preparada para asumir un cambio tan drástico en nuestra relación.

El cine estaba a dos manzanas de la pizzería. Llegábamos tarde, por lo que me cogió de la mano y tiró de mí para que me diera prisa, no sentí mariposas en el estómago por el gesto ni nada parecido, seguramente era una patraña inventada por el cine.

No llegamos a correr porque Samuel sabía que no debía hacerlo, estar con él me hacía sentir normal, no era necesario que dijera nada, ya sabía todo lo que había que saber sobre mí. A veces sentía que eso era bueno mientras que otras no me lo parecía tanto. Siempre había imaginado que conocería a esa persona especial y que iríamos descubriéndonos poco a poco y disfrutando de cada revelación.

Llegamos al cine justo a tiempo, las luces de la sala ya estaban apagadas, pero en la pantalla aún se veían los *trailers* de las películas proyectadas en las

otras salas. Sorprendentemente, Samuel no había discutido conmigo cuando elegí la comedia más romántica de la cartelera, las otras opciones no eran mucho más atractivas, una película de zombis, otras dos de tiros y peleas, y la que había visto la semana anterior con Andrea...

Nos acomodamos en la parte de atrás y nada más sentarnos se quitó el grueso jersey de lana, debajo llevaba una camiseta de manga corta negra en la que rezaba el lema: «*Me caes bien. Te mataré el último*» sonreí, no es que le pegara mucho a su cara de bueno, pero había que reconocer que le quedaba ideal, se le ceñía a los músculos de los brazos y el color negro resaltaba sus ojos y su cabello claro. Su perfume me golpeó cuando dejó su jersey en la butaca vacía contigua a la mía. Me quité la cazadora vaquera y el bolso, y los dejé en el mismo lugar. Crucé las piernas y tiré de la falda que Andrea me había obligado a ponerme junto con unas botas altas de tacón de aguja que me estaban destrozando los pies. Por el rabillo del ojo vi que Samuel no quitaba los ojos de mis piernas, empezaron a sudarme las manos por los nervios, estaba a punto de girarme para mirar a Samuel, que seguía observándome en silencio, cuando escuché que alguien me saludaba.

Miré al frente y me di cuenta de que había sido él quién me había hablado. Sorprendida de que me hablara dos veces en la misma semana, le respondí en un susurro, ya que no era capaz de controlar ni modular mi voz.

—Hola.

Oliver me estaba mirando fijamente como si quisiera adivinar qué estaba pensando o como si pudiera conocer mis pensamientos a través de mis ojos. Me alegré interiormente de que estuviera oscuro y no pudiera ver lo aturdida que estaba. Normalmente su presencia me ponía de mal humor, pero la dulzura de su voz al pronunciar mi nombre, me había pillado con la guardia baja.

Escuché a Samuel saludarlo, pero él no apartó su mirada de mí, entonces oí una voz femenina que hablaba con Samuel. No fue necesario mirarla para saber quién era la chica que acompañaba a Oliver. Antes era una de mis mejores amigas, Andrea, ella y yo habíamos sido inseparables. Theresa me lanzó una mirada de arriba abajo y a juzgar por su gesto pareció sorprendida de verme con Samuel, o quizás fuera la falda lo que la sorprendió.

Entonces los anuncios se acabaron y empezó la película, Oliver lanzó un

nos vemos y se giró hacia delante, mientras, yo me quedé con la sensación que era capaz de ver lo que hacíamos sin necesidad de girar la cabeza para mirarnos. Theresa no dijo nada y también se dio la vuelta, parecía resentida cuando por fin apartó su mirada de la mía, aunque no pude comprender el motivo de su gesto.

Samuel cogió mi cara entre sus manos y me obligó a mirarle, me sonrió tímidamente como pidiéndome perdón por algo por lo que él no tenía la culpa, nadie esperaría encontrarse con Oliver en una película romántica, ya puestos, nadie esperaría encontrarse a Oliver en un cine. Su imagen iba más con un concierto de rock o una concentración de motoristas, un cine era un lugar demasiado normal para él.

Me acerqué a Samuel un poco más, Oliver me alteraba profundamente y Samuel me tranquilizaba, olía a suavizante y a la colonia que llevaba años usando, Samuel era una isla que siempre había estado ahí para evitar que me ahogara. Él nunca me rompería el corazón, sonreí ante el pensamiento, mi corazón ya estaba lo suficientemente roto por sí mismo como para necesitar ayuda externa. Aunque hubo un tiempo en que alguien había estado a punto de quebrarlo definitivamente.



Estaba sorprendido de lo mucho que me molestaba verlos juntos, dos años atrás decidí que no podía estar cerca de ella y nunca había supuesto ningún problema importante, vale que había tenido que esforzarme bastante para mantenerme alejado de ella, pero nada que no pudiera soportar. Tenía mucha práctica en soportar situaciones con las que una persona normal no podría vivir.

Sin embargo, desde que la había escuchado cantar el día anterior, no había podido sacármela de la cabeza. Noté cómo Theresa se apoyaba en mi hombro, y me sentí incómodo, incluso molesto. Ella era solo alguien con quien divertirme y no me engañaba pensando que para ella era algo más, me veía exactamente igual que lo hacía yo, como una compañía agradable y

temporal, aunque ella contaba con el añadido de que yo era el chico que deseaban sus amigas y del que solo ella disfrutaba.

Tenía el cuerpo en tensión para no girarme y mirar qué estaban haciendo. ¿Se estarían besando? ¿Estaban saliendo como pareja? Sabía que eran amigos desde siempre, pero por la manera en la que se habían sentado y cómo se miraban, era posible que hubiera algo más entre ellos. En ese momento Theresa intentó cogerme la mano pero yo la aparté incapaz de soportar su contacto.

No podía interesarme por ella. No podía volver a pasar por eso otra vez. No quería que Gabriel la viera, no podía formar parte de mi vida. Era mi mantra durante los últimos meses.

Estaba enferma y yo no podría vivir con eso, a pesar de lo que había hecho, de lo que era, no podía estar con ella, no quería hacerlo.

Estaba tan concentrado en mis pensamientos que no me enteré de qué iba la película, miraba la pantalla sin ver, pero entonces toda la sala al unísono soltó un suspiro, los protagonistas se estaban besando y algo dentro de mí me empujó a volver la cabeza y mirarla, estaba sonriendo concentrada en el beso, Samuel la tenía cogida de la mano y tiró de ella hacía sí, ella lo miró sorprendida, debía de ser la primera vez que se besaban, porque su actitud era de sorpresa, incluso algo de timidez. Entonces Samuel se acercó despacio para que ella retrocediera, si quería, mantuve la respiración, esperando que ella se apartara de su cercanía. Pero Danielle le mantuvo la mirada sin moverse, él dio el último paso y la atrajo hacia su cuerpo todo lo que le permitió la butaca.

Me quedé quieto, con los puños a los costados y los nudillos blancos de tanto apretarlos. Una palabra me invadió la mente e hizo que mis ojos solo vieran un vacío negro que lo inundaba todo; NO, NO, NO...



Sabía que Oliver nos estaba mirando y aun así besé a Samuel, necesitaba que él fuera lo que siempre había buscado... Aunque una parte de mí ya sabía

que no era así.

Su boca era cálida y me hacía sentir bien, le pasé las manos por detrás de la nuca y jugueteé con su suave cabello, de un rubio desvaído.

Intenté dejarme llevar, pero Oliver se interponía, le había visto mirarme, había sentido la caricia de sus ojos y era consciente de su presencia, nunca había sido una persona tímida, pero él me hacía sentir rara, airada y melancólica a la vez. Me hizo sentir que besar a Samuel delante de él no era correcto, y me molestó enormemente sentirme así sólo porque se había dignado a hablarme después de ignorarme sistemáticamente durante años.

Yo no lo había elegido, fue él quien decidió ignorarme. No podía cambiar de opinión de repente y esperar que yo actuara como si nada hubiera pasado.

Samuel, me acarició la mejilla y se separó de mí como si fuera el mayor esfuerzo de su vida, me miró directamente a los ojos, como si pudiera encontrar en ellos las respuestas a sus preguntas, como si pudiera leer en ellos qué había significado el beso en nuestra relación. Pero sabía que por mucho que mirara no encontraría nada, porque yo no tenía derecho a un futuro, conmigo sólo contaba el momento presente y sin embargo mi mente se empeñaba en arrastrarme al pasado.

—¡Madre mía! —exclamó Andrea.

Me volví mientras dejaba los libros en la taquilla y cogía los de la siguiente clase.

El chico nuevo avanzaba hacia nosotras, le habían asignado la taquilla pegada a la mía, pero hacía días que no me dirigía la palabra. Después de haber coincidido con él en el partido y haberse mostrado agradable, dejó de mirarme.

La primera vez que me lo encontré en el cambio de clase, le saludé y me quedé con el saludo en los labios, ni siquiera se molestó en girarse o responder.

Desde entonces, actuaba del mismo modo que él lo hacía conmigo, como si no hubiera nadie, como si no fuera más que humo.

En mi afán por alejarme de su presencia y su actitud evasiva, terminé chocando contra él con tanta fuerza que durante un segundo se me cortó la respiración. La descarga eléctrica que había sentido cuando nos tocamos accidentalmente me había noqueado. Del impacto, tuvo que sujetarme por

los brazos porque si no hubiera terminado en el suelo.

Levantó la mirada hacia mí y sus ojos verdes tenían un brillo inusual, rodeando el iris tenía motitas doradas. Me sentí como una tonta cuando arqueó una ceja mientras se dibujaba en su rostro una sonrisa burlona, debía pensar que yo era una más de las que suspiraban por él.

Me puse recta y sin tan siquiera agradecerle que hubiera evitado mi caída me marché. Dispuesta a olvidar lo que había sido volver estar entre sus brazos.



Samuel me sonrió y volvió a fijar la mirada en la pantalla, dos segundos después yo también intentaba concentrarme en la película pero ya no me divertía como al principio, me excusé y le dije que iba a salir al baño. Al abandonar la sala, sentí que podía volver a respirar, no había nadie en el hall del cine que me observara, que intentara besarme o incomodarme. La tranquilidad me duró muy poco, estaba en la puerta del baño de las chicas cuando Oliver apareció de la nada y tiró de mí hasta meterse conmigo en uno de los retretes, estaba tan sorprendida que fui incapaz de hablar o de apartarme.

El espacio era tan estrecho que estaba prácticamente pegada a él. Sentía el calor de su aliento sobre mi mejilla.

Esperé que dijera algo, pero no habló, parecía enfadado. Me pregunté si era por mí, aunque era consciente que no había hecho nada que pudiera molestarle.

—No debería —dijo para sí mismo—. Esto es un error —continuó para sí. Sin importarle que yo no comprendiera sus palabras.

No sabía de qué hablaba, o tal vez sí... pero entonces me cogió por los hombros y me arrastró hacia él evitando el corto espacio que nos separaba, volví a sentir la misma descarga eléctrica que sentí la primera vez que me tocó. Algo en su expresión me dijo que él también lo sentía.

Tenía la sensación que iba a besarme. Y yo no quería que lo hiciera, no

quería besarle, me repetí a mí misma como intentando convencerme de ello. Otra vez no.

En un arranque de lucidez, abrí la puerta y salí de allí, alejándome de Oliver, de su calor, de su proximidad y de la tentación que suponía su boca. Parecía sorprendido por mi reacción cuando me siguió fuera.

Estaba a punto de decirme algo, pero una voz le interrumpió antes incluso de que abriera la boca para hablar.

—No puedes estar aquí. Este es el baño de las chicas —le regañó una voz femenina.

Cuando giré la cabeza me encontré con Rachel, una chica del último curso, que siempre iba vestida de negro. No era exactamente gótica puesto que su maquillaje era bastante normal, pero sí que llevaba las uñas negras, y su ropa debía de ser de alguna tienda de ese estilo porque era muy barroca y oscura.

Oliver se quedó mirándola fijamente, sus ojos verdes perdieron sus motitas doradas. Sin decir nada se dio la vuelta y se marchó. Me sorprendió que no replicara y que simplemente se fuera. Debía de estar avergonzado, por eso se marchó sin rechistar o quizás arrepentido por haberme seguido.

—No deberías fiarte de él —me aconsejó la morena.

—No lo hago —me defendí ante la actitud hostil con la que había mirado a Oliver y la frialdad con que me hablaba a mí. Me pregunté si ella era otra de sus conquistas, pero enseguida descarté la idea, era imposible. Sin duda Rachel no era la clase de chica que saldría con él.

—No lo parecía —me acusó con sus ojos azules, casi transparentes, fijos en los míos.

—¿Qué sabes tú? —le espeté y salí del baño temblando de rabia. ¿Quién se había creído Oliver para volver a entrar en mi vida?, para irrumpir en ella como si los últimos dos años no hubieran existido ¿y Rachel? Otra con la que tampoco había cruzado más que dos palabras en los pasillos del instituto. Llevaba el mismo tiempo que Oliver en la ciudad y marcaba las distancias tanto como él, jamás se había molestado en hablarme. Y ahora se creía con derecho a regañarme.

Regresé a la sala y me dediqué a ver la película. Samuel me pasó el brazo por los hombros y me acerqué a su calor. Oliver estaba en su asiento con el

brazo sobre los hombros de Theresa, como si no hubiera pasado nada entre nosotros, como si dos minutos antes no hubiera intentado volver a besarme.



Capítulo 2

Florenxia, Italia 1535

Estaba abstraído en mis pensamientos cuando percibí unos ruidos en el pasillo, tras la puerta de la sala de música donde yo prácticamente vivía si exceptuábamos las escasas horas de sueño de que disfrutaba. Sonaban como murmullos y risas, era demasiado tarde para que los sirvientes estuvieran limpiando en esa parte de la casa.

Movido por la curiosidad me acerqué a la puerta en silencio y la abrí suavemente sin hacer ruido. Mi hermana Isabella estaba cuchicheando con Mefisto, el nuevo secretario de nuestro padre. El hombre tenía algunos años más que yo, seguramente no más de dos, y había conseguido en los pocos meses que llevaba en la casa las simpatías de toda la población femenina, desde sirvientas hasta mi propia familia y amigas. Observé la escena sin que ninguno de los dos reparara en mí, Isabella llevaba el pelo oscuro recogido en un moño alto, con diversos mechones rebeldes escapando de él, me percaté de que su ropa parecía arrugada, sobre todo la falda del vestido de tarde que llevaba puesto. Sus ojos verdes tan parecidos a los míos brillaban mientras le miraba embelesada.

Mefisto, con ese aspecto felino que le otorgaban sus ojos pardos, giró la cabeza y clavó su dura mirada en mí. No tuve tiempo a reaccionar y esconderme antes que Isabella me viera, reconocí la vergüenza en su rostro,

se despidió de Mefisto con la mano y vino a mi encuentro atusándose el vestido y recolocándose el corpiño.

—¿Qué crees que has visto, hermano? —preguntó a la defensiva. Me quedé callado un momento mientras contemplaba su estado, su cabello revuelto y su ropa descolocada.

—¿Qué crees que he visto, hermana? —le respondí buscando provocarla.

—Fausto querido, deja de jugar conmigo, esto es muy serio. Si padre se entera de lo nuestro le echará a la calle y jamás volveré a verle, al menos con vida.

—No tienes de que preocuparte, todo saldrá bien —le prometí abrazándola mientras le acariciaba el cabello, mucho más fino que el mío pero del mismo color oscuro.

De todas mis hermanas Isabella era la más cercana, nos llevábamos un año y desde niños habíamos hecho frente común ante el abandono de nuestros padres.

Isabella se relajó en mis brazos. Me enfadé conmigo mismo por mentirle. Mi padre sería capaz de encerrarla en un convento con tal de mantener el buen nombre de la familia. Lo que no sabía era hasta dónde había llegado mi hermana con Mefisto y no me parecía caballeroso preguntárselo. Recé en silencio para que Isabella no tuviera que enfrentarse nunca a mi padre.



—¡Bravo! —aplaudió Mefisto. Me sobresalté al escucharle puesto que creía estar solo.

—Gracias —respondí.

Desde que había descubierto su relación con mi hermana, su compañía me incomodaba y su zalamería me resultaba artificial.

Evitaba su presencia todo lo que la buena educación me permitía, porque sabía que si me lo encontraba a solas no podría evitar decirle lo que pensaba de su actitud con respecto a Isabella. Por esa razón reaccioné con tanta frialdad ante sus elogios. Estaba tratando de contener mis ganas de

golpearle.

Él no se amilanó ante mi fulminante mirada y se acercó al piano pavoneándose como si fuera algo más que un simple secretario al servicio de mi familia. Había demasiada altivez y seguridad en su forma de andar y de dirigirse a sus superiores. Me sorprendí al caer en ello, ya que nunca antes me había dado cuenta de ese detalle.

—Es una lástima —musitó para sí mismo lo suficientemente alto para que yo le escuchara y preguntara sobre su críptico comentario.

Deliberadamente piqué y le abordé.

—¿Qué es una lástima, señor?

—El tiempo que le dedica a la música. Debería asistir a bailes, cortejar a las damas y disfrutar de su dinero y su posición —me explicó, complacido por mi interés ante sus crípticas palabras.

—La música es mi vida —rebatí ofendido.

—Más bien una amante ingrata —comentó sin ningún pudor por ofenderme.

—Señor, no le permito...

—Discúlpeme —me cortó antes que pudiera recriminarle su ofensa—, no pretendía ser insolente, simplemente me molesta que El Todopoderoso haya sido tan injusto con usted —no se me escapó el profundo desdén con que pronunció el sagrado nombre. Ante mi mirada sorprendida continuó—. Por favor, déjeme que me explique. Usted es una persona inteligente, seguro que me entiende —optó por halagarme, consciente que la hiel se tragaba mejor con miel.

—Ahora mismo le aseguro que no lo hago —doté a mi voz de toda la indiferencia de la que fui capaz, fuera lo que fuera lo que quisiera contarme. No estaba interesado, ese hombre jamás me inspiraría confianza.

—Vamos Fausto, abra la mente y asegúreme que está dispuesto a escuchar mi oferta hasta el final —lo dijo mirándome directamente a los ojos y pude ver como las pupilas se iban afilando pareciéndose cada vez más a las de los gatos.

—Prometo escucharle —aseguré sorprendido por que se atreviera a usar mi nombre, no solo se trataba de las diferencias sociales, era más una cuestión sentimental.

—Eso es más que suficiente, querido amigo —ronroneó pareciéndose cada vez más a un astuto felino que tiene entre sus garras a un incauto ratón.



Estaba en la cama cuando un grito desgarrado me despertó. Sobresaltado y con el corazón latiendo desbocado en mi pecho, me levanté y me puse a buscar mis botas, gracias a Dios había llegado tan cansado del baile de los Donoso que me había dejado caer sobre la cama vestido. Desde que acepté lo que Mefisto me había ofrecido, mi vida era un constante ir y venir de fiestas, alcohol y mujeres. Como ya no necesitaba practicar a todas horas, disfrutaba de mi tiempo libre rodeado de los lujos y los vicios que había evitado durante toda mi vida.

Al salir de mi dormitorio vi que toda la casa estaba en pie, los gritos y los llantos de los sirvientes me pusieron en alerta. La sensación de terror se instaló más profundamente en mi pecho. Bajé las escaleras sin fijarme en nada, demasiado asustado, con una horrible sensación en la boca del estómago, que me provocó náuseas e incrementó el malestar de la resaca, y con el odioso presentimiento que Isabella estaba en peligro.

Cuando llegué al pie de la escalera vi a mi padre, blanco como la cal, maldecir en voz alta y llevarse las manos a sus blancos cabellos.

La puerta estaba abierta, salí a la calle con las rodillas tan débiles que aún no comprendo cómo fueron capaces de sostenerme.

Mi madre lloraba en el suelo, sobre algo, sobre alguien. Isabella se había quitado la vida, se había lanzado al vacío desde la torre medieval que aún conservaba nuestra casa. Asustada al saberse embarazada y abandonada. Ella me había confesado su temor y yo demasiado embriagado por mi nuevo poder, había dejado a un lado mi propia sangre. Me prometí a mí mismo volver a ser yo. Aunque para ello tuviera que abandonarlo todo y dejar Florencia para siempre, me agaché junto a mi temblorosa madre y me hice con la pequeña cruz que mi hermana tanto había adorado.

Lo que no me esperaba cuando me marché a toda prisa y sin mirar hacía

atrás, era que Mefisto fuera a seguirme hasta el fin del mundo, durante el resto de mi vida.



Capítulo 3

Había llegado por fin el fin de semana en que mi padre iba a estar fuera de Armony, para asistir a un congreso sobre literatura medieval, una de sus grandes pasiones. La noche anterior me había acostado confusa y nerviosa, por lo que había sucedido en el cine. Cuando Samuel me dejó en casa se despidió con un simple roce de labios, no fue para nada como el beso que me había dado horas antes. Agradecí que no me presionara para que nuestra relación avanzara, ya tenía más que suficiente con la nueva actitud de Oliver como para preocuparme también por Samuel. Fuera lo que fuera lo que había entre nosotros, tenía que surgir naturalmente, igual que lo había hecho nuestra amistad.

Estaba tan cansada que me desperté bastante tarde la mañana del sábado, cuando bajé a la cocina dispuesta a prepararme el desayuno, comprobé que mi padre se había marchado sin despertarme, me había dejado una nota junto al teléfono con el número de su hotel y un emoticono de sonrisa, me reí; siempre conseguía sorprenderme, era tan diferente a los padres de mis amigas. Aunque quizás se debía a mi enfermedad, y a su afán porque disfrutara de la vida, fuera lo larga que fuera. Mi madre tomó la decisión de tenerme aunque ello acabara matándola, y yo tenía que vivir por las dos.

Me iba a pasar los próximos dos días sin nadie que estuviera todo el día pendiente de mí. Arrugué la nariz, Andrea iba a ser un hueso duro de roer, pero estaba segura de poder controlar la situación. Ella no iba a cesar en su

empeño por cuidar de mí, pero podía deshacerme de sus atenciones con solo nombrar a Marc, entonces enrojecía y se ponía a hablar del tiempo, olvidándose de lo que estaba haciendo antes. Sus gustos eran tan evidentes que no podía evitar enfadarme cuando ella lo negaba tan vehementemente.

Como si la hubiera conjurado, mi mejor amiga llamó a la puerta con una bolsa de deporte rosa de *Adidas* y toda la intención de pasar el fin de semana conmigo.

Al parecer sus padres y el mío habían decidido que era buena idea sin consultarlo conmigo, de esa manera no estaría sola y al mismo tiempo dispondría de la libertad que mi padre siempre me otorgaba.

No éramos las típicas niñas de diecisiete años, debido a mi enfermedad. Mi padre había conseguido que mi amiga gozara de casi la misma libertad que tenía yo. No le había resultado muy difícil, él era profesor en nuestro instituto y yo era una buena influencia para su hija, pero sobre todo estaba lo de mi enfermedad, los padres de Andrea sentían lástima por mí y contribuían a la causa dejando que su hija y yo hiciésemos cosas de mayores, por si moría antes de llegar a los veintinueve como mi madre, pero aunque nadie lo decía abiertamente, yo sabía que mi madre hubiese vivido más si no se hubiese empeñado en tenerme.

Los padres de Samuel eran diferentes en ese aspecto, jamás me habían hecho sentir enferma o débil, pero ellos eran la excepción a toda regla y quizás todo se debía a una deformación profesional, la madre de Samuel, Anne, era psicóloga infantil y creía fervientemente que pensar en positivo ayudaba a que el cuerpo funcionara mejor.

Andrea entró como un vendaval en casa, soltó la mochila junto a la puerta y me arrastró hasta el sofá, sin siquiera saludarme.

—¡Cuéntame ahora mismo todo lo que pasó anoche! Y no te dejes ningún detalle —me pidió mientras me miraba directamente a los ojos.

—Hola Andrea, ¿qué tal estás? Veo que llevas bolsa, ¿quiere eso decir que piensas quedarte en casa? —pregunté a pesar de conocer la respuesta.

—Después —se limitó a decir como respuesta a mis preguntas—. ¡Cuéntamelo todo! No te hagas de rogar —se quejó ante mi silencio.

—Samuel vino a recogerme, fuimos a cenar y luego al cine —le dije para molestarla, al ver su cara fingí que iba a añadir algo más interesante—. Por

cierto, vimos la última película de Katherine Heigl.

—¿Te crees graciosa? —me preguntó empezando a impacientarse por mis respuestas evasivas.

—Sé que soy graciosa —le rebatí. Al ver su cara sarcástica supe que ya la había hecho enfadar lo suficiente—. Vale, vamos a ver, Samuel vino a recogerme —frunció el ceño, y yo me reí—. Y fuimos a cenar a la pizzería Mario, la que está cerca del cine Imperial —me miró con el ceño fruncido, ya sabía de sobra dónde estaba la pizzería—, compartimos una pizza barbacoa y después fuimos al cine, nos encontramos con Theresa y con Oliver. Samuel me besó mientras Oliver nos miraba, luego Oliver me siguió hasta el baño de chicas y parecía que quería decirme algo, incluso llegué a pensar que iba a besarme —paré mi relato pensativa—, sí, casi estoy segura que esa era su intención, pero entonces me largué y lo dejé plantado, no me parecía correcto besar a dos chicos la misma noche —expliqué con total normalidad.

La cara de mi amiga era todo un poema, estaba tan alucinada que tardó varios segundos en comprender que ya había terminado mi historia y que no iba a añadir nada más.

—¿Que Oliver intentó besarte? —preguntó por fin con los ojos abiertos y desconcertados.

—Vaya y yo que pensaba que te emocionaría más el beso de Samuel —me burlé yo, intentando que no se pusiera a diseccionar esa parte de la historia.

—¿Hablaste con Theresa? —su voz era la misma que ponía para contestar a las preguntas que le formulaban los profesores en clase, seria e interesada al mismo tiempo.

—Me saludó con un gesto, pero no me habló. Cumplió a la perfección con lo que Oliver le ha pedido —le expliqué, recordándole con mis palabras, lo que Theresa nos contó dos años atrás.

—¿Sabes? A veces la echo de menos. Todo era diferente cuando estábamos las tres. No entiendo como pudo dejarnos tiradas después de estar toda la vida juntas, y encima por un chico, por mucho que el chico se llame Oliver y esté buenísimo.

»En fin, si se enterara que Oliver intentó besarte, no creo que le sentara muy bien, siempre ha sentido celos de ti. Además no tendría mucho sentido al

fin y al cabo, ella nos dejó porque él no quería tener nada que ver contigo y tampoco que lo tuviera ella. O al menos esa fue la excusa que ella nos dio —comentó dudando de la veracidad de la explicación que habíamos creído a pies juntillas desde hacía dos años—. No entiendo como ahora él ha decidido que vuelves a existir y mucho menos que te siga hasta el baño con la intención de besarte.

—Yo tampoco lo entiendo —la corté—, pero no me importa. He vivido dos años sin ellos y ahora la que no está interesada en su amistad soy yo.

—¿Qué harás si Oliver te busca? —me sorprendió que me preguntara algo así, Andrea sabía de la animadversión que yo sentía por Oliver.

—Nada, no haré nada, porque eso no va a suceder —dije intentando convencerme a mí misma de mis palabras, apagando cualquier esperanza que pudiera surgir de nuevo en mí.

—¿Es por Samuel? —preguntó perspicaz.

—Es por mí. No soy ninguna tonta y no voy a dejar que me manipulen. La conversación ha terminado, no tengo ganas de seguir hablando del tema. Oliver no significa nada para mí, nunca lo ha significado —esa era la mentira más gorda que le había contado nunca a Andrea—. La primera vez que hablé con él fue diferente porque no le conocía, pero ahora sé exactamente quién es y no lo quiero cerca de mí —le expliqué intentando dar por finalizado el dichoso temita, y eso que ella no conocía mi historia completa con él. Tuve que morderme la lengua para no contarle la otra cara de la moneda.

Mientras Andrea vaciaba la mochila y colocaba sus cosas en mi cuarto de baño, me di una ducha rápida y me preparé el desayuno, un par de tostadas y un zumo, ya que el café lo reservaba para ocasiones especiales, los médicos me lo tenían prohibido a menos que fuera descafeinado, pero no me sabía igual, así que no lo tomaba. No había hecho más que sentarme cuando volvieron a llamar a la puerta, me levanté mirando con ansia la tostada que acababa de untar con mantequilla y mermelada de arándanos.

Cuando abrí me encontré con Samuel en el umbral, sonriente y con el pelo húmedo, debía haberse dado una ducha porque olía a gel cuando se acercó y me dio un beso suave en los labios. Tan delicado que apenas rozó mis boca.

Recordé nuestro beso del día anterior y un escalofrío me recorrió la

espalda. Lo malo era que por mucho que fuera de dura, el repentino interés de Oliver me tenía confundida y me traía a la mente ideas que había luchado mucho por desechar.

El recuerdo de otro beso era el que ocupaba ahora mi mente. El que la había ocupado durante dos años, a pesar de mis denodados esfuerzos por olvidarlo.

—Buenos días Dani —me saludó sonriente—. ¿Qué vas a hacer esta noche? —parecía contento incluso eufórico.

—Andrea está aquí, así que...

—¿Andrea está aquí? —me cortó—, ¿se queda contigo el fin de semana? —parecía desanimado al conocer la noticia.

—Sí, está deshaciendo la maleta —bromeé, pero a Samuel no pareció divertirse mi ocurrencia.

—Bueno entonces supongo que hay cambio de planes. Pensaba proponerte, una noche tranquila en casa con una película, además me tocaba elegirla a mí, y palomitas, pero paso de compartir palomitas también con Andrea, se las comería todas —dijo Samuel recuperando la sonrisa, sabía tan bien como yo que Andrea era una maniática de la comida sana y una obsesa del sobrepeso—. Así que mejor os invito a las dos a la fiesta que da Marc en su casa esta noche —se pasó la mano por el cabello húmedo, intentando recolocarse un mechón rebelde que le caía sobre los ojos.

—Supongo que será una de esas fiestas a las que va todo el mundo —comenté intentando no fijarme en su gesto, inconscientemente y sin previo aviso, una imagen diferente había invadido mi mente, la de Oliver apartándome un mechón de pelo de mis ojos.

—Seguramente... Pero Dani, yo quería hablar de lo que pasó ayer —de repente lo noté nervioso, con la mirada fija en mí.

—Samuel, yo... —me callé, incapaz de decir nada, estaba demasiado confundida en ese instante como para tomar una decisión respecto a nuestra relación.

—¡Hola chicos! —interrumpió Andrea, evitándome una conversación para la que no estaba preparada, mi sonrisa ante su aparición, fue de profundo alivio.

—Hola —contestamos Samuel y yo al mismo tiempo. Samuel intentaba

recomponer su gesto de fastidio, era evidente que la presencia de Andrea había cortado sus planes para hablar sobre nosotros. Ni siquiera estaba segura que hubiera un *nosotros* así que, cuanto más retrasáramos la conversación, más tiempo dispondría para yo aclarar mis sentimientos.

A ningún observador avisado se le hubiera pasado por alto la diferencia que había entre la cara de Samuel y la mía.

—Samuel ha venido a invitarnos a una fiesta —le expliqué intentando suavizar el ambiente que se había creado con su repentina aparición.

—Sí —ratificó este, abandonando su silencio.

—¡Genial! —comentó Andrea—. ¿Dónde es la fiesta?

—En casa de Marc, su madre se ha ido con su nuevo novio de fin de semana y él ha decidido aprovechar la situación y dar una fiesta —explicó nuestro amigo.

—Marc siempre aprovecha las situaciones —criticó Andrea molesta—. Casi todas las semanas da fiestas, eso no es ninguna novedad.

—Supongo que es lo bueno de que tus padres estén divorciados y que tu madre haya vuelto al mercado de las citas en busca de un nuevo marido —sentencié yo inquisidora, la actitud de la madre de Marc contrastaba con la decisión de mi padre de seguir viudo y criarme solo, sin la ayuda de nadie, a excepción del tío Damon que de vez en cuando ejercía de poli malo. Mi padre jamás me había castigado, era demasiado blando conmigo, hasta yo veía eso.

No era que yo no quisiera que mi padre rehiciera su vida, simplemente era que la forma en que la madre de mi amigo intentaba recomponer su vida me resultaba escandalosa e incluso egoísta, ya que en ningún momento tenía en cuenta los sentimientos de su propio hijo.

—Vaya, hay alguien que no lo aprueba —se rió Samuel ante mi mordaz comentario.

—No es eso, es que no entiendo como esa mujer puede pasar tanto de su hijo y al mismo tiempo enrollarse con chicos que podrían serlo por la edad que tienen —dije explicando mi animadversión.

—Bueno Dani, no todos los padres son como el tuyo —comentó Andrea con cariño, éramos amigas desde siempre y las dos sentíamos el mismo afecto por nuestros respectivos padres.

—Lo sé, pero eso no la justifica —dije aceptando sus palabras.

—Bueno chicas, parece que esta conversación se está volviendo muy seria y es sábado, dejemos la seriedad para los días entre semana, para el instituto y sus desdichas —sus palabras nos hicieron reír y abandonamos el tema. Me di cuenta que, por primera vez, habíamos hablado de Marc y Andrea no había esquivado el tema.

Quedamos en que Samuel nos recogería a las siete y que vendría con el coche de su padre para que pudiéramos ir los tres.

En cuanto se marchó, Andrea se volvió loca, eligiendo la ropa que íbamos a llevar a la fiesta. Era una suerte que tuviéramos la misma talla, hasta de zapatos, porque nos evitamos ir a su casa a por ropa que ponerse. Lo que llevaba en la bolsa rosa no era adecuado para una salida nocturna y mucho menos para una fiesta en casa de Marc, el chico que ella se empeñaba en convencerme que no le interesaba.

Mis planes para aprovechar el fin de semana libre, habían fracasado estrepitosamente.



Capítulo 4

Aparcamos a dos calles de la fiesta, ya sabíamos que no era buena idea dejar el coche demasiado cerca de la celebración, no era la primera vez en la que los coches aparcados delante de la casa terminaban llenos de papel higiénico y espuma de afeitar.

Caminábamos los tres charlando animadamente, cuando al girar la esquina comenzamos a vislumbrar el jardín de la casa de nuestro amigo y a algunos de los invitados o de los que se invitaban solos a sus fiestas.

—Cada vez empiezan a desfasar antes —comentó Andrea visiblemente enfadada.

—Chicas voy a adelantarme a ver si Marc necesita ayuda para controlar a estos —dijo Samuel señalando con la cabeza a los invitados que estaban pisoteando el jardín.

—No tendría que haber venido —se quejó Andrea mientras él se adentraba en la multitud.

—¿Por qué? ¿Qué hay entre tú y Marc? —pregunté por millonésima vez.

—Nada, no hay nada. ¿Cómo crees que puede haber algo entre él y yo? ¿Acaso no te das cuenta de cómo es? Pasa de todo, Dani, no le importa nada lo suficiente, ni la casa de sus padres, ni su vida y mucho menos yo —su voz sonaba temblorosa.

Salió huyendo de allí, sin decirme nada más. Fue entonces cuando comprendí el silencio de mi amiga, y su empeño en evitar hablar del tema.

Andrea siempre había sido la responsable, la que sentía que tenía que cuidar de mí. Incluso cuando Theresa estaba con nosotras, siempre era Andrea la que nos arropaba a las dos. Debía ser muy difícil para ella estar enamorada de alguien tan irresponsable como Marc. Iba a ponerme a correr para cogerla, cuando una voz comentó muy cerca de mí oído.

—Creía que no podías correr.

—Eso no es asunto tuyo —le espeté y seguí andando rápido en pos de Andrea, dispuesta a ignorar su presencia a mi lado.

—Podría serlo —comentó Oliver. Me sorprendió que me hubiera seguido, al parecer no había sido lo suficientemente clara. Me paré dispuesta a decirle cuatro cosas, pero en cuanto le miré a los ojos perdí el hilo de mis pensamientos.



Estaba huyendo de mí mismo. Y lo peor de huir de uno mismo, es que no había ningún lugar en el que poder esconderse.

—*Hola Dani —la saludé como si hiciera años que no nos hubiésemos visto. Supe que había reconocido mi voz, cuando se giró sonriente hacia mí.*

—*Hola Oliver —su alegría era tan sincera que me sentí culpable por encontrarla interesante, sabía que tenía que alejarme de ella, que nunca podría tenerla. Sin embargo, en ese momento, no me importaba volver a ser el que era, hubiera hecho cualquier cosa por quedarme con ella.*

—*¿Te llevo a casa? —le ofrecí olvidando lo que acababa de prometerme a mí mismo.*

—*No gracias, estoy esperando a Samuel, le he dicho que volvería a casa con él —me explicó con su dulce sonrisa.*

—*Pero Samuel no tiene coche y yo sí —le rebatí dispuesto a salirme con la mía.*

—*Samuel tiene mi edad, aún tenemos que esperar unos meses para poder sacarnos el carnet de conducir —me explicó sin perder su eterna sonrisa—. Así que vamos en moto o andando depende del día, y hoy toca andar —*

confesó finalmente.

Inesperadamente me pregunté si el chico rubio del que hablaba era su novio, no debería extrañarme, era realmente guapa, sobre todo destacaba su pelo castaño claro, en el que brillaban mechones rojizos y dorados. Aunque su cabello no era lo único destacable de su rostro, sus profundos ojos azules y su expresión amable y serena atraían todas las miradas, incluida la mía. Desde que la divisé en las gradas no había podido apartar la vista de ella.

—¿Es tu novio? —indagué curioso e interesado como no lo había estado desde hacía mucho tiempo.

—¿Samuel? —se echó a reír como si le hubiera contado un chiste realmente bueno—. No, es mi vecino y mi mejor amigo —explicó con sus expresivos ojos mirándome fascinados.

Me molestó que la noticia me alegrara tanto. De todas las chicas a las que había conocido en mi extensa vida. Danielle Collins era la más peligrosa. Tenía que mantenerla lejos de mí costara lo que costara. O jamás conseguiría redimirme.

—Me alegra que no lo sea —le confesé mientras me acercaba a ella. Estábamos en el pasillo que daba a los vestuarios de los chicos, no había nadie por allí. Los únicos sentimientos que percibía eran la fascinación de Danielle y mi deseo por ella. Los jugadores acababan de entrar a las duchas, y los demás habían abandonado el gimnasio y estaban subiendo a sus vehículos para dirigirse a una de las celebraciones que se organizaban ese fin de semana.

Estábamos solos, esa fue la idea que me empujó a besarla. Una idea que me asustó profundamente, tan profundamente como me sentía atraído por ella, besarla haría que rompiera con todas mis promesas, con mis propósitos...

Noté sobre mis labios el respingo que dio cuando posé mi boca sobre la suya, era cálida y suave, parecía tan inocente, tuve que ejercer presión sobre ella para que me dejara besarla más profundamente. Lo primero que noté fue su sabor dulce y afrutado, casi tan sublime como el olor de su pelo o el tacto de sus mejillas en mis dedos.

La escuché gemir sorprendida y fue entonces cuando comprendí que por alguna inexplicable razón, este era su primer beso y yo se lo había robado.



Me había pasado toda la vida huyendo, y al fin era consciente de que era imposible huir eternamente. La idea me vino a la mente mientras veía a Danielle Collins correr hacía la casa, alejándose nuevamente de mí.

La noche anterior, después de nuestro desastroso encuentro en el cine, había decidido que iba a dejarme llevar y que pasara lo que tuviera que pasar. Mi castigo autoimpuesto, mi sacrificio, no servía para nada. Todo seguía igual, seguía condenado y nada que pudiera hacer iba a cambiar mi destino.

La seguí en silencio, parecía enfadada, dispuesta a marcharse otra vez y dejarme nuevamente con la palabra en la boca, pero cuando se giró su mirada cambió, pasó de la ira a la confusión y posteriormente a la determinación.

—¿Por qué tanto interés por mí? —preguntó juntando todo el valor que tenía para hacerme semejante pregunta.

—No estoy seguro —respondí con toda la sinceridad de la que fui capaz, esa chica conseguía que siempre le dijera la verdad, un auténtico éxito para ella—, pero creo que tú podrás salvarme.

—¿Salvarte de qué? —su voz sonaba ¿confusa? ¿Esperanzada?

—De mis elecciones —respondí con la mirada clavada en sus ojos.

—No entiendo qué significa —confesó.

—Eso ahora es lo que menos importa —respondí tentado por su carnosa boca.

—Lo siento Oliver, pero no tengo tiempo para tus acertijos. Además será mejor para los dos que sigas con tu rutina de estos dos años. No quiero problemas con Theresa y tampoco me interesan tus secretos —dicho esto se dio la vuelta y volvió a dejarme plantado por segunda vez en veinticuatro horas.



Entré en la casa buscando a Andrea, no estaba huyendo de Oliver, me dije a mí misma. Oliver no me importaba, ni él ni sus crípticas palabras. Lo único en lo que debía pensar era en encontrar a Andrea, que se había alejado enfadada y dolida. Tuve que pararme y apoyarme contra la pared un momento, mi breve carrera había tenido consecuencias, me estaba mareando, una bradicardia, supe al llevarme la mano a la muñeca y ver que mi pulso era débil y lento. Fue gracias a mi experiencia que pude notarlo, de tan débil que era mi pulso en ese instante.

Sentí que alguien me pasaba el brazo bajo las rodillas, me cogía en volandas y que me sacaba de allí, del calor, del olor a cerveza y del ambiente cargado de humo del salón, de la música y de los gritos...

Cuando abrí los ojos, estaba tumbada en una cama, posiblemente la de la madre de Marc. Me incorporé despacio para no volver a marearme y vi que Andrea estaba sentada en la silla del tocador frente a mí, con cara de preocupación.

—¿Danielle, estás bien? —me interrogó nerviosa.

—Sí, ahora sí —contesté cuando recuperé la voz—. ¿Cómo he llegado hasta aquí? ¿Cómo pudiste subirme? Noté que me cogían pero no sabía que eras tú —comenté recordando los instantes antes de desmayarme—. Lamento haberte asustado —lo dije todo de corrido, agradecida por seguir con vida.

—Danielle, yo no te traje, fue Oliver. Te trajo aquí y no quiso dejarte sola estando inconsciente, hay gente bastante bebida y temía que pudiera pasarte algo. Así que mandó a Rachel a buscarme, la chica esa tan rara, creo que es gótica, pero no estoy segura.

—¿Rachel? —pregunté alucinada de que ella también estuviera aquí, no la había visto. De hecho en unos pocos días me la había encontrado más que en los últimos dos años.

—Sí, Rachel, al parecer cuando Oliver te llevaba en brazos, tropezó con ella y le pidió que me buscara. En cuanto subí, se marchó, parecía preocupado por ti. Creo que le hemos juzgado mal, igual no es tan superficial como parece —sentenció al final.

—Andrea, que haya sido amable conmigo hoy, no quiere decir que le hayamos juzgado mal. Probablemente he sido su buena acción del día, nada más.

—¿Por qué lo desprecias tanto? ¿Qué me ocultas? Tú no eres una persona rencorosa, pero con él...—preguntó dolida.

—Eso mismo te he preguntado yo hace un rato sobre Marc y nunca te he presionado para que me lo cuentes —repliqué herida al comprender que nos estábamos distanciando al ocultarnos cosas.

—Tienes razón —y su voz sonó tan dolida que olvidé mi enfado y me acerqué a ella.

—¿Quieres contármelo? —pregunté suavemente.

—Sí. La respuesta a tu eterna pregunta es sí. Me gusta Marc, siempre me ha gustado, pero sé que no es para mí, nunca sería feliz con él, es demasiado distante, ni siquiera como amigo me permite acercarme más que unos pocos pasos. Sé que soy tonta, pero no puedo evitar que me guste.

—Cariño, no eres tonta. Eres la chica más inteligente y responsable que conozco. Te mereces todo lo mejor, o al menos todo lo que desees. No te rindas, *el amor lo puede todo*, esa era la frase que según mi padre, mi madre repetía una y otra vez durante el tiempo que estuvo embarazada de mí. *El amor lo puede todo*, aunque en su caso, no pudo con nada —mi voz sonó temblorosa al final. No podía permitirme tener esperanzas. La realidad dolía más cuando por fin hacía su aparición.

—Hoy es el día de las confesiones —dijo con una sonrisa triste—. Te toca.

—Samuel no puede ser algo más que un amigo para mí, porque Oliver es el chico que me interesa, siempre me ha interesado, aun cuando estaba enfadada con él. Aún cuando me ignoraba.

—Dani —me abrazó comprensiva.

—Lo sé, soy idiota —me sentía así, pendiente de un chico solo porque había decidido hablarme, tras pasar los últimos años haciendo como si yo no existiera.

—Somos unos desastres —sentenció mi amiga—, pero es sábado y estamos en una fiesta llena de chicos guapos. Disfrutemos de la noche y dejemos la autocompasión para mañana, la aderezaremos con un buen helado y seguro que entra mucho mejor —su sonrisa era contagiosa.

—Me parece una idea genial —la animé—, seguro que Samuel está preocupado, no lo hemos visto desde que llegamos y de eso ya habían pasado

casi dos horas.

—Tienes razón, busquemos al príncipe azul —me reí de sus palabras. Se acercó a mi decidida y volvió a abrazarme.

—Siento no haber sido sincera contigo. No quería preocuparte y ya sabes que no soporto sentirme débil —se excusó.

—Yo siento no haberte contado lo que sentía —me mordí la lengua, dispuesta a que no se me escapara toda la verdad que no le había contado. No podía contarle lo del beso. Que mi primer beso había sido un desastre y que el chico que me lo había dado, había huido inmediatamente después. No estaba preparada para contarle, ni siquiera a ella.

—¿Amigas sin secretos? —preguntó alzando la ceja.

—Hecho —dije con los dedos cruzados tras la espalda—. Ahora vayamos a romper unos cuantos corazones —bromeé dispuesta a dejar los remordimientos para más tarde. Desgraciadamente la vergüenza era más poderosa que mi lealtad.

Cuando finalmente bajamos, la fiesta estaba en su mayor apogeo. Nada más llegar vi a Samuel cerca de la puerta de entrada hablando con un chico un par de años mayor que nosotros. Me extrañó que estuviera en la fiesta con unos adolescentes, cuando lo que le pegaba era estar en una fiesta universitaria. Era increíblemente guapo, alto con el cabello oscuro y de mirada penetrante. Pareció darse cuenta de mi mirada, porque se giró y clavó sus ojos sobre mí, fue entonces cuando Samuel también me vio y me hizo señas para que me acercara a ellos.

Me pareció poco educado no ir, por lo que atravesé la improvisada pista de baile y me acerqué a ellos sonriendo tímidamente.

Samuel me preguntó dónde había estado, pero no parecía en absoluto preocupado o molesto por mi ausencia, supuse que no debía saber nada sobre mi desmayo. Le contesté que con Andrea, omitiendo la parte en la que aparecía Oliver, fue entonces cuando pareció recordar a su acompañante.

Me lo presentó como Gabriel, que según contó él mismo, era el tutor legal de Oliver. Se trataba de un pariente lejano, ya que los padres de Oliver le habían nombrado tutor en caso que les sucediera algo. Desgraciadamente habían muerto, dejando a su único hijo a su cargo.

—¿Pero tú eres muy joven para eso, no? —pregunté sorprendida, no

parecía tener más que un par de años más que yo.

—En realidad lo soy, pero no había nadie más que pudiera hacerse cargo —me explicó con una sonrisa. Fue en ese momento cuando me fijé en el extraño color de sus ojos. Pardos y dorados, me vino a la mente la imagen de un lince, astuto y silencioso, noté como un escalofrío me recorría la espalda y en su recorrido me erizó el vello de la nuca.

—Debes aburrirte mucho aquí —comentó Samuel con su sonrisa perfecta.

—Para nada. Me encantan las fiestas de Marc. Son de lo más interesantes —comentó amablemente con su extraña mirada clavada en mí.

—¿Interesantes? ¿Qué tienen de interesante tres docenas de adolescentes bebiendo cerveza y bailando? —pregunté con cierta impertinencia. No sabía por qué, pero Gabriel no me gustaba. Era guapo, más que guapo diría yo, pero parecía fuera de lugar entre nosotros, además su mirada me hacía sentir incómoda, alerta.

—Te sorprendería lo interesantes que son vuestros amigos —me llamó la atención que pudiera hablar y mantener la sonrisa al mismo tiempo.

Empecé a sentirme fuera de lugar cuando Samuel anunció que iba a por bebida y me dejó a solas con Gabriel. Me preguntó si quería algo, pero rechacé el ofrecimiento esperando que se quedara conmigo, algo que no entendió, y se marchó tranquilo.

Antes que pudiéramos retomar nuestra conversación. Oliver se acercó a nosotros echando chispas por los ojos. Imaginé que estaba molesto por mi anterior comportamiento, yo estaba más que dispuesta a agradecerle su ayuda durante mi ataque, pero se puso a mi lado sin mirarme siquiera. Su ira en esta ocasión, no iba dirigida a mí.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó insolente a su tutor.

—He venido a divertirme y he conocido a esta hermosa señorita. Danielle, ¿la conoces? —preguntó, disfrutando de la expresión de horror que apareció en la cara de Oliver cuando se dio cuenta que yo era la persona que estaba a su lado.

—¿Sabes, Danielle? Oliver canta como los ángeles —se rió como si hubiera contado el mejor chiste que hubiera escuchado nunca—. ¿Te gustaría oírle cantar?

—La verdad es que no —contesté envalentonada por la actitud de profundo desprecio de Oliver y la expresión burlona de Gabriel.

—¡Eres maravillosa! —me alabó Gabriel—. ¿Dónde te has metido todos estos años? —preguntó alargando la mano para tocarme, pero en el último momento lo pensó mejor y la dejó caer a un lado.

Antes de que me diera cuenta, estaba siendo arrastrada por Oliver fuera de la fiesta. Ni él ni yo dijimos nada, simplemente me dejé llevar por él, lejos de ese hombre que tanto me desconcertaba. Sentí que podía confiar en que él me mantendría a salvo.

Cuando salíamos nos dimos de bruces con Andrea, pero Oliver mantuvo la calma y le informó que me llevaba a casa. Al recordar el episodio anterior, Andrea propuso volver conmigo, pero le dije que no era necesario y le di mis llaves de casa, yo usaría la de repuesto que estaba bajo la maceta de entrada.

Caminé junto a Oliver en silencio, me quedé de piedra cuando vi el coche al que nos dirigíamos, un deportivo rojo que seguramente costaba tanto como mi casa. Oliver me abrió la puerta con la misma actitud silenciosa, que había mantenido desde que salimos de casa de Marc y se puso al volante, bajó la capota a pesar del frío y arrancó el motor, que rugió violentamente. Inmediatamente después, «*Life after you*» de Daughtry comenzó a sonar a todo volumen.

—*Last time we talked, the night that I walked, burns like an iron in the back of my mind, I must've been high to say you and I*^[1]... —canté olvidando que estaba en el coche de Oliver. Solo sentía el viento en mi pelo, la sensación me hizo sentir poderosa, por primera vez en mucho tiempo, volví a sentirme viva y capaz de casi cualquier cosa.

—No pares, por favor —me pidió con los ojos brillantes y una expresión que no pude descifrar.

—... *weren't meant to be, and just wasting my time. Oh, why did I ever doubt you? You know I would die here without you*³ —cuando cantaba, me olvidaba de todo. Conseguía hacer mía la canción y sumergirme en la letra, como si de una experiencia personal se tratase.

—Tienes una voz preciosa —me comentó en ese instante, aunque durante el resto del trayecto mantuvo la mirada fija en la carretera y no volvió a hablarme en ningún momento.

Cuando paró frente a mi casa, sin siquiera volver la cabeza y mirarme me dijo algo que yo ya había intuido por mí misma.

—Mantente alejada de Gabriel. No es lo que parece.

Y se marchó, dejándome tan confundida como siempre, sus palabras nunca eran más que un nuevo enigma por descubrir y yo acababa de decidir que quería conocer las respuestas.



Capítulo 5

La semana empezó lo que se dice fatal, toda la tranquilidad de la que disfruté el domingo con Andrea, nuestros pijamas y viejas películas de Doris Day, se vino abajo cuando el lunes me encontré con Theresa esperándome en la puerta de la clase de matemáticas, con una actitud prepotente y altiva que le iba estupendamente bien a su nueva imagen. Al parecer había evitado hacerse la encontradiza conmigo cerca de mi taquilla para que Oliver no se enterara de su charla amistosa, como ella la denominó, aunque a mi me sonó más bien a amenaza velada.

Según pude entender, el sábado alguien le fue con el cuento que me habían visto marcharme con Oliver de la fiesta de Marc, la cara de Martha Bates enrojeció al momento, lo que me permitió adivinar que había sido ella quién se lo dijo a mi antigua amiga.

Cuando Oliver volvió a la fiesta después de dejarme en casa, se lanzó sobre él dispuesta a exigirle una explicación, pero cual fue su sorpresa cuando él le anunció que habían terminado. Ruptura que Theresa no estaba dispuesta a aceptar, sobre todo si dicha ruptura tenía algo que ver conmigo.

Dispuesta a evitar el escándalo que Theresa pretendía organizar al abordarme delante de toda la clase, la escuché en silencio. Una vez terminó su perorata y sus «consejos», me limité a responderle en un tono tranquilo e incluso desdeñoso.

—Si te ha dejado no tiene nada que ver conmigo. Así que busca en otra

dirección, aquí no están las respuestas que buscas —di media vuelta y me metí en clase, dejándola sorprendida tanto a ella como a sus amigas, y a Andrea, que no se despegó de mi en ningún momento, dispuesta a unirse a la batalla en caso que fuera necesario.

Por una vez estaba dispuesta a seguir el consejo de mi padre y vivir el momento. Y mi momento había llegado cuando pude responder a Theresa con toda la indiferencia que fui capaz de fingir.

El resto del día fue tan normal como siempre. Salvo porque no coincidí con Oliver ni en los cambios de clase ni en la taquilla. Theresa decidió que era mejor no insistir y me evitó varias veces cambiando de dirección, la primera vez en la fila para comprar el almuerzo y la segunda vez cuando entré al baño del primer piso.

Por la tarde, Samuel me preguntó sobre el sábado, el domingo le mandé un *sms* para decirle que estaba bien y que iba a tomarme el día de relax, entendió el mensaje oculto y no apareció por casa en todo el día. Me respondió que iría a ayudar a Marc a limpiar y que hablaríamos el lunes.

Pero esa mañana no había ido con él a clase. El día estaba muy gris y anunciaba lluvias, así que papá me trajo consigo, mientras que Samuel había ido con el mini de su madre.

Ahora estábamos los dos en el coche y parecía inevitable que habláramos de lo que había sucedido durante el fin de semana.

—¿Por qué te fuiste con Oliver a casa el sábado? —preguntó directamente y sin rodeos, con una actitud posesiva que me molestó.

—Me encontraba mal —mentí, no creo que entendiera la verdad, ni yo misma la entendía realmente, ¿cuál fue la razón? Oliver quiso alejarme de su tutor, por eso fue por lo que me hizo salir de allí a toda prisa, y sin darme ninguna explicación yo le seguí—. Y Oliver se ofreció a llevarme. No estabas y sabía que Andrea te avisaría, así que acepté.

—¿Por qué no me buscaste? —preguntó dolido. Demasiado teniendo en cuenta que solo éramos amigos.

—No lo pensé. Simplemente me sentía mal y me fui, ¿por qué le das tanta importancia? —pregunté intentando que él no se la diera.

—Porque la tiene. Te marchaste sin mí... Te marchaste con Oliver, ¿crees que no me di cuenta que el viernes salió detrás de ti en cuanto te fuiste al

baño? No sé qué está pasando, y merezco saberlo, nosotros...

—Nosotros somos amigos Samuel, siempre lo seremos, pero eso no quiere decir que tengamos que estar pegados siempre —supe que mis palabras le habían hecho daño en el momento en que empecé a pronunciarlas. Pero algo que no entendía me empujó a frenar sus expectativas. Sentí deseos de llorar, dos días antes, había disfrutado de su beso, de su compañía y un par de encuentros con Oliver, habían conseguido que hiciera daño a mi mejor amigo. Me maldije por mi estupidez y maldije a Oliver por hacerme sentir así.

—¿Amigos? —preguntó en un susurro ahogado.

—Claro, somos amigos, siempre lo hemos sido —expliqué terminando de un solo golpe con todas sus esperanzas.

—¿Y qué fue lo que paso el viernes? ¿Qué significó nuestro beso para ti? —preguntó con los ojos brillantes y la voz ronca.

—No lo sé. Estás yendo demasiado deprisa —le acusé.

—¿Y cómo quieres que vaya contigo, Danielle? Ni siquiera sé cuánto tiempo voy a poder estar junto a ti —explotó, dejando salir todo lo que había guardado en su interior hasta entonces—. Necesito aprovechar cada momento a tu lado —cuando el fogonazo de ira desapareció y fue consciente de lo que había dicho ya era demasiado tarde.

Sus palabras calaron hondo en mí, sin decir nada, abrí la puerta y salí del coche. Samuel no intentó impedírmelo y yo supe que algo se había roto definitivamente entre nosotros.



Di otra vuelta en la cama, pero no había manera de conciliar el sueño, había decidido quedarme en casa y no ir a clase, con la esperanza que la soledad me ayudara a aclararme las ideas, pero el silencio solo hacía que traerme una y otra vez el sonido de su voz.

Alargué la mano y cogí el *iPod* que descansaba en mi mesilla. Lo encendí y la pista diecinueve comenzó a sonar. El aria principal de *La favola d'Orfeo*

de Monteverdi inundó mis sentidos. Todos y cada uno de ellos, podía oler el incienso que perfumaba la catedral de San Marcos, mezclada con el olor de los presentes y del pestilente canal. Venecia fue el lugar en el que me refugié o más bien al que huí tras la muerte de Isabella.

Isabella, mi querida hermana. La razón por la que dejé de usar mi don y al mismo tiempo mi maldición. Y ahora Mefisto había descubierto que disponía del arma para obligarme a usarlo. Volví a la seguridad de mis recuerdos, más inofensivos que mi presente.

El aria alcanzó la cúspide en cuanto Orfeo decidió bajar al infierno en busca de su amada Eurídice. Mis ojos volvían a ver la grandeza de San Marco, y la solemnidad con la que escuchaban los presentes.

Hasta podía sentir la humedad que reinaba en el ambiente ese frío mes de abril de 1614. Sacudí la cabeza desesperado por seguir en el pasado, evadiéndome de un presente que se anunciaba tormentoso. Mefisto, el ser que había terminado con la vida de mi hermana, que la había embaucado con sus mentiras y sus promesas, el demonio que la había empujado al suicidio... La bestia que me había seguido y atormentado durante toda mi vida, volvía a estar de caza.

Era un peligro para toda la ciudad de Armony pero lo era mucho más para Danielle, su enfermedad la hacía vulnerable a su poder y sus circunstancias, eran demasiado atractivas para que él las pasara por alto. Mantenerla alejada de mí no había servido de nada. Ahora que las tornas habían cambiado, tenía que hacer todo lo posible para protegerla y eso implicaba estar a su lado constantemente. Resultaba irónico o incluso cruel que pretendiera meterme en su vida, cuando me había esforzado tanto precisamente por hacer todo lo contrario.

Me levanté de un salto de la cama y me puse en marcha, dispuesto a redimirme de la mejor manera que tenía a mi alcance, Danielle, ella me salvaría de mí mismo.



No me extrañó que Samuel no me detuviera, estaba demasiado dolido conmigo como para hacerlo. Aunque por otra parte agradecí el momento a solas, siempre estaba rodeada de rostros expectantes y preocupados, papá, el tío Damon, Andrea o el propio Samuel.

Caminaba enfrascada en mis pensamientos cuando escuché que me llamaban. Giré la cabeza y me encontré con la cara llena de pecas de Marc, era un pelirrojo a la vieja usanza, su cabello era color zanahoria oscuro, sus ojos color miel y en la pálida piel de su rostro bailaban las pecas, algunas tan juntas que parecían manchas.

—Hola Marc —le saludé escueta.

—Te acompaño a casa —sentenció sin darme opción a negarme. Era imposible estar sola en Armony, pensé contrariada, no por la compañía en sí, sino porque había perdido la oportunidad de ordenar mis ideas.

—Gracias —dije mientras le brindaba mi mejor sonrisa.

—¿Estás bien? —me interrogó mientras cogía mi mano y disimuladamente me tocaba la muñeca. Sonreí, Marc podía ser un irresponsable o un alocado, pero no se podía dudar de su buen corazón y sus buenas intenciones.

—Físicamente perfecta —contesté sonriendo, sin apartar la mano, para que pudiera comprobar que lo que decía era cierto.

—¡Ah! Entonces tu carita se debe a un mal de amores —bromeó enarcando una ceja mientras esperaba una respuesta.

—¿Cuándo he dicho yo eso? —le seguí el juego.

—No lo has dicho, pero puedo verlo en tu cara. A Samuel le importas, no deberías tener en cuenta lo que sea que te haya hecho —le defendió demasiado perspicaz.

Reí divertida por su comentario.

—¿Qué te hace pensar que Samuel haya hecho algo? La verdad es que todo es culpa mía. Me encontraba mal y me marché de la fiesta sin avisarle y se preocupó.

—Así que son ciertos los rumores —murmuró para sí—, Oliver te llevó a casa —comentó esta vez en voz más alta y clara—. Bueno, en ese caso se trata de celos. Tranquila se le pasará.

Mientras hablábamos, una idea se instaló en mi cabeza. No volvería a

tener mayor oportunidad que esa para averiguar sobre Gabriel, al fin y al cabo había sido Marc quien le había invitado, ¿no?

—Hablando de Oliver, en la fiesta conocí a su tutor, un tal Gabriel —noté como Marc se tensaba—, dijo que le habías invitado tú, que os conocíais. Tengo curiosidad, ¿dónde le conociste? Es demasiado mayor para que le conocieras en el instituto.

—En realidad fue mi madre la que lo trajo a casa —comentó nervioso. Así que era eso. Su madre se había liado con un chico más joven, tan joven que había terminado siendo amigo de su propio hijo.

—Parece simpático —y diabólico pensé.

—Sí, es la persona perfecta para divertirse, se le ocurren las mejores ideas para pasar el rato —noté que una vez desviados del tema de su madre, volvió a relajarse y a ser él mismo.

Charlando, charlando llegamos a mi casa. Se quedó parado cuando vio que Andrea cruzaba la calle en dirección a nosotros. Casi todas las tardes merendábamos juntas y hacíamos los deberes, o bien íbamos de tiendas, nos tomábamos un refresco...

Conocer por fin los sentimientos de mi amiga respecto al chico que me acompañaba me hizo sentir incómoda, pero Andrea no era como Theresa, se acercó sonriente y nos saludó. Hablamos unos minutos, estar con mis amigos hizo que olvidara mi discusión con Samuel, pero en cuanto ellos se fueron, volví a sentirme culpable por no sentir por él lo que se esperaba que sintiera, culpable por complicarme la vida con la persona equivocada.



Capítulo 6

La semana había sido extraña, mientras Oliver se acercaba más a mí, despacio y sin forzar nada. Samuel se alejaba más y más, sentía que en lo concerniente a él, me movía por arenas movedizas. Había dejado de traerme a clase, según su opinión, necesitábamos ver nuestra relación en perspectiva. Aunque al final su concepto de la perspectiva era que nos evitáramos todo lo posible.

El jueves, mientras estaba en el aula de música recibí una visita inesperada. La última persona que pensaba encontrarme allí, entraba con la mirada somnolienta y una sonrisa pícaro en los labios.

—Buenos días, nueva amiga —me saludó Oliver. Haciendo referencia al nuevo trato que habíamos alcanzado esa misma semana.

Realmente parecía diferente o quizás solo fuera que el verdadero Oliver no se parecía en nada a la imagen que yo había creado de él. Siempre había pensado que era cruel y superficial, y en los pocos momentos que habíamos pasado juntos, estaba descubriendo a una persona que no casaba para nada en esa descripción. Pero no podía fiarme, era un hecho consumado que se había pasado los dos años que llevaba en Armony ignorándome sin compasión.

El lunes se mostró cortés e incluso amable cuando coincidimos en la entrada al instituto, yo iba medio dormida, pero me desperté completamente en cuanto lo vi, vestido de negro, con su eterna chaqueta de piel. Lo único que daba color a su aspecto, eran sus brillantes ojos verdes. Le respondí del

mismo modo, en deferencia a la ayuda que me prestó el sábado, sonreí internamente cuando vi su cara de sorpresa, seguramente pensaba que iba a mantener mi actitud hostil y mi reacción lo descolocó, a pesar que durante el corto trayecto de la fiesta a mi casa me había comportado.

El miércoles me encontré con una nota en la taquilla. En ningún momento me pasó por la mente que pudiera ser suya, incluso me incliné a pensar que era de Samuel, una especie de tregua que le daba a nuestra perspectiva, pero me equivoqué. La abrí más intrigada que sorprendida y me encontré con unas líneas garabateadas en una letra pulcra inclinada hacia la derecha.

«Solicito vuelva a abrirse mi caso y se me permita alegar enajenación mental transitoria como defensa.

¿No podemos ser amigos?

Oliver»

Me reí ante la ocurrencia, estaba tan concentrada en sus palabras que me sobresaltó escuchar una voz a mi espalda.

—¿Eso es un sí? —preguntó, la esperanza era evidente en sus ojos verdes moteados de dorado.

Seguía sonriendo cuando le contesté que lo pensaría.

—Hecho. Después de clase te invitó a un café y termino de convencerte —me propuso, esperando que aceptara, aunque tuve la sensación que no iba a aceptar una negativa.

—He dicho que lo pensaría —bromeé sintiéndome, cada momento a su lado, más cómoda con su compañía.

—Lo sé simplemente voy a demostrarte lo buen amigo que soy. Te espero aquí, después de la última clase. *Ciao* amiga —y se marchó abriéndose paso entre los alumnos que iban a sus clases. Un borrón oscuro entre la multitud.

Fantástico, pensé. Soy incapaz de negarme a nada que me pida. Será mejor que no lo sepa, puede que me hubiera apresurado en juzgarle en algunas cosas, pero estaba segura de algo, no era buena idea que Oliver supiera lo difícil que me resultaba alejarme de él.

Tal y como me había dicho, a última hora estaba esperándome en el lugar acordado, apoyado contra la pared del fondo mirando sin mucho interés a los compañeros que iban abandonando el edificio.

Noté como se envaraba cuando una chica de cabello negro y ojos casi transparentes pasó a su lado, los dos se miraron fijamente y hasta que ella no salió por la puerta, ninguno de los dos dejó de mirar al otro, sus rostros no mostraban ningún interés, solo se podía leer en ellos un sentimiento que me resultó complicado de entender: cautela.

Me acerqué a él silenciosa, pero no lo suficiente como para que no escuchara mis pasos y se girara a mirarme sonriente, su mirada era distinta a la que le había visto al observar a Rachel, distinta, aunque no supe distinguir qué había cambiado en ella.

—¡Vamos! —dijo mientras me cogía de la mano y tiraba de mí hacia afuera, fue un gesto casual para él, en cambio yo sentí como mi estómago daba un doble salto mortal con pirueta acrobática incorporada.

Recorrimos el pasillo de la mano, ante la mirada asombrada de todos los rezagados del instituto. Oliver paró ante un todoterreno de alta gama. Me sorprendí cuando las luces se encendieron con un *bip*.

—¿Un todoterreno? ¿Qué le ha pasado a tu deportivo? —comenté entre divertida y sorprendida. El coche en el que me llevó a casa el día de la fiesta iba mucho más con su imagen. Oliver y su coche serían la estampa perfecta para el anuncio de un concesionario. ¿O es que otra vez me había equivocado al juzgarle? Estaba haciendo de ello un arte.

—El coche del sábado no era mío —dijo tranquilamente, sin darme más explicaciones—. Prefiero la seguridad a la velocidad. Aún no estoy preparado para morir —respondió con total naturalidad. Sus palabras me trajeron a la mente el recuerdo de otra escena.

—Creo que eso ya te lo había escuchado decir —confesé. Inconscientemente le había dado más información de la necesaria. Con mis palabras confesaba también que nunca había olvidado lo que vino después.

—Es una de mis máximas, así que es probable —dijo sonriendo con naturalidad, me dolió pensar que él no lo recordaba como yo.

—¿Cuántas tienes? Máximas, quiero decir —aclaré por las dudas, mientras subía al coche. Una vez dentro se veían las cosas desde otra perspectiva, era mucho más alto que un turismo normal. Pensé que el todoterreno, después de todo, no le quedaba tan mal a Oliver.

—Algunas. Pero si te las dijera seguramente te escandalizaría y ya no

querías ser mi amiga —bromeó, aunque el brillo en sus ojos era demasiado intenso para tratarse de una broma—. Y ahora esa es mi meta, ser tu amigo.

—Vaya que concepto tan alto tienes de mí —bromeé yo también, guardándome la pregunta que ansiaba hacer ¿Y cuál será tu meta cuando por fin seamos amigos?—. ¿Por qué no me pones a prueba? ¡Cuéntame una! —le pedí, ignorando el dolor que sus palabras me habían causado «*Y ahora esa es mi meta, ser tu amigo*», un amigo, solo quiere ser tu amigo, me repetí, no lo olvides o lo lamentarás...

—¡Hecho! Quiero saber de qué material estás hecha —dijo riendo, con la mano en el contacto, pero sin arrancar el coche—. La primera: nunca dejo que vean mis cartas, la sorpresa es un buen ataque, la segunda: nunca me rindo. La perseverancia ya es un éxito y tercera: besar a toda chica hermosa que me encuentre —dijo esto mirándome fijamente. No era un tema que quisiera tocar. Su actitud después de su primer beso, era algo que no quería recordar, pero tampoco podía pasar por alto su provocación.

—¡No me lo digas! —exclamé teatralmente—. El libertinaje es tu cuarta máxima. La quinta la infidelidad y la sexta... ¿la provocación? —comenté con una sonrisa irónica en los labios.

—¡*Touché!* —exclamó mientras se llevaba una mano al corazón—. Me tienes calado, lo reconozco —bromeó.

Y sin dejar de sonreír arrancó el coche y me llevó a una pequeña cafetería en las afueras de Armony, una cafetería preciosa que no había visto nunca, en la que acompañaban la taza con un delicioso bombón de chocolate blanco, uno de mis vicios permitidos por el médico.

Charlamos de miles de cosas y descubrí que no era tan presuntuoso como parecía y que tenía opiniones para cosas tan diversas como el arte o la política, en ese momento me prometí a mí misma no volver a prejuzgar a nadie por una sola experiencia negativa. Y fue entonces cuando comencé a creer en las segundas oportunidades.



—¿Qué haces aquí? —preguntó sorprendida que no estuviera en clase.

—Tu padre ha vuelto a dejarme fuera —mentí. Ni siquiera había intentado entrar, me había dirigido directamente al aula de música, deseoso de pasar otra hora más con ella. Danielle era tan adictiva como un buen libro, que una vez que lo has empezado ya no puedes dejarlo hasta llegar al final. Con ella me sucedía algo parecido, desde que me había levantado la prohibición de acercarme a ella, me resultaba muy difícil no pasar cada instante a su lado, la observaba por los pasillos, tan dulce y natural con todo el mundo.

Cuando regresé al presenté ella me miraba con sus ojos azul medianoche, mientras intentaba disculpar a su padre por haberme dejado «supuestamente» en la calle.

—Mi padre es un poco inflexible con el tema de la puntualidad, es normal, ya sabes que los británicos son siempre puntuales y esas cosas —me sorprendió comprobar que a pesar del intento de defender a su padre con sus palabras, en su voz se notaba cierto aire recriminatorio al hecho que me hubiera dejado fuera. Noté como la sangre se calentaba en mis venas, de alguna manera, aunque fuera muy superficialmente, yo le importaba más de lo que estaba dispuesta a confesar.

—¿En casa también es igual? —pregunté demasiado pendiente de la costumbre que tenía de mordisquearse el labio inferior cuando estaba nerviosa. Un gesto que había notado la tarde anterior y que me había tenido prácticamente la noche en vela.

—Más o menos. Las horas de comer son mandato divino. En lo demás no se mete. Nunca me pone toque de queda cuando salgo —aclaró orgullosa, era fascinante verla sonreír. La tarde anterior había descubierto que sonreía de forma diferente según las situaciones. Me sorprendió comprobar que ninguna de ellas era estudiada o afectada. Siempre que sonreía sentía que mi garganta se secaba y se me hacía imposible hablar.

—Es bueno saberlo —dije sólo para verla enrojecer. Su piel se veía preciosa con el rubor cubriendo sus mejillas. Apreté los puños para no alargar la mano y tocarla. No quería asustarla, tenía que confiar en mí, para poder protegerla. El problema iba a ser quién la iba a proteger de mí, de lo que me despertaba, de todo lo que quería hacer con ella, del miedo que en ocasiones

me atenazaba el corazón después de tantos años de sentimientos enterrados y reclusos.

Me fijé que tenía un libro entre las manos. El título me arrancó una sonrisa, era el *Werther* de Goethe, cerca muy cerca, iba a tener que ir con mucho cuidado con ella.

—¡Humm! *Werther* —le dije mientras torcía el gesto dándole a entender que no era de mi agrado.

—¿Lo has leído? —me preguntó con los ojos abiertos. No supe cómo tomarme su sorpresa, ¿me creía un ignorante? ¿O es que había encontrado la historia demasiado sentimental para mí?

—Sí, lo he leído y su fama no es muy merecida —comenté para justificar mi gesto.

—Estoy de acuerdo —contestó sonriente—. *Werther* no es muy creíble. El que se enamoró tan locamente de alguien que sabe que no puede tener y que acabe muerto por ello... No me gusta —¿Era vulnerabilidad lo que vi en sus ojos? ¿Miedo? ¿O se trataba de algo más profundo?

—Prueba con otra obra, Goethe es maravilloso, vale la pena arriesgarse —le dije con sinceridad.

—¿Qué me aconsejas? —preguntó con la mirada limpia, sin maldades, ni intenciones ocultas. Era tan verdadera que le contesté con total franqueza. Sin pensar en las consecuencias de mi gesto.

—Prueba con *Fausto* —le dije. Di gracias al cielo cuando sonó el timbre que anunciaba el cambio de clase que evitó que me preguntara de qué trataba, no hubiese sido capaz de explicarle nada sin delatarme.

Andrea apareció por la puerta, no se sorprendió al vernos juntos. Al parecer la gente ya había superado la curiosidad inicial que sentían por nuestra nueva relación. O quizás se debía a que Andrea y Danielle eran amigas, y ella le había puesto al día de nuestra *amistad*, una palabra que estaba deseando borrar de mi vocabulario, al menos en lo que a Danielle se trataba. Y es que amistad era una palabra tan vacía en este caso, que me molestó no poder usar otra para lo que había entre nosotros.



La mañana pasó demasiado lenta para mi gusto. Los jueves no comíamos en el instituto.

Andrea y yo nos escapábamos fuera, para celebrar que el fin de semana estaba a la vuelta de la esquina, aunque en realidad se trataba de una excusa para comer otra cosa diferente al puré de patatas y guisantes que servían en la cafetería todos los jueves. Ese día decidimos ir al chino que había tres calles más allá de nuestra cárcel de libros y profesores. Ya que mi amiga seguía con su teoría que no había chinos gordos porque la comida china carecía de calorías. Guardé silencio ante tan gran patraña y agradecí la salida, no es que estuviera especialmente hambrienta. El tema era que esperaba ansiosa cada cambio de clase con la esperanza de cruzarme con Oliver. Y salir de allí aunque solo fuera para comer, iba a ser una auténtica liberación ante tanta decepción, desde que habíamos hablado en clase de gimnasia, no había vuelto a cruzarme con él.

En la semana que llevábamos de amistad, como decía él, o de acercamiento, como lo veía yo, no había vuelto a intentar besarme, mantenía las distancias en ese aspecto, aunque en momentos muy puntuales, me tomaba de la mano o incluso me apartaba algún mechón rebelde de los ojos. A veces pensaba que intentaba tomarse su tiempo para conocerme, dejando de lado cualquier cosa que pudiera interferir en ello, como una relación romántica, nuestro pasado en común era la muestra más evidente de que un beso lo cambiaba todo, y otras veces decidía que simplemente no estaba interesado en mí de ese modo.

Pero la actitud de Oliver no era lo único que me preocupaba, todavía sentía el vacío que me había dejado la separación de Samuel. De tener un amigo incondicional, había pasado a tener un ex amigo que se cambiaba de acera cuando me veía y que apenas era capaz de mirarme a la cara cuando no podía evitar cruzarse conmigo.

Mi corazón se quejó ante el doloroso recuerdo de la forma que mejor

sabía. Una lacerante punzada se instaló en él y durante cinco eternos segundos fui incapaz de llenar mis pulmones de aire, noté como se cerraban y dejé de respirar... Andrea palideció al escuchar mi gemido de dolor, esta vez me asusté hasta yo misma. Antes de ese momento, las molestias eran soportables, me había acostumbrado a vivir con ellas, pero el dolor de este nuevo achaque consiguió algo que nunca antes había sucedido, consiguió que expresara mi dolor en voz alta, el gemido se había escapado de mis labios sin darme cuenta, con la misma rapidez con la que me había quedado sin oxígeno.

Andrea me obligó a sentarme en un banco que había de camino al restaurante, no me negué. Repentinamente dejó de importarme mostrar mi debilidad, me había esforzado tanto por ser fuerte, para que nadie supiera lo que sufría, sobre todo por mi padre, por Damon, por Andrea... Y en ese instante, me dejé llevar por la autocompasión, por la pesada carga que llevaba, una carga que arrastraba diecisiete años, una losa que me había aplastado desde mi nacimiento y comencé a llorar, me derrumbe en los brazos de mi mejor amiga.

Las palabras que Oliver me había respondido unos días atrás, me habían hecho pensar y darle vueltas a una idea que me había rondado siempre y que había aprendido a ver como algo inevitable, solo que ahora sentía la necesidad de rebelarme contra ella: yo tampoco estaba preparada para morir.



Capítulo 7

Andrea no hizo preguntas, como la buena amiga que era se limitó a dejarme llorar y a consolarme mientras lo hacía. Era la primera vez que me veía derramar lágrimas y creo que se quedó más conmovida que sorprendida al verme en ese estado. Esto no significaba nada, yo lloraba como cualquier persona normal, sólo que nunca me permití hacerlo delante de nadie. Mi padre no se merecía verme decaída o deprimida y yo tampoco lo merecía, tuve que aprender muy pronto a ser valiente, a ser fuerte y a convivir con mi enfermedad. Tenía que sacarle a la vida todo el jugo, y las lágrimas quedaban fuera ella.

Entramos en el restaurante veinte minutos después de abandonar el instituto, con los ojos enrojecidos por el llanto y la firme decisión de ser feliz el tiempo que me quedara, por lo que no me sorprendí cuando vi que algunas mesas ya estaban ocupadas por otros compañeros.

La dueña del restaurante salió a recibirnos y nos acompañó a una mesa para cuatro personas, sonreía sin cesar. Dos segundos después volvió a nuestra mesa con las cartas del menú y su eterna sonrisa.

En la mesa de la izquierda reconocí a los estudiantes de arte del instituto, entre ellos a Rachel, la chica que vestía de negro y que tenía esos extraños ojos azules de una claridad casi transparente. Había visto su nombre en las exposiciones que hacían en el instituto los del bachillerato artístico, aunque hasta nuestro encuentro en el cuarto de baño del Imperial, nunca me había

fijado demasiado en ella más que para cruzar algún saludo casual. Los de arte se relacionaban entre ellos, eran una especie de grupo exclusivo.

Estaba de pie quitándome la chaqueta cuando Rachel se giró y me hizo un gesto con la cabeza a modo de saludo. Le respondí de la misma forma. Al girarse se apartó el cabello con la mano y pude ver detrás de su oreja derecha un pequeño tatuaje, parecían unas alas. Unas diminutas alas de ángel. Me arrepentí de no haberla saludado más efusivamente cuando recordé su ayuda durante la fiesta de Marc.

La camarera regresó a tomar nota y Andrea y yo nos pusimos a mirar el menú. Aún no habíamos decidido qué íbamos a pedir, cuando noté que alguien se paraba justo delante nuestro.

—Danielle, ¿eres tú? —preguntó una voz que no reconocí familiar. Al levantar la vista descubrí a mi interlocutor sonriendo de oreja a oreja.

—Hola Gabriel —le saludé sorprendida por la familiaridad con que me había hablado. Solo nos habíamos visto una vez y tampoco es que me hubiera causado muy buena impresión que digamos. Todo lo contrario que a mi amiga. El tutor de Oliver dejó a Andrea con la boca abierta y literalmente sin palabras, algo que tratándose de Andrea era un mérito digno de reconocer. Gabriel era extraordinariamente guapo, eso era evidente, pero su atractivo residía principalmente en sus ojos, tenía la mirada más extraña, hermosa y peligrosa que jamás había visto. Me recordaba a un gatito salvaje y taimado que podía pasar del dulce ronroneo a sacar las uñas en cuestión de segundos.

Noté que Andrea se sonrojaba visiblemente a pesar de su piel dorada. No recordaba que ella no había llegado a conocerle la noche de la fiesta en casa de Marc. Si bien bajamos juntas, solo yo me acerqué a él y simplemente porque estaba hablando con Samuel.

—Qué agradable sorpresa —dijo sonriente, mostrando su blanca y perfecta dentadura, iba impecablemente vestido. Llevaba una chaqueta oscura entre negra y gris, la llevaba abierta lo que permitía ver qué llevaba debajo. Un suéter de un amarillo pálido que resaltaba sus ojos pardos, unos vaqueros desgastados pero perfectamente planchados, le daban el toque informal a su estilo.

Mientras le observaba y catalogaba, me pareció escuchar un siseo. Gabriel debió oírlo también porque giró la cabeza y se encontró con los ojos

clarísimos de Rachel clavados en los suyos. Noté que Gabriel se tensaba, pero en ningún momento perdió la sonrisa, ni Rachel su eterna seriedad. Gabriel volvió a fijar su atención en nosotras pero sin perder de vista cada uno de los movimientos de la mesa de al lado. Fue entonces cuando jugó la baza de Andrea.

—¿Y tú quién eres preciosa? —preguntó mientras tomaba una mano de mi amiga y se la llevaba a los labios. Pensé que el saludo era un poco anticuado, pero sin duda cumplió su objetivo, Andrea quedó totalmente deslumbrada, hubiera jurado que no veía a nadie más que a él en todo el comedor.

—¿Por qué no comes con nosotras? —lo invitó sin siquiera volverse a mirarme para ver qué opinaba al respecto.

De nada me sirvió la advertencia de Oliver de mantenerme alejada de él, aunque tampoco podía culpar a Andrea por invitarlo, ya que no le había contado lo que mi nuevo amigo me había advertido sobre su tutor. Y tampoco sabía la razón de dicho consejo, sólo contaba con mis propios sentimientos de rechazo y me había propuesto dejar los prejuicios a un lado, así que no había nada que pudiera decirle a Andrea para que desistiera de ese instantáneo interés en él.

Gabriel se mostró encantador y solícito, no se podía negar que era muy educado, incluso caballeroso, en el sentido anticuado de la palabra. Parecía embelesado con nosotras, aunque le resultaba difícil apartar completamente la mirada de Rachel. Cuando eso ocurría, cuando los dos intercambiaban miradas que yo no entendía y que Andrea parecía no ver. Los ojos moteados de Gabriel, se volvían cálidos e incluso se oscurecían, pero el efecto nunca duraba más que unos segundos.

Me pregunté otra vez qué podía interesarle a un chico como ese, de un grupo de adolescentes como nosotras.

Cuando terminamos de comer era casi la hora de nuestra siguiente clase, entre mi llanto y lo ameno de la conversación, tuvimos que salir corriendo de allí. Los alumnos de arte se quedaron tomando café ya que entraban más tarde que nosotras. Otro de los muchos privilegios que tenían. En Armony, las artes, fueran cuales fueran, se respetaban y se premiaban por encima de todo lo demás.

Gabriel se empeñó en invitarnos a comer y Andrea le propuso que, si le permitíamos pagar, entonces nosotras le debíamos una invitación para otra ocasión. Él aceptó encantado e intercambiamos teléfonos.

Salimos tan deprisa de allí que cuando ya llevábamos una calle, me di cuenta que me había dejado el pañuelo que llevaba anudado al cuello. Era un recuerdo de mi madre, morado de estilo hippie y no estaba dispuesta a perderlo, por lo que le pedí a Andrea que se marchara al instituto que yo ya la alcanzaría. Andrea me aconsejó llamar a Gabriel y pedirle que me lo guardara, pero yo no estaba dispuesta a mantener más contacto del necesario con él. Las palabras de Oliver habían arraigado en mí, y una cosa era no prejuzgar y otra ser imprudente.

Cuando entré en el restaurante, la misma china que nos había acompañado a la mesa y atendido después, salió de detrás de la barra con mi pañuelo en las manos. Le di las gracias por su amabilidad e iba a marcharme cuando vi una escena que despertó mi curiosidad. Rachel se levantaba de la mesa en la que había comido con sus compañeros de curso y se sentaba en la misma silla que instantes antes yo había ocupado. Di gracias al cielo que hubiera dos salones y que ellos estuvieran en el segundo de ellos, sobre una especie de pedestal, de modo que yo pudiera acercarme a ellos y colocarme tras el inmenso árbol de plástico que dominaba el primer salón. La decoración china siempre me había chirriado, pero esta vez me había venido perfecta para camuflarme en ella.

Me pareció extraña la actitud de esos dos desde el principio. Si se conocían, lo que parecía evidente, ¿por qué no se habían saludado al entrar? Y ¿por qué ese juego de miradas que habían compartido durante la comida?

—Hola Mefisto, ¡cuánto tiempo! —le saludo Rachel, había demasiada confianza entre ellos. Mis suposiciones parecían tener cierta base. Realmente se conocían... Pero lo que me llamó la atención fue el cambio de nombre. Debía ser un apodo, concluí. Un apodo extraño que debería tener algún significado para ellos.

—Hola ángel —contestó Gabriel—. Veo que sigues en el mismo bando, es una pena, sabes que siempre he tenido debilidad por ti —ronroneó, haciéndome sentir incómoda, como una mirona que interrumpiera una cita amorosa—. Por cierto, llámame Gabriel —le pidió con una gran sonrisa que

iluminó sus rasgos.

La risa con que respondió Rachel sonó musical, me pilló desprevenida, jamás la había visto sonreír, siempre se mostraba seria. Me sorprendió que ese hermoso sonido pudiera surgir de ella.

—¿Gabriel? —preguntó divertida—. Ya has terminado con todos los nombres de arcángeles: Miguel, Rafael... ¿Qué va a ser después, Jesús? —y ya no había ni rastro de la risa que había descubierto en ella. Más bien parecía enfadada o más bien ofendida.

—No me tientes ángel, no me tientes... Ya sabes que ese es mi trabajo.

Empecé a marearme, la conversación era tan confusa que dudé de que estuviera oyendo bien.

—¿Qué estás haciendo aquí, Mefisto? ¿Por qué ese interés después de dos años, en los que no has movido ficha? Te creía fuera de la ciudad, ¿cuándo has vuelto? —preguntó seria, sin un atisbo de calor en su mirada.

—Estoy protegiendo mis intereses, lo mismo que tú, querida. Y si no he movido ficha antes es porque no sabía que tenía que hacerlo. Habéis sido muy malos conmigo. Los dos me la habéis ocultado, y eso está mal, yo que creía que no os llevabais bien —siempre conseguía darle un toque de fingida dulzura a sus palabras. Pensé que Gabriel sería capaz de amenazar a alguien de muerte con una sonrisa en los labios—. En cuanto a irme, te equivocas... Nunca me he ido, simplemente me he movido por ambientes distintos a los tuyos.

—No hay nada aquí para ti —sentenció Rachel visiblemente molesta por la indiferencia de Gabriel.

—Te equivocas ángel. Ella es como yo, se parece más a mí que a ti y muy pronto será mi pupila. Va a ser tan fácil que me voy a aburrir mucho. A lo mejor te apetece entretenerme, ¿por los viejos tiempos? —preguntó mientras se acercaba a Rachel, que se mantenía impasible.

—Nunca más —murmuró en un susurro, mientras se levantaba de mi silla y volvía a su lugar entre sus compañeros. Los ojos de Gabriel no perdieron detalle de sus movimientos mientras avanzaba entre las mesas.

Salí sigilosa de mi escondite, más confusa que nunca. Sabía que había mucho más en esa conversación de lo que yo era capaz de entender. Y la única persona que podía tener una respuesta era Oliver. Pero no iba a

arriesgarme con él hasta estar segura que era de fiar. Si Rachel tenía tanta relación con Gabriel, seguramente también la tenía con Oliver, ¿por qué entonces fingían cada vez que se cruzaban? Incluso yo había sido testigo del desdén con el que se habían mirado el uno al otro.

Cuando atravesé la puerta principal del instituto comenzó a sonar la sirena que daba aviso de que las clases volvían a retomarse después del descanso de la comida, con un poco de suerte y una pequeña carrera, era probable que llegara a tiempo, si no siempre podía justificarme diciendo que me sentía mal y había ido a la enfermería, con mis antecedentes era casi imposible que el profesor fuera a comprobarlo.

Iba directa a francés cuando en el pasillo casi vacío apareció Theresa, sola, sin su inseparable séquito.

—Tenemos que hablar —me dijo muy seria. Estaba parada frente a mí y no parecía muy dispuesta a dejarme pasar sin más.

—Después, ahora tengo clase —me excusé educadamente, lo último que quería era discutir con ella.

—Me parece que no. Vas a hablar ahora conmigo, aquí en medio del pasillo o en el lavabo de chicas, tú eliges —sabía lo que andaba buscando, sabía por qué tanto interés en hablar conmigo y sabía que no me dejaría en paz hasta que lo hiciera.

—Mejor el lavabo —respondí indiferente, nada de lo que pudiera contarme o proponerme me iba a venir de nuevas. Era la misma historia de la última vez, aunque la noté más agresiva que entonces, ahora estábamos solas y era evidente qué era lo que Theresa quería de mí, así que mejor hacerlo en la privacidad del cuarto de baño.

La seguí en silencio, más pendiente de ordenar mis pensamientos que de preocuparme por lo que iba a suceder con ella.

Cerró la puerta tras de mí y se apoyó en ella, para dejarme claro, por si me quedaba alguna duda, que no iba a dejarme salir de allí por las buenas.

—Te lo advertí Danielle, te dije que te alejaras de Oliver y no me has hecho caso, y eso no está bien —empezó en un tono meloso, que me recordó a Gabriel, un tono que pretendía ser amable, pero que se sentía forzado y falso.

—No sé de qué me hablas, solo somos amigos —respondí a la defensiva.

No me gustaba ni su actitud, ni el hecho de que no se apartara de la puerta, pero sobre todo me molestaba ese sentido de la posesión que tenía con Oliver.

— ¿Amigos? Oliver no tiene amigas, Danielle, ¿crees que soy estúpida? —preguntó fingiendo indignación.

—Sí, y antes que preguntes te diré, sí que tiene amigas y sí, creo que eres estúpida, de hecho estoy segura de que lo eres —la vi abrir los ojos como platos ante mi ataque verbal—. ¿De verdad crees que le intereso de otra manera? Pero si hasta te pidió a ti que dejaras de ser mi amiga cuando empezaste a salir con él... —contraataqué a pesar que mis palabras me hacían más daño a mí misma que a ella.

—¡Vaya! Al final la estúpida vas a ser tú —se rió burlona—. Oliver jamás me pidió que os dejara. La idea fue mía. Os vi ¿sabes? Yo estaba en el pasillo, frente a los vestuarios, y vi como os besabais. No podía permitir que estuvierais cerca, así que me inventé eso de que Oliver no quería que fuera tu amiga. Y luego él comenzó a ignorarte e hizo que mi jugada fuera un éxito, tú y Andrea creísteis de verdad que era culpa de Oliver y yo te saqué de en medio de un plumazo. Brillante ¿verdad?

—¿Por qué? —pregunté con la voz temblorosa, por qué alguien a quien durante años había considerado mi amiga, podía odiarme tanto.

—Estaba tratando de cuidar mis intereses, no era buena idea que rondaras por ahí, después del beso que vi entre vosotros. Además estaba cansada de ser la segundona. Soy guapa, siempre lo he sido —se vanaglorió y era verdad, era alta y delgada, pero con curvas y su espléndido cabello negro y rizado le llegaba casi a la cintura. Sus ojos oscuros eran penetrantes y fríos, pero en conjunto era muy atractiva—. Y tú y tu estúpida enfermedad siempre estabais por delante mí, con vosotras al lado no podía explotar todas mis posibilidades. Andrea te protegía como una madre, Samuel estaba loco por ti y tú no te dabas cuenta, hasta Marc y Alex estaban pendientes de todas tus tonterías. Simplemente quería conservar lo que me pertenecía.

—No sé quién eres —dije, intentando tragarme las lágrimas. Para ser una persona que no lloraba lo había hecho ya una vez y estaba a punto de hacerlo una segunda en el mismo día.

Sonrió, simplemente sonrió. Decidida a irme me planté frente a la puerta,

pero ella me cogió del brazo y me apretó con fuerza.

Un grito de dolor escapó de mi boca, me estaba clavando las uñas a través de la tela del jersey y de la chaqueta.

La puerta del baño se abrió de golpe, empujándonos a las dos al hacerlo. Ambas contuvimos la respiración, esperando ver al profesor de guardia, que nos obligaría a volver al aula después de una charla sobre faltar a clase. Pero la cabeza que se asomó no era la de un profesor. El pelo oscuro era demasiado largo para pertenecer a un profesor y una cazadora de cuero no era el atuendo adecuado para dar clase.

Oliver se fijó en que Theresa me mantenía cogida y de una zancada se metió dentro del cuarto de baño de las chicas.

—Suéltala ahora mismo —ordenó a Theresa con voz firme y fría, ni siquiera se molestó en mirarla, sus ojos estaban fijos en mí.

Ella obedeció fingiendo no entender su actitud. Aunque antes de soltarme me dio un último apretón más intenso y doloroso que el primero, a modo de advertencia, para que mantuviera la boca cerrada sobre lo que había sucedido momentos antes.

—¿Qué pasa Oliver? Somos viejas amigas saltándose las clases juntas y poniéndose al día de nuestra vida, ¿verdad Danielle? —preguntó con tanta naturalidad que si yo no hubiese sido la destinataria de su ataque de ira, incluso la hubiese creído. Me pregunté si Theresa había sido siempre tan falsa y taimada o si había cambiado desde que no éramos amigas. Pero recordé lo que acababa de confesarme y sentí náuseas, tenía que agradecerle a ella todos mis complejos y mi animadversión por Oliver en los últimos dos años.

—Tengo que irme —dije mientras inconscientemente me frotaba el brazo dolorido. Me acerqué a la puerta con las piernas temblorosas, me sentía traicionada, confundida y descolocada, todas las razones que creía haber tenido para mantenerme alejada de Oliver eran una mentira, mis prejuicios eran una mentira, que quisiera alejarse de mí a toda costa era una mentira... ¿Cuántas cosas más en mi vida eran una mentira? ¿Mi amistad con Samuel? Huía de mí en cuanto la cosa se torcía...

—Todavía no nos hemos puesto al día —comentó alegremente, aunque yo sabía que lo que estaba era amenazándome para que me quedara o para que entendiera que todavía no había acabado conmigo.

—Otro día. Aunque en realidad, Oliver será capaz de contestar a tus interrogatorio mucho mejor que yo —respondí y salí por la puerta dispuesta a marcharme a casa. Pero en el último momento me volví, yo no me amilanaba, no tenía miedo y no me rendía— Theresa —la llamé—, entiendo que estés tan hecha polvo, la verdad es que besa genial —me di la vuelta y los dejé a los dos con diversas expresiones de perplejidad.



Salí de allí, sin siquiera molestarme en despedirme de Theresa. No había sido difícil darme cuenta que Danielle no estaba allí disfrutando de un momento de amigas, como había dado a entender ella. Me atreví a entrar al baño de las chicas al escuchar el grito de dolor que había proferido Danielle cuando Theresa la había agarrado del brazo, ni siquiera sabía que eran ellas las que estaban allí.

Al entrar y ver cómo la tenía sujeta por la fuerza, me sorprendí imaginando que la abofeteaba por hacerle daño, ella era siempre tan dulce con todo el mundo. Incluso enfadada era encantadora. Sus últimas palabras me tenían confundido e incluso celoso, ¿qué había querido decir con lo del beso? ¿Estaban hablando de Samuel? En mi corazón albergaba una pequeña esperanza, pero de ese beso hacía tanto tiempo que dudaba que lo recordara, tenía que saberlo o me volvería loco.

No me costó mucho seguir su ritmo. Me puse a su lado en silencio, la dejé salir fuera del centro sin molestarla hasta que vi que iba directa a la calle dispuesta a irse andando a casa, suavemente la cogí por el brazo y me maldije cuando la vi encogerse de dolor; la dirigí hacia el aparcamiento donde estaba mi coche y fue entonces cuando me di cuenta que estaba haciendo esfuerzos por no llorar. Al verla tan valiente y al mismo tiempo tan indefensa, sentí algo que hacía años que me había prohibido sentir; empatía, dolor, amor...

Había desterrado de mi interior los sentimientos, y ahora de golpe, el llanto contenido de esta chica me los devolvía todos multiplicados por los años que había pasado sin ellos, fue como si me golpearan el pecho y me

quedara sin respiración.

Estaba más perdido que nunca y llevaba perdido cuatro siglos.



Capítulo 8

Me paré en seco cuando noté que Oliver ya no me acompañaba. Estaba a cuatro pasos de mí, completamente pálido y con el rostro descompuesto. Me miró y noté una infinita tristeza en sus ojos verdes, incluso su sonrisa fue triste y forzada. Sus ojos me parecieron los más viejos y sabios que había contemplado jamás.

Inesperadamente sentí que necesitaba su silenciosa presencia a mi lado para poder calmar el dolor que sentía en el pecho. No se trataba de un dolor físico, era algo intangible pero igual de poderoso y dañino, probablemente más.

Cuando se dio cuenta que lo esperaba, se acercó lentamente a mí, en el más absoluto silencio me tomó de la mano y me guió hasta su coche. Me dejé llevar, tras la confesión de Theresa, sentía que me faltaban piezas para el rompecabezas que era mi vida desde la aparición de Oliver.

Subí a su coche con la mente llena de preguntas, preguntas que no me atrevía a formular en voz alta, la conversación que había escuchado entre Gabriel y Rachel me había confundido totalmente.

—Danielle —susurró Oliver cerca de mi oído—, ¿qué me has hecho?

Me quedé parada ante su proximidad y la sensualidad con la que había pronunciado mi nombre. Incapaz de hablar solo pude mirarlo fijamente. Entendía a la perfección su pregunta porque a mi me pasaba lo mismo con él. Tampoco era capaz de explicarme lo que ese chico le había hecho a mi

ordenada vida. Desde que él había entrado en ella, había perdido a un amigo, a una amiga y ganado una enemiga. Y pese a todo yo anhelaba estar cerca de él. Oliver se aproximó hasta casi tocar mi mejilla con sus labios. Sentí que mi pulso se aceleraba, aunque esta vez no tuve que tomarme las pulsaciones, esta vez no tenía nada que ver con mi enfermedad, sino con el chico que tenía frente a mí y que me miraba con aquellos profundos ojos verdes moteados de dorado en los que me había perdido para siempre dos años atrás, cuando permití que me diera mi primer beso.

Instintivamente le toqué los labios con los dedos, eran suaves y cálidos. El labio inferior un poco más grueso que el superior, apenas perceptible. Sentí su aliento entre mis dedos, y me perdí en el deseo de su mirada. Cerré los ojos en los que estaba segura que él podía ver lo mismo y me incliné los pocos centímetros que nos separaban. Oliver me esperaba, en cuanto posé mi boca sobre la suya, atrajo mi cuerpo a su calor. Me sentía poderosa y valiente, había hecho por fin lo que llevaba meses soñando, había tomado la iniciativa y le había besado yo. Perdí el hilo de mis pensamientos cuando Oliver paseó sus dedos sobre mis costillas, arriba y abajo, delicadamente, sin pausa. Aspiré su aroma y me aferré con fuerza a su cuello, deseando que el momento se prologara para siempre. *Siempre*, una palabra a la que yo no tenía derecho. Noté algo cálido resbalar por mis mejillas.

Me separé de Oliver bruscamente. No podía permitírmelo, vivir estaba bien, experimentar estaba bien, pero amar era demasiado doloroso para alguien como yo. Cuando me fuera ya iba a dejar a bastantes seres queridos como para ahora añadir uno más a la lista. Marcharse iba a ser muy difícil si tenía que dejarle a él.

Disimulé mi malestar y mis lágrimas, y Oliver tuvo la amabilidad de hacer como que no se había dado cuenta de ellas.



Danielle, repetía en mi mente, Danielle y su dulzura, Danielle y sus labios. Nada de lo mucho que había vivido me había preparado para ese

momento. El beso que nos habíamos dado dos años antes, no había sido nada comparado con este beso. La conexión era tan profunda que podía sentir el rugido de la sangre en mis venas. Una serie de imágenes invadieron mi mente, Danielle a mi lado para siempre. Danielle firmando con su propia sangre. Y entonces, cuando casi había aceptado la idea como posible, como viable, ella se había separado de mi y yo me había sentido culpable por albergar esos pensamientos.

La criatura egoísta que había sido toda mi vida, se deleitó ante la idea de tenerla conmigo, pero el nuevo Fausto, el Fausto que Danielle había despertado se horrorizaba ante la mínima posibilidad de condenar a un ser tan bueno y dulce como ella.

Tenía que estar preparado para dejarla marchar, en más de un sentido.

Arranqué el motor en silencio y conduje. Danielle evitó mirarme durante el trayecto, entre avergonzada y afectada por algún pensamiento que parecía doloroso y que no compartiría conmigo. Ignoré sus lágrimas por temor a avergonzarla más.

Cuando paré en la puerta de su casa, apenas me miró, pero yo necesitaba más, necesitaba que me dijera de quién estaba hablando con Theresa, de quién eran los besos que tanto había disfrutado.

—Gracias por traerme —dijo en un susurro.

—Cuando quieras, estoy a tu servicio —bromeé, para hacerla sonreír, pero no obtuve mi premio. Se marchó cabizbaja mientras yo volvía a quedarme solo. Una sensación a la que no había logrado acostumbrarme a pesar de los años en los que había sido mi única compañera.

Dispuesto a olvidarme de todo lo que me rodeaba conduje hasta casa a toda velocidad, la muerte había dejado de importarme, en ese momento solo quería escapar.

Aparqué el coche en la entrada de casa sin siquiera molestarme a meterlo en el garaje, me empujaba la necesidad de tocar. De canalizar mis sentimientos, mis frustraciones a través de la música. Mi pasión más peligrosa.

Entré en el salón con tanta fuerza que casi saqué la puerta de sus goznes. Mi pulso estaba acelerado, mis dedos temblaban ansiosos con la misma fuerza con la que temblaban los alcohólicos antes de tomar su primera copa

del día.

Suavemente aparté el taburete y me senté frente a mi querido piano. Los temblores cesaron, la ansiedad paro. Era débil, otra vez... Mis dedos acariciaron las teclas, cerré los ojos, no necesitaba leer las partituras, estaban todas en mi cabeza. Las veía cuando cerraba los ojos, cuando los tenía abiertos. Invadían mi mente a todas horas. La melodía subió de tono, descargué en ella todo lo que soy, mi miedo, mis deseos más oscuros...

Cuando terminé de tocar tenía el cuerpo relajado y la cabeza despejada. La droga había vuelto a hacer su efecto.

—¡Bravo! —aplaudió Gabriel y sus palabras me trajeron a la mente otro día lejano, en una tierra también lejana en que mi vida y mi destino dejaron de pertenecerme.



En cuanto llegué a casa fui directa a encender el ordenador, esforzándome en no pensar en lo que acababa de ocurrir entre Oliver y yo, ya tenía bastantes cosas en que pensar en un solo día. Pero me resultaba difícil olvidar sus labios y el olor de su piel. Sentí como el vello se me erizaba con el recuerdo. Moví mi cabeza de un lado a otro, como si mi mente fuera una de esas pizarras en las que podías escribir y al mover un botón de lado a lado, se quedaba vacía y limpia, dispuesta para que volviéramos a reescribir nuestra historia.

El ordenador se encendió finalmente con lo que ya no tenía ninguna excusa para seguir divagando sobre lo que Oliver me hacía sentir, ahora iba a intentar descubrir de qué iba la conversación entre Gabriel y Rachel, lo de Oliver ya lo analizaría más adelante, cuando el recuerdo de sus labios no estuviera tan nítido en mi memoria.

El ordenador tardó un minuto en iniciarse y otro más en abrirse la pagina de la *Wikipedia*.

Escribí el nombre con el que Rachel había llamado a Gabriel, si era un apodo quizás pudiera encontrarle el sentido por el que se lo habían puesto y

con ello lanzar alguna hipótesis sobre lo que estaba sucediendo.
En seguida apareció mi búsqueda.

Mefisto puede referirse a:

1. *Mefistófeles, como subordinado de Lucifer.*
2. *Mefistófeles, de la obra Fausto de Johann Wolfgang von Goethe.*

Lucifer, o lo que era lo mismo, el diablo, la primera acepción no pintaba muy bien. Fausto, segunda vez en el día que me encontraba con ese nombre. Tomé nota mental de sacarlo de la biblioteca al día siguiente. Quizás el libro pudiera darme más pistas sobre lo que estaba pasando a mi alrededor.

Me tumbé en la cama, demasiado cansada como para cambiarme y ponerme el pijama, cogí el libro que descansaba en mi mesilla de noche, *Cumbres borrascosas*. Un clásico que estaba dispuesta a terminar de una vez por todas. Lo había comenzado porque era el libro de cabecera en cada novela de literatura juvenil que leía, pero entre que los personajes eran odiosos y que la historia no me atraía nada, estaba siendo una historia que me moría por terminar. No lograba entender el éxito que tenía la historia, la protagonista tenía a dos hombres a los que amar y contra todo pronóstico se decidía por el más oscuro de los dos.

Abrí el libro por la página en que me había quedado y retomé la lectura, jamás dejaba una novela a medias, no importaba lo que me costara. No podía permitirme abandonarla y dejarla para más adelante, yo nunca sabía si tendría un más adelante.

Pensé que Gabriel se parecía un poco a Heathcliff, no en el aspecto físico, ya que Gabriel era muy atractivo y Heathcliff era más bien feo, me lo recordaba por otro motivo, tenía la sensación que Gabriel al igual que Heathcliff amaba con la misma intensidad con la que odiaba.



Capítulo 9

Hacía años que no soñaba con Isabella, pero esa noche había vuelto a irrumpir en mis sueños, Danielle me había dejado con la guardia baja y mi arrebató al piano, había sido el detonante definitivo. Abrí los ojos lentamente, saboreando los recuerdos mientras aún estuvieran frescos en mi mente. Mi hermana había vuelto a mí por primera vez en mucho tiempo.

La música había liberado mis fantasmas. Los recuerdos de mi dulce y delicada hermana eran los más queridos y al mismo tiempo, los más dolorosos, de toda la gente a la que había conocido y había perdido, ella era a la que más había necesitado a mi lado, con ninguna de mis otras hermanas me sentí nunca tan afín como con ella. Isabella era una constante en los únicos años en los que realmente había sido feliz.

Resultaba fácil mirar esa parte de mi pasado. Mi vida había sido perfecta en muchos sentidos, si bien no tocaba con la maestría con la que deseaba hacerlo, en otros aspectos de mi vida, disponía de todo cuanto quería. Hasta que nuestro padre contrató a Mefisto como secretario, a partir de ese momento, nuestra apacible vida se desmoronó.

Mi padre y Mefisto se conocieron en casa del abogado de la familia. El señor Lombarda. El letrado lo había recomendado encarecidamente como un joven educado e inteligente. Perfecto para entrar al servicio de la distinguida familia del conde de Bassani.

Mi padre, demasiado preocupado por las apariencias, había aceptado

ante la insistencia del mejor abogado de toda Florencia y las cartas de recomendación que traía consigo Mefisto, escritas por los hombres más influyentes de toda Italia.

A los dos meses de trabajar para nuestra familia, Mefisto ya se había ganado un lugar de honor en nuestra mesa y en nuestra casa. Mi padre que siempre se había mostrado distante con sus empleados, y reacio a considerar a alguien que no fuera de su rango, trataba a su joven secretario con la deferencia con la que agasajaba a los mismísimos Medicis cuando aparecían por nuestro hogar.

Mefisto se dejaba querer, convirtiéndose en el confidente de toda la casa, desde mi propio padre hasta las fregonas le contaban sus secretos más íntimos. No hacía distinción alguna en sus galanterías, lo que le valía siempre los mejores platos, las sábanas más almidonadas o las camisas mejor planchadas de toda la mansión. Su sonrisa era constante y sus modales aunque artificiosos, le otorgaban el elogio de mi familia y la aceptación de nuestros amigos.

El único que se mantenía al margen, era yo mismo. Mi interés en esa época estaba completamente volcado en mis estudios de piano. Incluso mi propia prometida, Laura Delacrosse, la hija del mejor amigo de mi padre, el conde Delacrosse, su socio en la mitad de sus negocios, había caído rendida bajo el poder de sus versos.

Isabella parecía tan feliz por aquel entonces... Y cuando todo se complicó yo no estaba allí para apoyarla. La noche que se suicidó, yo había estado bebiendo y bailando con todas las mujeres que habían aceptado hacerlo. No estuve allí para ella, le había fallado, había fallado a la única persona que me amaba incondicionalmente. La única por la que yo sentía verdadero amor.

Cerré los ojos con fuerza y traje a mi mente las escenas de mi sueño.

Isabella sonreía y daba vueltas sobre sí misma haciendo que su falda se enredara entre mis piernas y se hinchara. La brisa jugaba con su pelo negro, y bajo sus pies había un manto de flores blancas que cubrían casi en su totalidad el suelo verdoso en el que crecían. Isabella en ningún momento me había hablado, solo me había sonreído y yo le había devuelto la sonrisa conmovido. Antes de desaparecer de mi vista, se había llevado la mano a los

labios y me había enviado un beso, un beso cálido que sentí posarse en mi propia mejilla.

Mi hermana me había sonreído y se había despedido de mí como si yo no hubiese sido el culpable de su muerte, si yo hubiese estado allí esa fatídica noche, ella habría acudido a mí, me lo hubiera contado todo, y yo habría dado hasta mi propia vida por proteger la suya.

Sin ninguna duda, la muerte de Isabella era la peor de todas mis faltas. Por mucho que intentará redimirme, jamás lo conseguiría.



Capítulo 10

El viernes por la mañana aproveché la hora de estudio para pasar por la biblioteca, devolver *Cumbres borrascosas*, que ciertamente me parecieron muy borrascosas, y sacar el *Fausto* de Goethe para comprobar si guardaba alguna relación o me desvelaba algo sobre la confusa conversación que había escuchado en el restaurante entre Gabriel y Rachel.

Estaba en la sección de literatura buscando el libro, cuando vi a una de las implicadas que pasaba a una estantería de mí. Sin pensármelo mucho, decidí acercarme y hablar con ella. Siempre era mejor opción que preguntarle directamente a Gabriel o a Oliver, al fin y al cabo era una chica y seguramente me resultaría más cómodo hablar con ella. Cuando por fin le di alcance, vi que se había parado frente a una estantería de la sección de arte y que tenía un libro en la mano. Estaba absorta contemplándolo, lo que me permitió observarla a placer. Siempre me había quedado con la imagen que daba con su ropa oscura y su pelo lacio y negro, pero ahora que la miraba de verdad y con verdadero interés, despertado principalmente por la conversación de la que había sido testigo, me di cuenta que era una chica muy guapa. Su piel era blanca y perfecta, no se veía ninguna imperfección en ella y estaba segura que si utilizara ropa de otro color resaltaría su serena belleza.

La extraña claridad de sus ojos y la palidez de su piel se veía aumentada por la ropa negra que insistía en llevar día tras día. Parecía que buscara pasar

desapercibida a toda costa.

Rachel se tensó cuando notó que me ponía a su lado, pero no apartó la mirada de su libro.

—¿Qué quieres? —preguntó sin mirarme, con su habitual tono duro.

—Necesito hablar contigo —respondí, y la sequedad de sus palabras hizo que me dieran ganas de dar media vuelta y marcharme. Quizás me había equivocado y no iba a ser más fácil hablar con ella sino todo lo contrario.

Giró la cabeza mientras volvía a colocar el libro en su sitio y me encaró con sus ojos azules, que si fueran un poco más claros, serían transparentes.

—¿De qué quieres hablar? —preguntó ahora con más tacto y quizás un poquito de ¿interés? ¿O era curiosidad lo que se adivinaba en sus ojos?

—¿De qué conoces a Gabriel? —pregunté sin apartar la mirada. Fue por eso que noté como se le tensaba la mandíbula al escuchar ese nombre.

—¿Perdón? —dijo burlona—. Creo que te has equivocado de persona, yo no conozco a ningún Gabriel.

—Mientes —la acusé—. Ayer volví al restaurante a por mi pañuelo y te vi hablando con él. Es más, escuché lo que decíais y era más que evidente que erais amigos. Necesito que me cuentes por qué Oliver no quiere que me acerque a él y por qué tú niegas conocerle.

—Es de mala educación escuchar conversaciones ajenas —me regañó muy seria.

—También es de mala educación mentir a las personas, y tú me has dicho que no lo conocías cuando en realidad sé que sois íntimos —Rachel enrojeció hasta la raíz del pelo.

—Supones demasiado para lo poco que oíste —me sorprendió ver la ira que tenía acumulada en su interior.

—Cierto, por eso quiero respuestas —le pedí con un hilo de voz. No es que quisiera respuestas, es que las necesitaba, si Oliver estaba implicado, necesitaba saber si podía confiar en él. Pero al mismo tiempo sentía pánico por lo que podía descubrir. Pánico porque fuera lo que fuera lo que hubiera detrás, Oliver estaba envuelto en ello y yo había vuelto a aceptarlo en mi vida. Le había dado la posibilidad de volver a hacerme daño.

—Pregunta lo que quieres saber y yo decidiré si te respondo o no —ofreció Rachel. Al parecer era todo lo que estaba dispuesta a ofrecerme—.

Pero primero debes saber que yo nunca miento, me has preguntado por Gabriel y yo no conozco a ningún Gabriel, aunque sí conozco a un Mefisto que últimamente se hace llamar así.

—De acuerdo —acepté su palabra, quizás fuera cierto que no conocía a Gabriel por su nombre, puede que Mefisto fuera su apellido, en cualquier caso volví a insistir—. ¿De qué conoces a Gabriel? —repetí, tanteándola a la espera que cometiera un error y lo soltara todo.

—Conozco a Gabriel desde hace mucho tiempo. Podríamos decir que salimos juntos una temporada.

—¿Qué pasó? —pregunté curiosa, la pregunta no iba a resolver mis dudas, pero mis ganas de conocer los detalles me impulsaron a hacerla.

—Digamos que mi padre se enteró y no le hizo mucha gracia —adivinó lo que le iba a preguntar a continuación, porque me respondió a la pregunta que rondaba en mi cabeza—. A parte de porque no es una buena influencia, digamos que su padre y el mío son rivales en los negocios.

Me quedé intrigada con la explicación, pero al fin y al cabo yo estaba interesada en que respondiera a otras preguntas, y ninguna era sobre su vida privada.

—¿Por qué Oliver no quiere que me acerque a él? —diferentes respuestas me rondaban por la mente. Estaba celoso de Gabriel porque era mayor y muy atractivo, estaba metido en malas compañías, consumía drogas...

—Es una mala influencia, ya te lo he dicho —se limitó a responder. Quizá mi suposición de las drogas no iba tan desencaminada, pensé.

—¿A qué te refieres? —pregunté para cerciorarme.

—No es una buena persona. Es manipulador, falso y mentiroso. No te puedes fiar de él. Siempre tergiversará todo de manera que el favorecido sea él. Mantente alejada de él. Es lo mejor para todos —su rostro no mostraba ningún sentimiento mientras hablaba, me di cuenta que estaba ocultando sus emociones con mucha pericia, pero algo en sus ojos revelaba que había emociones que ocultar. No era tan fría como pretendía parecer.

Habíamos mantenido toda nuestra conversación, apoyadas en la estantería del pasillo de arte de la biblioteca del instituto, estaba a punto de sonar la sirena de aviso de la siguiente clase y no podía andarme con rodeos si pretendía sacarle toda la información posible.

—Si es tan mala influencia, ¿por qué Oliver lo tiene como tutor? — empecé a temblar demasiado ansiosa por escuchar su respuesta. A pesar de no conocerla apenas y de las distancias que marcaba entre las dos, sentía que Rachel era sincera, que cada palabra que salía por su boca era absolutamente cierta. No podía explicarme el por qué de modo coherente, pero era un sentimiento que tenía arraigado dentro de mí.

—A lo mejor Oliver no es tan perfecto como tú crees —sentí que algo se me escapaba, nunca había pensado que Oliver fuera perfecto, era el chico que se había mostrado encantador conmigo, que me había robado mi primer beso y que acto seguido había procedido a ignorarme durante dos largos años, estando cada día taquilla con taquilla. El mismo chico que había sido novio de una de mis mejores amigas... Pero las palabras de Rachel iban más allá de eso. Ella estaba diciéndome algo mucho más importante, algo que yo no lograba entender o no quería aceptar, en las dos respuestas residía parte de la verdad.

—¿Qué es exactamente lo que quieres decir? —pregunté con un hilo de voz.

—Te he dicho que contestaría a tus preguntas. Y que me reservaría evitar responder a las que yo considerase oportunas. Y esta me parece oportuna ignorarla, así que si quieres saber exactamente lo que quiero decir, creo que ya sabes a quién tienes que preguntarle, Danielle.

Y dicho esto se marchó, dejándome más confusa y perdida que cuando me levanté por la mañana. Me apoyé en el mismo lugar en el que había estado ella e intenté tranquilizarme. ¿Qué me estaba perdiendo? ¿Cuál era el misterio que no lograba descifrar?

Sonó el timbre que anunciaba el cambio de clase y me apresuré a buscar el libro por el que había ido allí.

Resultó ser un tomo bastante voluminoso en el que se añadía un estudio sobre el personaje. Hojeé las primeras páginas y vi que había una bibliografía extensa sobre el tema. El tal Fausto debía ser un personaje bastante conocido si había tantos estudios sobre él.

Me acerqué al mostrador de préstamos en el que la típica bibliotecaria con moño y gafas de pasta con diamantes falsos en los extremos nos hacía callar a todos con un ademán enfadado. Le devolví *Cumbres borrascosas* y sus ojos

se iluminaron al verlo, me preguntó qué me había parecido y ante mi falta de entusiasmo me miró airada y severa.

Metí *Fausto* en la mochila y apresuré el paso hasta la clase de literatura del profesor Martin. Quizás podría preguntarle después sobre *Fausto* y Goethe, si había alguien que pudiera contarme algo, ese era el profesor Martin.

Corría camino a clase cuando en el pasillo casi vacío me di de bruces con Samuel. Me sorprendió y dolió a la vez que fingiera no verme, no esperaba ese tipo de reacción por su parte. Marc, que estaba a su lado, me sonrió mientras hacía un gesto de disculpa con la cabeza. Le respondí, aunque la sonrisa que me salió era triste, mi mundo se desmoronaba por momentos y lo peor de todo es que seguía sin entender por qué había cambiado todo tan rápidamente.

El señor Martin, era un profesor de la vieja escuela, hacía años que tenía que estar jubilado, pero ahí seguía al pie del cañón y dispuesto a dar guerra un año tras otro. No permitía que sus alumnos le tutearan y del mismo modo él nos trataba de usted a nosotros. Cuando la clase terminó, Andrea se acercó a mi pupitre dispuesta a esperarme, como siempre, pero le hice un gesto con la mano para que se fuera. No se sorprendió, debió pensar que quería hablar con *El Bulldog*, apodo con el que le llamábamos todos sus alumnos, y estoy segura que también algún profesor, y no hablo solo de mi padre. Ya que como buen perro de presa, cuando pillaba a algún estudiante no lo soltaba hasta hacerlo trizas.

Además, como sus homónimos, tenía un excelente olfato para adivinar a los incautos que no habían estudiado o hecho los deberes que había mandado el día anterior y en esos casos la víctima de su verborrea seguramente prefiriera vérselas con un bulldog hambriento antes que con el señor Martin.

—Señor Martin, ¿puedo preguntarle algo? —pedí educadamente y al mismo tiempo temerosa de su reacción.

—¿Es sobre la lección de hoy? —dijo sin levantar la vista de sus papeles.

—No —me limité a responder.

—Entonces puede —cedió levantando la mirada y clavándola en mí—. No estoy dispuesto a repetir la lección solo porque usted no haya estado atenta, pero si se trata de otro asunto estoy dispuesto a escucharla.

El viejo señor Martin a pesar de sus fieros modales, era uno de mis profesores favoritos, y no solo porque impartiera literatura, sino principalmente porque nunca hacía distinciones conmigo. Para él era una alumna más, independientemente de que estuviera o no enferma. Era reconfortante sentirse normal de vez en cuando.

—Quería saber sobre un libro que saqué esta mañana de la biblioteca, *Fausto* —expliqué, impaciente por escuchar lo que me pudiera decir sobre él. Como él permaneció callado, abrí la mochila lo saqué y se lo tendí. Mi profesor alargó la mano y me lo cogió, absorto en sus pensamientos.

—Interesante elección, señorita Collins —dijo finalmente—. El *Fausto*, el juguete de Dios y el Diablo, la víctima de una apuesta entre ellos.

—No sé qué quiere decir —confesé aturdida.

—¿No lo ha leído? —preguntó con el ceño fruncido—. Veamos cómo le explico esto. Para mí, *Fausto* es más víctima que verdugo. Él vive tranquilamente su vida hasta que Mefistófeles como enviado del Diablo, le visita. Y la razón de esta visita, no es más que la soberbia de uno y otro. Mientras Lucifer dice que se puede tentar a todos los hombres, Dios pone como ejemplo incorruptible a *Fausto*. Y la historia termina por demostrar que todos los hombres somos capaces de caer en la tentación, siempre que esta sea atractiva a nuestros ojos.

—¿De eso va la historia? ¿Del bien y del mal? —pregunté intentando ordenar mis ideas.

—A un nivel muy básico, sí —respondió secamente—, pero lo mejor es que lo lea y luego me pregunte las dudas que le hayan podido surgir. Ahora márchese a su próxima clase o llegará tarde.

Le di las gracias y salí del aula en el momento en que sonaba la sirena. Al parecer era el día de las carreras por el pasillo para llegar a clase a tiempo.



Capítulo 11

Durante la hora de francés me enteré que Marc había abordado a Andrea en el pasillo cuando iba sola a clase y la había invitado a salir esa misma noche. Haberme quedado a hablar con el señor Martin, había resultado productivo para todos. Estaba encantada con que Andrea se olvidara de su fascinación por Gabriel y recuperara su interés por Marc, un problema menos del que preocuparme y, con la semana que estaba teniendo, eso era una gran noticia.

En cuanto terminaron las clases, mi amiga se disculpó por no venir a casa a comer conmigo y se marchó corriendo a saquear su armario para planear qué se iba a poner, cómo se iba a peinar, etc...

Decidí volver paseando a casa, necesitaba tiempo y soledad para pensar e intentar colocar cada pieza en su lugar. Después de lo que me había contado el profesor de literatura, las palabras de Rachel cobraban más sentido para mí. El apodo con el que se había dirigido a Gabriel tenía ahora un significado conocido que podía comprender. El señor Martin había dicho que Mefistófeles era el representante del demonio, lo que venía a significar que cuando Rachel dijo que Gabriel no era una buena influencia, lo decía literalmente.

Supuse que si leía la novela, probablemente terminaría entendiendo algunas cosas más, así que tomé nota mental como tarea para el fin de semana, leer el *Fausto* de Goethe.

Cuando llegué a casa, mi padre se sorprendió que fuera sola. Estaba aliñando una ensalada que tenía una pinta estupenda, le había añadido nueces y queso y se me hacía la boca agua solo con mirarla.

—¿Dónde has dejado a Andrea? —preguntó socarrón.

—No ha venido. Tiene que arreglarse para una cita, así que vas a tener que compartir tu ensalada conmigo por que estoy muerta de hambre —le dije al tiempo que ponía un plato, un vaso y un tenedor de más sobre la mesa.

—¡Dalo por hecho, pequeña! —dijo sonriendo de forma sospechosa—. ¿Y tú, no tienes una cita para este fin de semana? —ahí estaba la pregunta y la razón de que su mirada me hubiera parecido conspiradora.

—No, ¿por qué? ¿Quieres que hagamos algo? —contesté haciéndome la inocente.

—Lo siento cariño, pero yo sí tengo plan —me dijo como si nada. Durante un segundo, pensé que había quedado con alguien, ¡por fin!, pero su risita socarrona, me hizo darme cuenta que iba a decir algo más—. En realidad tengo una cita con los exámenes parciales que he hecho esta semana a dos de mis clases.

—¿Sabes que no tienes ninguna credibilidad para decirme que salga más cuando tú tampoco lo haces? —le regañé.

—Cariño, yo ya soy viejo. ¿Por qué no le preguntas a Samuel si quiere ir al cine, a comer pizza o alguna cosa de las que hacéis los jóvenes para divertirlos? —me guiñó un ojo mientras intentaba aguantarse la risa.

—Mejor no. Samuel ya no está tan interesado en ser mi amigo, papá —dije sin profundizar demasiado en el tema.

—Entiendo —dijo mi padre pensativo.

—¿De verdad? Porque yo no entiendo nada —confesé hundiendo los hombros.

—Danielle, ese chico lleva enamorado de ti toda la vida. Y es lógico que si le has dado calabazas, quiera mantenerse un poco al margen por ahora —explicó como si fuera la cosa más natural del mundo.

—¿Y tú como sabes tanto de mi vida? —le pregunté enfadada. Era evidente que me espiaba, como si no iba a saber que le había rechazado.

—Cariño, yo también voy al instituto cada día y he oído lo tuyo con Oliver. He de decir que no es el chico que yo hubiera elegido para ti, pero si a

ti te gusta... No me opondré, incluso le pondré buena cara cuando le invites a cenar —se notaba a la legua que estaba disfrutando de nuestra conversación, o más bien de mi reacción ante sus bromas.

—¿Lo mío con Oliver? —pregunté alzando la voz—. ¿De qué hablas? Solo somos amigos —le expliqué levantándome de un salto de la silla.

—Entonces te pido disculpas, estoy mal informado —me sonrió y empezó a comer su ensalada tranquilamente.

Aún no había pinchado de mi plato, cuando sonó el teléfono de la cocina. Mi padre se levantó a cogerlo mientras yo disfrutaba de la comida, realmente estaba hambrienta. Las emociones siempre me daban un hambre atroz. Menos mal que era de las afortunadas que podían comer de todo sin engordar un gramo.

—¿Dígame? —preguntó mi padre a la persona que llamaba, su sonrisa se ensanchó hasta casi rozarle las orejas.

—Sí. Un momento, por favor... —le pidió a quien fuera que estuviera al otro lado.

—Danielle, es para ti —me ofreció el inalámbrico—. Es Oliver —anunció con la sonrisa triunfal en los labios que no le había abandonado desde que descolgó.

Oliver, pensé, ¿cómo sabe mi número? Me levanté nerviosa. La situación ya era incómoda de por sí, como para además tener a mi padre al lado mientras hablaba. Desde el beso del día anterior no le había vuelto a ver. No sabía muy bien cómo actuar con él. ¿Estaría molesto por mi arrebato? ¿Complacido? ¿O simplemente le daba igual?

—Hola —dije por el auricular.

—Hola Danielle, soy Oliver. Te llamaba para invitarte a salir. ¿Quieres que vayamos al cine o a tomar un café? —me ofreció y noté que estaba tan nervioso como yo.

—Claro —acepté—, pero al cine no me apetece —dije. No estaba dispuesta a volver a encontrarme con alguien y pasar un rato embarazoso allí, con Oliver. Probablemente Andrea y Marc irían allí y yo prefería no tener a nadie observándome mientras estaba con él. Y si nuestra amistad ya era *vox populi* en el instituto, como había dicho mi padre, todavía tenía menos ganas de dar que hablar a los chismosos.

—Podemos cenar aquí si te apetece. Estaremos solos y podremos hablar —ofreció como si me hubiese leído la mente.

—Me parece bien —respondí, mientras por el rabillo del ojo, observaba a mi padre todavía sonriendo, y a juzgar por eso, sus palabras anteriores sobre que no le convencía que saliera con Oliver resultaban cuanto menos chocantes.

—Pasaré a recogerte a las seis. No sabes dónde vivo —atajó antes que yo pudiera decirle que quedábamos allí.

—De acuerdo —acepté, si algo no lo impedía, mi padre iba a estar en casa cuando viniera a por mí. Recé para que la situación fuera lo menos embarazosa posible. Pero con mi padre, nunca se sabía.

Me senté nuevamente a la mesa y seguí comiendo, después de todo, la ensalada estaba mucho más buena de lo que recordaba.

—Entonces finalmente, ¿sales? —preguntó mi padre mordaz.

—Ya te he dicho que solo somos amigos —le expliqué nuevamente, molesta por su insistencia.

—¿He dicho yo lo contrario? —dijo levantando las manos, señalando así su aparente inocencia.

—Papá, ¿cómo supiste que mamá estaba interesada en ti? —pregunté expectante. Me encantaba escuchar a mi padre hablar de ella, pero en este caso, había algo más que me interesaba. ¿Por qué Oliver me invitaba a salir?

—Bueno tu madre era una persona muy especial. Era incapaz de ocultar sus sentimientos, su cara era el espejo de su alma. Nunca podía engañarme, ni siquiera cuando intentaba ocultarme sus dolores —dijo con la voz cargada de sufrimiento y nostalgia.

—¿La echas de menos? —necesitaba saber que en eso no estaba sola, que mi padre la añoraba tanto como yo.

—Cada día, pero tú te pareces tanto a ella, que es como si nunca se hubiese ido. Tu cabello es más oscuro que el suyo, pero en todo lo demás eres su vivo retrato —me contó, con la mirada cargada de melancolía y la voz ronca por las lágrimas contenidas.

—Yo también papá —dije en un susurro apenas perceptible.

Me callé y seguimos comiendo en silencio, al tiempo que yo emulaba a mi mejor amiga y decidía que iba a ponerme para mi cita con Oliver. Ese

chico era demasiado complicado, me confundía y me atraía como un imán a un trozo de metal.

Pensé en llamar a Andrea para contárselo y pedirle consejo. Pero descarté la idea cuando recordé que salía con Marc, el mejor amigo de Samuel. Mejor se lo contaría al día siguiente, así no se le escaparía delante de su cita y Samuel no tendría porque enterarse. Sobre todo porque desconocía la trascendencia que mi salida iba a tener en mi amistad con Oliver.

Al fin y al cabo, solo lo estaba aplazando, tampoco es que no fuera a contárselo a mi mejor amiga. Me paré en seco cuando comprendí que las únicas cosas que le había ocultado a Andrea a lo largo de nuestra amistad tenían que ver con él, primero el beso y ahora nuestra salida.

Terminé de comer rápidamente, ayudé a mi padre a recoger y a fregar los platos y subí a mi habitación, demasiado nerviosa para recordar mis planes de leer *Fausto* y encontrar las respuestas a mis preguntas anteriores, ahora solo me interesaba la respuesta a la nueva pregunta que vagaba en mi cabeza, ¿qué había entre Oliver y yo? y ¿qué quería yo que hubiera?



Capítulo 12

Al final, encontrar algo que ponerme para salir con Oliver resultó más complicado de lo que había supuesto.

Tenía que encontrar ropa con la que estar mona y a la vez no parecer muy arreglada. Nuestra relación, si es que la había, era demasiado ambigua, por tanto no podía demostrar demasiado interés a la hora de elegir mi vestuario, si no podría dar a entender más de lo que quería que él supiera.

Ni siquiera yo tenía muy claros mis sentimientos, Oliver me gustaba mucho, pero su actitud respecto a mí durante estos años, hacía que me sintiera muy insegura de su interés. Normalmente siempre había sido una persona decidida, incluso valiente, pero sentía que enamorarme de Oliver era lo más arriesgado que haría en mi vida.



El reloj del salpicadero marcaba las dieciocho cero cero, cuando paré el coche frente a la puerta de Danielle. Me sentía extrañamente alegre cuando enfilé el sendero hacia su casa, por alguna razón desconocida para mí, era incapaz de borrar la sonrisa de mi cara. Iba a cocinar para ella, y estaba dispuesto a preparar mis famosos spaghettis a lo Bassiani.

Cuando la puerta se abrió, me quedé parado sin saber muy bien qué decir o cómo actuar.

—Buenas tardes, señor Collins —saludé nervioso a la persona que estaba frente a mí, impidiéndome con su brazo la entrada a la casa.

—¡Vaya Oliver! ¿Desde cuando eres tan formal? —preguntó divirtiéndose con mi azoramiento.

—Tienes razón, John —le concedí un poco menos rígido. Si en clase le tuteaba, por qué no iba a hacerlo en su propia casa.

—Pasa. Dani bajará enseguida —me anunció sonriente. Esperaba que Danielle realmente bajara enseguida, porque me resultaba extraño estar sentado en la sala de estar de mi profesor de lengua.

La casa de Danielle reflejaba a la perfección los detalles de su personalidad que había llegado a conocer. El comedor era cálido y acogedor, con estanterías a rebosar de libros. Desde que nos conocíamos había visto a Danielle infinidad de veces con un libro en las manos. Las mantas que había cuidadosamente plegadas en los brazos de los sofás eran de color azul y violeta, los dos colores que Dani siempre elegía en su ropa y en sus objetos personales, y el ambientador que flotaba en el aire, me recordaba a su perfume, floral y dulce, con un toque de desafío.

Escuché sus pasos en la escalera que había a mi izquierda. Giré la cabeza para verla y noté como mi garganta se secaba. Al parecer algo que mi cuerpo había convertido en una costumbre, cada vez que Dani estaba cerca me quedaba sin capacidad para hablar. Carraspeé intentando volver a ser yo.

Danielle llevaba unos vaqueros ceñidos y estrechos, que hacían que sus piernas se vieran interminables, unas botas de tacón hasta la rodilla que conseguirían que cualquier hombre girara la cabeza para disfrutar de la vista. Menos mal que íbamos a mi casa, pensé, no estaba dispuesto a compartirla con nadie. Sonreí ante la idea, aún no era mía y ya me estaba comportando de forma posesiva.

Levanté la mirada y vi que llevaba un jersey negro con cuello redondo y ancho, que se perdía en uno de sus hombros, debajo, una camiseta también negra de tirantes y enrollado al cuello el mismo pañuelo morado que tantas veces le había visto puesto.

Instintivamente, me acerqué a ella. No muy seguro de para qué.

—Hola —la saludé cuando por fin pude encontrar mi voz.

—¿Nos vamos? —preguntó mientras le lanzaba una mirada feroz a su padre que parecía no perderse nada de nuestro encuentro.

—Claro, tengo el coche en la puerta —le dije, recuperando la entereza.

Me miró como pidiéndome disculpas por la actitud vigilante de su padre, pero yo no lo veía del mismo modo que ella. Había nacido en una época en la que estar con una joven a solas en una estancia, siempre terminaba en matrimonio o con la mujer deshonrada de por vida, pasara lo que pasara entre ellos, aunque ni siquiera se hubiesen rozado las manos.

Las mujeres en aquel entonces dependían completamente de su reputación, su finalidad era cuidarla y olvidarse de todo lo demás. Nunca había comprendido la doble moral que reinaba en mi época y nunca la comprendería, pero a pesar del tiempo transcurrido desde mi nacimiento, había cosas que nunca cambiaban.

Subimos al todoterreno y antes de salir del aparcamiento, encendí el reproductor de *CDs*, la profunda voz rasgada de Louis Armstrong invadió el coche mientras cantaba *What a wonderful world*, Danielle me miró con cara sorprendida.

—¿Qué? —pregunté confuso por su expresión.

—No es la clase de música que pensé que te gustaría —confesó avergonzada.

—En realidad. Me gusta toda la música, todos los estilos. Se podría decir que soy su más fiel amante —le di a mis palabras un aire burlón cuando en realidad estaba diciendo la verdad.

Como un flash, me invadieron las imágenes. Una calle de 1925 en Chicago, Illinois. El año en que descubrí el Jazz, de la mano del mismísimo Armstrong, mientras grababa con *Hot Five*...

—Eres sorprendente, ¿sabes? —murmuró Danielle, observé que cuando lo decía sus mejillas se tiñeron de un precioso rubor rosado.

—Me lo tomaré como un cumplido —le dije para borrar su incomodidad.

—En realidad lo era —confesó sin mirarme, sus ojos clavados en algo que había más allá de la ventana, incluso de Armony.

Ante sus palabras, sentí mi corazón latiendo acelerado. Por primera vez en mucho tiempo volvía a sentir que estaba vivo. Casi podía sentir la parte

que me faltaba, como si de verdad fuera un hombre completo.



En el instante en que Oliver me miró, después que las palabras se escapasen de mis labios, supe que ya no podía engañarme más, estaba enamorada de él, tanto que no me importaba no saber qué sentía él por mí. Tanto, que dolía.

Seguimos en silencio, cada uno perdido en sus pensamientos. Llegamos a la zona nueva de Armony, un barrio residencial en el que acababan de inaugurar el nuevo edificio que acogería a la filarmónica de la ciudad.

Oliver se paró frente a una casa descomunal. Estaba bordeada por un jardín muy bien cuidado, imaginé que alguien lo atendía, no veía a Oliver haciendo esas labores y mucho menos a Gabriel, con sus impecables modales y su ropa de marca recién planchada.

—¿Vamos a estar solos? —pregunté una vez recordé la existencia de Gabriel y que posiblemente vivían juntos, ya que Oliver aún no tenía los veintiuno, edad que se rumoreaba era la que habían estipulado sus padres en su testamento.

—Sí, ¿por qué? —preguntó confuso—. ¿Te preocupa estar sola conmigo? —dijo en un tono dolido—. Te prometo que no voy a obligarte a hacer nada, solo voy a prepararte la cena, palabra de *Boy Scout*.

Me eché a temblar ante la sola idea de que me tocara y no precisamente de miedo. Era la única persona que hacía que me olvidara de todo. A veces incluso tenía que obligarme a respirar...

Metió el coche hasta la entrada del garaje, pero no abrió la puerta para aparcarlo dentro, simplemente lo dejó allí.

Antes de que me diera tiempo a bajar por mí misma, me abrió la puerta con una sonrisa deslumbrante, me sorprendió ver más motitas doradas en sus ojos verdes.

—Bienvenida a mi humilde morada —me dijo mientras me ayudaba a bajar. Me sorprendió esa nueva faceta suya tan caballerosa, contrastaba

mucho con la imagen de rebelde sin causa que mostraba en el instituto.

—Hombre, humilde, lo que se dice humilde... —le dije intentando ser otra vez la misma persona que era antes de entrar en ese coche.

Él se echó a reír, la tensión que minutos antes nos había invadido, se había evaporado.

—La mansión es cosa de Gabriel.

Nada más entrar en su casa, sentí que me adentraba en otro mundo. Me sorprendió no encontrar una *Wii*, una *PlayStation* o algo similar en el comedor. Pero lo que realmente me dejó con la boca abierta, fue ver la cantidad de instrumentos musicales que había allí. Un enorme piano dominaba el salón, negro con una banqueta a juego, pero también había un chelo e incluso un saxofón, y en una de las vitrinas había instrumentos que ni siquiera sabía cómo se llamaban.

Ante mi mirada interrogante, Oliver se encogió de hombros y dijo simplemente.

—Me gusta la música. Ya te lo he dicho.

—¿Sabes tocarlos todos? —pregunté alucinada.

—Sí —se limitó a decir y me sorprendió ver que su rostro se volvía serio e inexpresivo de pronto.

—¡Toca para mí! —le pedí entusiasmada con la idea de verle sentado al piano.

—No creo que sea buena idea —intentó rehusar, pero yo no estaba dispuesta a ello.

—Por favor —le volví a pedir haciendo un puchero. Parecía que mi broma empezaba a funcionar, porque sonrió jovial—. Por favor —insistí al ver que mi súplica causaba efecto.

Miró a su alrededor muy serio, y cuando se aseguró de que estábamos solos, me sonrió y aceptó tocar para mí.

Muy solemne se sentó en el taburete frente al piano y cerró los ojos. Sus dedos se movían por las teclas sin necesidad de mirarlas, parecía conocer cada rincón del instrumento. Centré mi atención en la música y yo también cerré los ojos, de repente me embargó una sensación de necesidad que me aturdió.

Me vi sentada en el mismo salón en el que estaba ahora pero con algunos

años más, mi rostro seguía siendo el mismo, pero mi cabello era más corto. Oliver entró desde la cocina con una tarta en las manos, era mi cumpleaños, sobre la tarta había dos velas encendidas, un tres y un cinco, había superado todas mis esperanzas de vida.

Súbitamente, otra escena se instaló en mi cabeza, pero esta vez, ya no era yo la protagonista, era una mujer mayor junto a un hombre de su misma edad, quizás un poco más viejo. Dos ancianitos que se tomaban de las manos y se miraban con amor. Me quedé de piedra cuando vi las motitas doradas de sus ojos verdes.

Me llevé instintivamente la mano a las mejillas y las noté húmedas y calientes, durante la actuación de Oliver, me había dejado llevar tanto por la hermosura de su ejecución, por la belleza de la música que ni siquiera había sido consciente de mis lágrimas.

Fue entonces cuando me di cuenta que Oliver había parado y que miraba más allá de mí, con la cara lívida por el terror.

—Buenas noches chicos —dijo una voz detrás de mí. No tuve que girarme para saber de quién se trataba.



Capítulo 13

Abrí los ojos cuando sentí que algo no iba bien, uno de los dones que la música me había otorgado, era la sensibilidad extrema. Era capaz de notar cuando alguien entraba en la misma habitación en que yo me encontraba o cuando los sentimientos de alguien se volvían violentos o apasionados.

En este caso sentí una profunda sensación de triunfo, que se mezcló con la ternura que los sentimientos que provenían de Danielle me inspiraban.

El pánico se apoderó de mi cuando vi a Gabriel observando atentamente a Dani, yo sabía a la perfección lo que estaba mirando, qué veía en ella.

Danielle no era una presa más, era la presa más preciada con la que Gabriel se había encontrado hasta el momento. En este caso no se trataba de la debilidad que su enfermedad le otorgaba, sino de las circunstancias de su nacimiento.

Danielle abrió los ojos cuando dejé de tocar. Su plácida expresión cambió a tensa cuando escuchó la voz de Gabriel a su espalda. Sentí el deseo irracional de cargármela al hombro y salir huyendo de allí, un instinto primitivo se apoderó de mí, pero mi sentido común me dijo que no iba a servir de nada, por lo que simplemente me limité a responder al saludo de Mefisto, tenía que mantener la calma por ella.

—Hola Gabriel, ¿quieres algo? —pregunté, reacio a que permaneciera más tiempo allí, no soportaba la idea que estuviera tan cerca de Danielle.

—Yo siempre quiero algo Oliver, parece mentira que no lo sepas ya —y

dicho este se limitó a ignorarme como si no estuviera allí—. Danielle querida, ¡cuánto me alegro de verte! Estoy encantado de ver que recuperaste tu pañuelo el otro día —dijo con la vista clavada en ella. Noté, desesperado por encontrar una manera de alejarle de allí, que el comentario de Gabriel sobre su pañuelo la pillaba por sorpresa, como si no hubiera esperado la alusión, como si la pérdida del pañuelo fuera un secreto personal del que no esperaba que Gabriel tuviera conocimiento.

—Sí, gracias. La dueña del restaurante me lo guardó —contestó seca aunque noté un pequeño temblor en la voz, tan insignificante que si su interlocutor hubiese sido otra persona, seguramente se le hubiera escapado. Pero no fue el caso, Gabriel sonrió triunfal.

—Por supuesto, yo mismo se lo di para que lo hiciera —le explicó eufórico, al comprobar las reacciones que sus palabras tenían en ella.

—No lo sabía. Muchas gracias entonces por tu ayuda. Era de mi madre y no quisiera perderlo —agradeció deseosa de terminar con la charla.

Tuve la certeza, que me estaba perdiendo parte de la conversación. Algo que explicaría el deleite de Gabriel y la incomodidad de Danielle, que se retorció las manos nerviosa, al tiempo que evitaba mirar a Gabriel a los ojos.

Decidí intervenir para alejar sus calculadores ojos de gato de ella. Parecía un dulce gatito, pero yo lo conocía lo suficientemente bien, como para comprender que estaba afilándose las uñas dispuesto a saltar en cualquier momento sobre su presa.

—¿Qué haces aquí? Pensaba que tenías otros planes —comenté mientras me levantaba del taburete y tomaba asiento junto a Danielle en el sofá en el que se había sentado mientras yo tocaba.

—Ya ves, los he cambiado —comentó fingiendo inocencia, era buen actor, pero esa era la única expresión que se le resistía, era incapaz de parecer inocente—. Así que he decidido quedarme en casa, claro si no os importa —concedió de mala gana, anteponiendo la cortesía de la que siempre hacía gala a su sentido práctico.

—No, no nos importa que estés por aquí. Nosotros vamos a subir a mi dormitorio para charlar tranquilamente y supongo que pediremos una pizza para cenar. Te dejamos el resto de la casa para ti solo —le expliqué dando a entender con mis pocas palabras que esperaba que no se acercara a nosotros.

Dani se relajó a mi lado, era más perceptiva de lo que había supuesto, ya que sentía aversión natural por Gabriel o quizás se trataba simplemente de mi advertencia, y si era esa la razón, significaría que había creído mis palabras. Deseé que esa fuera la respuesta.

Le cogí la mano para marcharnos y noté que la tenía helada. En silencio la guíé hacia las escaleras. Me fijé en cómo miraba anonadada los cuadros que adornaban el pasillo de arriba. De entre todos ellos se paró frente a una de las pinturas favoritas de Gabriel.

—¿Qué es esto? —preguntó con los ojos abiertos como platos.

—Se llama *El aquelarre* ;y pertenece a un grupo de pinturas conocidas como *Las pinturas negras* son de un pintor español llamado Goya.

—Sé quién es Goya. ¿De quién son? —preguntó interesada. Las pinturas negras eran oscuras y trataban temas esotéricos o mitológicos. En cualquier caso, era siniestro y extraño que las utilizaran para adornar un pasillo que conducía a los dormitorios.

—De Gabriel. Tiene un gran sentido del humor, además es un gran aficionado al arte —y mientras se lo contaba, me vino a la mente la imagen de una chica morena de ojos claros, que había reaparecido en mi vida casi al mismo tiempo que el propio Gabriel.

Fue entonces cuando me invadió la duda, ¿cuánto más había detrás de Mefisto?



Eran las tres de la madrugada y la casa estaba en silencio. Desde que dedicaba mi vida al placer, dormía durante el día y vivía de noche. Estaba bastante ebrio y me costaba un gran esfuerzo mantenerme en pie, además había gastado muchas energías en el lecho de una condesa viuda.

Iba a entrar en casa, cuando vi que los setos del jardín que formaban el intrincado laberinto, el orgullo de mi madre, se movían violentamente. Me acerqué a trompicones, no se escuchaba más que el silencio de la noche. El bochorno del mes de agosto hacía que hasta los animalillos se escondieran

en sus madrigueras. Me adentré en el laberinto y gracias a la luna llena podía ver lo suficiente como para no golpearme la cara con ninguna rama suelta.

Estaba cerca de la glorieta central cuando escuché unos sonidos que me parecieron jadeos. Me aproximé silencioso, con la cabeza embotada por el alcohol, si no hubiese sido por esa razón, habría supuesto que se trataba de dos amantes que se escondían para prodigarse sus afectos y me hubiera dado media vuelta sin mirar. Pero no fue el caso.

Me quedé petrificado cuando comprobé de quién se trataba. Mefisto estaba sentado en el banco de piedra que mi madre había hecho poner, hasta ese momento jamás le encontré utilidad ya que nadie entraba en el laberinto, y si lo hacían en lo único en lo que pensaban era en salir de él.

Al parecer Mefisto sí que lo había hecho. Con mis sentidos retrasados por el abuso de la bebida, tarde en percatarme que el cabello de la mujer que estaba sentada con él, era tan negro como el de mi propia hermana; estaba a punto de lanzarme contra él, por poner a Isabella en una situación como esa, cuando la chica giró la cabeza y se arqueó sobre él. Casi caí al suelo ante la impresión cuando vi con quién estaba retozando Mefisto.

Por una parte di gracias a Dios que no fuera mi querida hermana, y por otra me horroricé ante lo que estaba viendo. Era Céline, la hermana pequeña de mi prometida, la hija a la que sus padres habían destinado a la Iglesia. Era tradición entre algunas familias nobles, destinar a una de las hijas del matrimonio a la Iglesia, normalmente era la hija pequeña y con la dote que aportaba la familia se compraba a la larga el cargo de abadesa.

Céline siempre me había parecido una chica demasiado vivaz para ser feliz entre cuatro paredes, sus ojos azules de una claridad casi transparente, me atrapaban cuando nos veíamos, siempre tenía la extraña sensación que con ellos podía ver mis pensamientos e incluso algo más.

Descubrí que Mefisto no respetaba a nada ni a nadie. Me di media vuelta tan rápido que casi me hizo caer de bruces y me alejé pensando que, fuera cual fuera la relación que había tenido con Isabella, por fin había terminado. No supe lo equivocado que estaba hasta más tarde, cuando ya no había remedio.



El dormitorio de Oliver era todo lo contrario al resto de la casa, parecía más la celda de un monje que la habitación de un adolescente. Las paredes estaban desnudas, no había posters, ni cuadros, ni nada que alegrara la estancia o le diera un toque personal.

Apilados encima del escritorio de roble macizo había como una docena de libros, al acercarme comprobé que estaban en italiano, lo que me impidió reconocer los títulos, pero no los autores, Dante, Petrarca... Había algunos en alfabeto cirílico, por lo que supuse que estaban en ruso. Me pregunté cuántos secretos más escondía Oliver, hablaba varias lenguas y tocaba diversos instrumentos, y si lo hacía del mismo modo en que tocaba el piano, sin duda se trataba de un genio. Sonreí ante la idea, no parecía uno de ellos la verdad, su pelo era grueso, ondulado y oscuro como la noche, sus ojos verdes moteados tampoco me hacían pensar en genios y su cuerpo fuerte de músculos finos, me recordaba más a un modelo que a Albert Einstein.

Respiré profundamente al tiempo que me repetía a mí misma que no sabía adónde me llevaba este camino que había emprendido casi a ciegas. No sabía qué tipo de relación nos unía, era consciente que le quería, pero me asustaba no saber qué sentía él por mí. Es más, ¿qué sabía yo de su vida anterior a los dos años que llevaba viviendo en Armony?

No tengo tiempo que malgastar, me repetí una vez más y espoleada por esa idea, le lancé a Oliver la pregunta que tantas vueltas daba en mi cabeza.

—¿Qué somos nosotros, Oliver?

Noté como se sorprendía ante mis palabras, pero no eludió mi mirada en ningún momento.

—¿Qué crees que somos, Dani? O mejor, ¿qué quieres que seamos? —me preguntó con sus profundos ojos verdes clavados en los míos. Vi que las motitas doradas casi habían desaparecido de ellos.

—No juegues conmigo —le advertí cada vez más nerviosa. Noté mi corazón enfermo golpearme en el pecho con una fuerza que me sorprendió.

—No lo hago. No quiero jugar contigo. No puedo hacerlo, eres lo más real que he tenido nunca y no quiero fastidiarla diciendo algo que no quieres oír —me explicó sereno. De pronto me invadió el deseo de correr a sus brazos al encontrarme por primera vez con un Oliver vulnerable e inseguro.

—Solo quiero la verdad —me limité a responder.

—La verdad es muy simple, en realidad. ¡Te quiero! Pero las cosas no son tan fáciles.

—¿Por qué? —pregunté incapaz de asimilar nada más que sus palabras, podría haber caído una bomba en el dormitorio y yo seguiría centrada en las dos palabras que acababa de pronunciar.

—Hay cosas de mí que no sabes y que pueden hacer que tu opinión sobre mí cambie por completo.

—No lo creo, porque yo también te quiero —le confesé en un susurro avergonzado, temiendo que al pronunciarlas en alto se rompiera el hechizo que hacía posible que él me quisiera. Nunca había creído en la magia, pero sin duda el amor correspondido era pura magia.

En cuanto la última sílaba escapó de mis labios, sentí su cálida boca sobre la mía, me apretó tan fuerte contra él que sentí que no podía respirar o ¿era la emoción de saber por fin lo que sentía por mí? No lo sabía, pero tampoco tenía tiempo para pensar en ello.

Haciendo un enorme esfuerzo personal, logré separarme de su cuerpo tibio y le miré fijamente al tiempo que enfrentaba mis temores.

—¿Qué es lo que no sé de ti, Oliver? —pregunté al fin. La pregunta era lo suficientemente abierta como para darle la libertad de elegir qué quería que yo supiera y qué no.

—Veamos —dijo para sí mismo, mientras se separaba de mí y se sentaba en la cama—, ¿cómo vas de literatura? —me preguntó amablemente aunque se le notaba nervioso—. ¿Has leído a Goethe? Y no me refiero a *Werther* que sé que sí que lo has hecho. Estoy hablando de *Fausto*, el libro que te recomendé no hace mucho.

Negué con la cabeza.

—Lo saqué de la biblioteca pero lo dejé olvidado sobre la mesilla de noche después de hojearlo. Me pareció demasiado confuso —me callé para que él pudiera explicarse.

—Fausto era un estudioso alemán que vendió su alma al diablo a cambio del conocimiento, era el viejo al que Mefistófeles le muestra una vida llena de placeres —se paró a la espera de mi respuesta.

—Sigue —le pedí azorada.

Conocía un poco la historia por lo que el señor Martin me había hablado de ella. Pero Oliver, me lo estaba contando desde un punto de vista diferente, probablemente me resultaría más fácil entenderlo si era él quién me lo explicaba. Me senté al borde de la cama, demasiado nerviosa por lo que intuía que vendría después.

—Pues verás, según Goethe, Fausto vende su alma a Mefistófeles a cambio del conocimiento y de la juventud. Fausto comienza a vivir su nueva vida y conoce a Margarita, o Gretchen, el nombre varía según la fuente y el traductor, una mujer de la que se enamora y a la que deja embarazada, Mefistófeles hace que enloquezca y que asesine al hijo que ha tenido con Fausto. La historia real, mi historia es otra...

No sé cómo pude seguir en silencio después de su confesión.

—Cuando Mefisto vino a mi casa, yo tenía diecisiete años, estaba a punto de cumplir dieciocho. Entró a trabajar como secretario de mi padre, y jamás sentí ninguna simpatía por él.

»Le evitaba todo cuanto podía. En realidad evitaba a todo el mundo, yo no buscaba el conocimiento, lo que realmente me importaba era la música, me pasaba largas horas practicando al piano, con el chelo e incluso con el violín, pero por mucho que me esforzara nadie podía decir nada más que mis actuaciones eran correctas. ¡Correctas! ¿Entiendes? Jamás nadie me hubiese calificado de brillante y yo hubiese dado cualquier cosa por serlo. Y eso es exactamente lo que hice.

»Mefisto se aprovechó de mi debilidad y me ofreció el don de la música, la capacidad de dominar la técnica y la ejecución. El problema es que confié en un demonio y usó mi petición para volverla en mi contra, mi sueño era conmovier con mi música, llegar al alma de todos los que me escucharan. Durante los primeros meses disfruté de mi regalo, todo el mundo quedaba impresionado al escucharme tocar o incluso cantar, mi voz también había cambiado.

»Hasta que una noche comprendí lo que estaba pasando. Cada vez que mi

nueva cualidad se ponía en marcha, se ponía en funcionamiento también mi maldición. Mefisto, había conseguido que mi petición le beneficiara a él, mi música llegaba al alma de mis oyentes y dejaba al descubierto sus más profundos sueños, sus anhelos... dejando la puerta abierta a la tentación, facilitándole el acceso. ¿Lo entiendes? Me utilizaba para recabar almas para su señor —en ese instante comprendí lo que había detrás de la oferta de Gabriel el día de la fiesta para que Oliver cantara, su interés por asistir a nuestras celebraciones, por codearse con adolescentes, nosotros éramos sus presas...

—¿Ese es tu nombre? ¿Te llamas Fausto? —supe que mi pregunta era tonta en el mismo instante en que la hice, pero no quería pensar, necesitaba no pensar en nada de lo que acababa de escuchar.

—En realidad también me llamo Oliver. Mi nombre completo es Fausto Oliviero Basani —me contestó pendiente de la expresión de mi rostro.

—¿Es cierta la parte de Margarita? —pregunté con un hilo de voz, no se me ocurría ninguna otra pregunta que hacerle, para eludir así la idea que Oliver, o Fausto, hubiera estado enamorado anteriormente, pues me producía un malestar agónico y extraño en la boca del estómago que hubiera tenido un hijo con otra mujer.

—En cierto modo lo es. Margarita era mi hermana Isabella, Mefisto la enredó y ella perdió la cabeza por él. Se suicidó cuando supo que estaba embarazada y que él no iba a hacerse cargo de la situación.

»Cuando mi hermana murió abandoné Florencia, huyendo de todo lo que me rodeaba, incluso de mí mismo, pero Mefisto me siguió, con el tiempo me he acostumbrado a que me persiga como una sombra, estoy condenado a compartir mi larga vida junto al ser que más he odiado y odiaré nunca.

»Por eso inventamos que era mi tutor, tenía que justificar ante la sociedad que no tenía padres y que vivía con un chico mayor que yo. Además al no ser aún mayor de edad, dependo en muchas cosas de él.

—Entonces, ¿es cierto? ¿Puedes morir? —pregunté en un susurro.

—No te he mentado en eso. Puedo morir, no envejezco, las enfermedades no me afectan, pero mi cuerpo es mortal. Un accidente puede acabar conmigo —explicó mientras tomaba mis manos entre las suyas—. No quiero que tengas miedo de mí. Conmigo siempre estarás a salvo. No te he mentado

cuando he dicho que te quiero.

—No tengo miedo de ti, nunca he tenido miedo de ti, sino de las cosas que me pasan por la cabeza cuando estoy contigo, tú haces que quiera vivir para siempre.

—Te quiero, Danielle —tenía la voz estrangulada por el efecto de mis palabras, por lo que decidí cambiar de tema.

—¿Por qué Goethe escribió sobre ti? —pregunté fingiendo una entereza que no sentía.

—Conocí a Goethe el 12 de abril de 1800, tenía cincuenta y un años. Algo en su porte regio me recordó a mi propio padre por lo que a pesar del desprecio que había sentido por mi progenitor, con él noté una inmediata conexión. Yo aparentaba la misma edad de siempre, había ido a Viena a escuchar a un nuevo autor, Beethoven, fingía que era estudiante de piano, estábamos en el Burgtheater, a punto de asistir al primer concierto de la Primera Sinfonía del mismísimo Beethoven, cuando le conocí. Fuimos grandes amigos hasta su muerte, en 1832, yo era mucho más viejo, pero él era más sabio, me ayudó mucho conocerle, su sentido moral elevaba al mío. En 1807 decidió escribir su Fausto, la segunda parte se publicó póstumamente, aunque ya no tenía nada que ver conmigo, sino con el Fausto que él había creado para el teatro, un Fausto rodeado de aquelarres y de brujas.

—Gabriel es un demonio —afirmé en voz alta por primera vez—. La elección de su nombre es una burla, es por el arcángel, —dije mientras iba comprendiendo la magnitud de mi afirmación, y al mismo tiempo iba comprendiendo las palabras de Rachel en el restaurante: «¿Gabriel? Ya has terminado con todos los nombres de arcángeles: Miguel, Rafael... ¿Qué va a ser después, Jesús?»

—Sí y no. Gabriel es un hombre, nació de un padre y una madre, pero cometió el mayor pecado.

—¿Qué pecado Oliver? ¿Por qué te callas ahora? —sentí que el estómago se me cerraba, casi no me permitía pasar la saliva de mi boca.

—Mató a su madre al nacer —dijo sin mirarme, con la mandíbula en tensión, de lo fuerte que apretaba los dientes.

—Como yo... ¿Por eso me persigue? ¿Por eso soy tan importante? ¿Me ve como él? —pregunté con una sensación de pánico instalándose en mí,

sentí náuseas con la sola idea de ser como él. Las rodillas fueron incapaces de sostener mi peso y me desplomé en el suelo como una piedra.

Oliver saltó de la cama al ver que caía, me cogió en brazos como si no pesara nada y me acomodó en el lecho. Se sentó a mi lado e intentó tranquilizarme.

—Tú no mataste a tu madre. Tu madre murió por su enfermedad, la misma que te transmitió a ti, tú no eres como él. Eres buena, no hay maldad en ti y nunca la habrá. Mefisto era ya un criminal con siete años, fue entonces cuando Él lo agregó a sus huestes —no fue necesaria ninguna explicación adicional, sabía perfectamente a quién se estaba refiriendo.

—¿Y Rachel? ¿Qué es ella? —pregunté dispuesta a conocer todos los detalles—. Ella parece diferente.

—Lo es, Rachel pertenece al otro bando —dijo simplemente, aunque en sus ojos brilló cierto resentimiento que fui incapaz de racionalizar, ¿resentimiento por Rachel? ¿O por estar en el lado correcto?

—¿Te refieres al cielo? —la sorpresa me dejó con la boca abierta, que Rachel perteneciera al bando de los buenos era una gran lección. Con su manera de vestir y sus modales huraños jamás lo hubiera supuesto. Contrastaba tanto con la elegancia de Gabriel y su actitud zalamera. Y sin embargo a pesar de su actitud hosca y fría, siempre me había inspirado confianza.

—Sí, Rachel o Céline, como se llamaba cuando la conocí, es la eterna rival de Mefisto, aunque no sé muy bien qué pensar al respecto. Nos hemos encontrado varias veces a lo largo de nuestra vida en común, y a veces siento que hay algo en su relación que va más allá de lo aparente. Ella es una presencia constante en mi vida, igual que lo es él.

—¿Qué pasará cuando mueras? —por fin me atreví a formular en voz alta la pregunta que llevaba atormentándome desde el inicio de nuestra conversación. Saber que había un infierno y un cielo, me hizo pensar en lo imperfecto que sería para mi habitarlo si Oliver no iba a estar allí. No quería ponerme filosófica, pero si el cielo realmente era un paraíso tenía que ser distinto para cada ser humano que lo pisara, y yo le necesitaba allí conmigo para considerarlo como tal.

—Estoy condenado, Danielle, fue mi propia mano la que sangró, mi

mano la que aceptó el pacto, no hubo presiones ni obligaciones, escogí libremente.

—No, tiene que haber alguna forma de cambiar las cosas —exclamé abrumada por la magnitud de todo lo que acababa de descubrir, por la verdad que me negaba a aceptar. No pensaba permitirlo, la vida no podía ser tan injusta conmigo.

—No la hay, he pasado mucho tiempo intentando encontrar algún resquicio, pero no hay nada que hacer. Todo está bien atado, ¿entiendes ahora, por qué no estoy preparado para morir? No puedo ir a parar allí. No soy tan perverso como para poder sobrevivir en el infierno.

—Sí —dije mientras mis ojos se inundaban de lágrimas. Lágrimas por él, pero principalmente lágrimas por mí. La única esperanza que me quedaba era lo que venía después y tampoco iba a poder disfrutarlo.

—Danielle —susurró Oliver y me acunó en sus brazos—. No llores por favor, me parte el corazón verte así, puede que mi alma no me pertenezca, pero mi órgano vital sí, y es tuyo, te lo di la primera vez que te besé —el tono de su voz había ido bajando de intensidad conforme iba hablándome, sus labios se posaron en la delicada piel de mi cuello. Sus manos se deslizaron suavemente sobre mis caderas empujándome hacia la cama—. Te quiero Danielle, pase lo que pase. Tú eres lo único verdadero en mi vida. Te alejé de mí porque no podía permitirme volver a sentir nada.

Sus labios atraparon con delicadeza los míos. Su cuerpo cubrió mi cuerpo tembloroso. Me sorprendió ser capaz de sentir frío y calor a la vez.

Tenía diecisiete años y un destino incierto, la vida me ofrecía una oportunidad y no estaba dispuesta a rechazarla. Oliver se quitó la chaqueta, sin apartarse de mí, sus besos sabían diferentes, podía saborear la pasión y el deseo, pero también la entrega total y el amor. Metí mis manos bajo su camiseta y sentí sus músculos duros bajo mis dedos. Su piel era cálida y se acoplaba a la perfección a mis manos ansiosas.

Tiré de su camiseta, intentando deshacerme de ella para poder contemplarle. Separó su boca de mi oreja y se la sacó de un tirón. En cuanto se vio libre de ella, tiró de la mía para hacer lo propio, quedándome únicamente con el sujetador. Oliver no volvió a tumbarse sobre mí, sino que se quedó observándome mientras con un dedo recorría mi clavícula.

—¿Estás segura? —me preguntó con la voz ronca.

Fui incapaz de encontrar mi voz, por lo que hice un gesto afirmativo con la cabeza. Con suma delicadeza, acercó sus manos al cierre de mis vaqueros y lentamente fue desabrochando los botones, mientras yo me deshacía de las botas que llevaba, no sin algún que otro problema, y las lanzaba lo más alejadas que pude. Cuando desabrochó todos los botones tiró de mis vaqueros sin perder el contacto visual, se inclinó sobre mí y besó el lunar que tengo junto a mi ombligo. Jamás había imaginado lo que un casto beso en mi estómago podía hacerle a mi cuerpo, en ese instante perdí la capacidad de pensar y me limité a dejarme llevar.

Oliver se puso en pie rápidamente para quitarse las botas y sus propios pantalones. Cuando se giró pude ver un tatuaje en su omóplato derecho, una nota musical sobre su magnífica piel dorada. Mis manos actuaron sin el permiso de mi cabeza y se apresuraron a acariciar el símbolo con dulzura y un deseo voraz, totalmente nuevo para mí.

Iba a aprovechar mi momento, mientras aún tuviéramos tiempo, mientras yo aún lo tuviera.



Capítulo 14

Cuando me desperté, el dormitorio estaba completamente a oscuras. No tuve tiempo de pensar en lo que había pasado entre nosotros dos, cuando sentí los brazos de Oliver rodeándome. Un estremecimiento al reconocerle me recorrió entera.

Era absurdo sentirse avergonzada en ese momento, pero era así como me sentía. No sabía cómo reaccionar, ¿qué hacer, qué decir? Era la primera vez que me encontraba en una situación así. Y mi inexperiencia me hacía sentirme tonta. Me esforcé por no pensar en las veces en las que Oliver se había despertado junto a otra persona, pero cuanto más intentaba alejar de mí las imágenes, más fuerte volvían a acosarme.

—¿Estás bien? —preguntó Oliver con la nariz enterrada en mi pelo. No tenía muy claro a qué se refería exactamente con la pregunta. ¿Físicamente, emocionalmente?

Acaba de tener mi primera experiencia sexual con el chico del que estaba completamente enamorada, así que por ese lado todo perfecto. La cosa cambiaba si me paraba a pensar en el hecho de que ese mismo chico al que amaba era un mito y un personaje literario. Un chico cuya vida era prácticamente ilimitada, mientras que la mía era un dar gracias continuo por cada día que pasaba.

Si la pregunta hacía referencia a físicamente, la respuesta también era positiva, mi enfermedad no me había molestado en ningún momento.

—Estoy bien —contesté sinceramente.

—¿Te arrepientes? —su voz sonó temblorosa, parecía inseguro de mi respuesta. Me sorprendió comprobar que al igual que me pasaba a mí, él también tenía dudas, aunque sin duda de otra índole.

—No —dije mientras me daba la vuelta entre sus brazos para mirarle a los ojos—, no me arrepiento de nada. Te quiero y me alegro de que haya pasado. A lo mejor mañana hubiese sido demasiado tarde para nosotros —comenté aludiendo a mi muerte.

—No digas eso nunca —me regañó—. Ahora que te he encontrado, no puedo perderte. No lo voy a consentir —me asombró la determinación con que pronunció las palabras, como si realmente él pudiera hacer algo al respecto.

—Tienes que hacerte a la idea, Oliver —le pedí aunque en realidad era a mí misma a la quien me lo decía. Noté las lágrimas calientes resbalar por mis mejillas, las aparté de un manotazo, no quería que Oliver viera mi debilidad.

—Tiene que haber alguna forma. No puedo vivir un día más sin ti, y no quiero morir contigo, no puedo enfrentarme a la muerte. No estoy preparado. Tenemos que buscar alguna salida para que lo nuestro dure, para que puedas ser mía siempre —me dijo nervioso, mientras se levantaba como un vendaval de la cama y encendía el ordenador, el único objeto que le daba a su dormitorio cierta temporalidad.

Todavía estaba tratando de asimilar el cambio en nuestra relación, así que aparté la vista de su cuerpo enfundado tan solo en unos vaqueros, iba descalzo y sin camiseta. Tan solo con mirar su piel bronceada, sentía que se me aceleraba el pulso y la respiración.

—Vamos a averiguarlo todo sobre tu enfermedad —me dijo inclinándose sobre mí para depositar un cariñoso beso en mis labios—. Y después vamos a llevarte al mejor médico cardiovascular del país, ¡qué digo del país! ¡Del mundo entero! —estaba tan atractivo así, dando vueltas nervioso por la habitación, que tardé un poco más de lo normal en entender qué era lo que estaba diciéndome.

—Oliver, no hay nada que hacer —le dije tranquilamente—, ¿acaso crees que si lo hubiera mi padre no habría encontrado la forma de llevarme allí? Es un defecto congénito, y no es operable, punto. Además lo que dices es

imposible, no tenemos tanto dinero como para desperdiciarlo con algo que no tiene solución —le expliqué, intentando frenar su euforia.

—Dani, el dinero no será un problema —me dijo suavemente. Iba a protestar, pero entonces me di cuenta de la inutilidad de mi gesto. En cuanto investigara sobre mi dolencia, se daría cuenta de lo que yo ya sabía desde siempre, que no había ninguna solución viable para mí.

—¿Por qué huiste de mí cuando nos conocimos? —le pregunté sorprendiéndome a mí misma, si bien era una duda que tenía desde siempre, en ningún momento me había planteado preguntarle. Inconscientemente me llevé la mano a los labios, como si con el gesto pudiera recuperar las palabras que habían escapado de mi boca.

Oliver me miró con los ojos tan abiertos, que temí que se hiciera daño. De nuestra conversación trascendental sobre mi enfermedad, yo había cambiado el tono preguntándole sobre nuestro antiguo distanciamiento, o más concretamente sobre su extraña huida.

Me levanté de la cama y comencé a vestirme de espaldas a él, a la espera que contestara a mi pregunta y al mismo tiempo, temiendo su respuesta.

—Tú no eres lo que yo buscaba —dijo suavemente aunque sus palabras me golpearon en el pecho con tanta fuerza que hicieron que mi estómago se retorciera—, tú eres mucho más —dejé de intentar entender el significado de sus palabras—. Verás, tengo muchos años, no te diré cuántos, porque son muchos y a lo largo de mi vida he visto morir a mucha gente.

»Gente a la que he querido, como Isabella, amigos o simplemente conocidos. Desde que descubrí lo que mi don podía hacer, dejé de tocar, durante un tiempo intenté hacerlo en la soledad de mi dormitorio, para finalmente dejar de tocar, incluso me obligué a no tararear ninguna canción. No podía permitir que Mefisto se aprovechara de mí, así que me encerré en mí mismo. Desterré de mi vida los afectos, no quería sentir nada.

»Empecé a relacionarme con personas frívolas, personas por las que sabía que jamás sentiría nada, y entonces apareciste tú, y con tan solo dos frases supe que eras especial, que merecías la pena. Esa misma tarde, cuando terminó el partido escuché a dos chicas hablar de ti y me enteré que estabas enferma y entonces fue cuando decidí que no podía estar cerca de ti. Eras una chica guapa, inteligente, para nada superficial, tú conseguirías que volviera a

mi antiguo yo, y yo estaba dispuesto a todo para no hacerlo. Cuando te besé fue una especie de traición a mí mismo, me había prometido mantenerme apartado de tu vida, de tu círculo de amistades, pero no pude hacerlo, me atraías sin remedio.

»Fue tu enfermedad la que me ayudó a mantenerme alejado de ti, cuando me enteré que tu afección te condenaba a morir joven, fue más fácil para mí apartarme. No iba a poder soportar perder a nadie más que me importara, no estaba dispuesto a perderte una vez que te tuviera. Y ahora que ya eres mía, no voy a permitir que me dejes —me dijo mirándome fijamente.

—No vas a tener elección —y mi voz sonó más triste de lo que pretendía, resultaba inquietante que las convicciones de una persona cambiaran tan profundamente cuando el amor entraba en su vida. Siempre había sabido cuál era mi destino, había aprendido a vivir con ello, pero ahora todo lo veía diferente, más duro, casi como un castigo divino por el simple hecho de haber nacido.

—Eso ya lo veremos —comentó con una mirada desafiante que supe que no iba dirigida a mí, sino a la vida misma, al hado, destino o como quisieran llamarlo.

—¿Ha habido alguien más? —pregunté fingiendo que la pregunta solo la motivaba la curiosidad.

—Nadie como tú —me contestó mientras cogía mis manos entre las suyas—. Nunca ha habido nadie como tú.

—¿Eso que quiere decir? —pregunté pendiente de cada uno de sus gestos.

—Ha habido sexo, pero nada más. Nunca había estado enamorado antes. Jamás me había permitido esa debilidad, pero entonces apareciste... Tú eres a la única mujer a la que he querido y querré siempre. Y si tenemos en cuenta los años que estoy vivo, la declaración es bastante impresionante —bromeó intentando que sonriera.

«*Querré siempre*»

Siempre era una palabra demasiado grande para mí. Mi siempre podía durar un año, dos, tres, diez... Su *siempre* era casi eterno, la distancia entre nosotros era abismal.

En ningún momento dudé de sus palabras, sabía que no me mentía, podía

tratarse de intuición o simplemente que me sentía conectada a él a un nivel tan profundo que había momentos en los que dudaba que lo que estaba sintiendo me perteneciera a mí. Mi oxidado corazón podía tener mal sus engranajes, pero nunca me mentía.

—¿Y Theresa? —no tuve que decir nada más para que entendiera lo que quería saber.

—Nunca pasó nada serio entre ella y yo —contestó sin apartar sus ojos de los míos, buscando en ellos más de lo que contaban mis palabras—. Podríamos decir que durante un par de décadas, me he estado castigando a mí mismo de diversas formas. La más efectiva ha sido, eludiendo todo aquello que me diera placer —hizo un gesto con la mano abarcando la habitación y entonces comprendí a qué se refería. La austeridad, la falta de objetos en su dormitorio, formaba parte de su plan para lograrlo.

—¿Por qué has intentado castigarte? —pregunté interesada en comprender un poco más lo que sentía.

—Al principio, cuando me fue otorgado el regalo, yo hice uso y abuso de él. Prácticamente desde el primer momento descubrí lo que mi don les hacía a las personas. Con mi petición de llegarles al alma, dejé sus almas al descubierto para que Mefisto y sus hermanos, fueran capaces de ver en ellas los más íntimos deseos de cada ser humano y así tentarlos —comprendí el sentido de sus palabras cuando recordé la emoción que había sentido al escucharle, y las imágenes que habían invadido mi mente. Estábamos sentados uno frente al otro encima de su desordenada cama, Oliver no me soltaba las manos, como si no soportara perder el contacto conmigo—. Y no me importó, toqué y toqué y me vanaglorié con mi música, me aproveché del pacto y disfruté de algo que no me pertenecía por derecho propio, hasta que murió Isabella y la venda que me había puesto yo mismo en los ojos para justificar mi maldad, cayó, y me di cuenta de la clase de persona en que me había convertido.

»Desde entonces me he arrepentido muchas veces por lo que hice, jamás debí ser tan vanidoso como para vender mi alma por algo tan nimio como la gloria. Y también desde entonces, he intentado muchas veces redimirme. Intento pagar parte de mi culpa de diversas formas. He peregrinado a tierra santa, he hecho y hago regularmente obras de caridad, dono sangre e incluso

he donado médula ósea... Intento que cuando llegué el día, a pesar de estar irremisiblemente condenado, sienta que mi vida no ha estado tan vacía. Por eso vine a aquí, Armony es una de las ciudades más importantes musicalmente hablando. Me trasladé porque la música flota en el aire, porque aquí iba a sufrir la tortura de escucharla y no poder compartir la que fluye desde mi interior. Lo demás, el sexo, las comodidades... Eran la parte más insignificante de mi sacrificio.

Sentí una vez más que Oliver era la persona más compleja e interesante que había conocido en mi vida.

Sabía que esperaba una respuesta, un comentario a su historia. Pero fui incapaz de hablar, en lugar de ello, me incliné hacia delante y le bese con ternura, con suavidad, memorizando cada rincón de su boca. Jamás tendría el tiempo necesario para descubrir al hombre que se había empeñado tanto en ocultar.



Capítulo 15

Me pasé el fin de semana prácticamente en casa de Oliver. Por alguna razón que no logramos determinar, Gabriel no apareció por allí, lo que hizo que pudiéramos disfrutar tranquilamente y sin sobresaltos de nuestro tiempo juntos. Charlamos y nos conocimos en dos días, más de lo que lo habíamos hecho en los dos años que nos conocíamos.

El único momento que estuvimos separados fue el ratito que pasé el sábado con Andrea para contarle lo que había pasado con Oliver, no quería que mi mejor amiga se enterara por los chismes de la gente y para escuchar a su vez, los detalles de su cita con Marc. Una cita que yo había anhelado casi tanto como ella.

Estábamos tomando un café en una pequeña cafetería a la que asistía gran parte del instituto, cuando Theresa entró seguida por su pequeño séquito.

Fue entonces cuando recordé que tenía mucho que contarle a mi amiga, empezando por la confesión que me había hecho Theresa en el cuarto de baño del instituto o la agresión que había sufrido cuando intenté marcharme.

La mirada de Andrea era siempre melancólica cuando Theresa aparecía, yo sabía que de las dos, ella era la que más la echaba de menos. Las tres habíamos estado muy unidas y Andrea siempre había sido la más responsable de las tres. Cuando Theresa se buscó nuevas amigas, Andrea fingió que no le importaba para evitar que me sintiera mal, pero nunca consiguió engañarme. Creo que necesitaba sentir que había alguien más con nosotras, que cuando

yo me fuera habría alguien que sería capaz de entender a la perfección su dolor. Yo sabía que Theresa no era esa persona. Nunca supe qué era lo que iba mal, pero sí que notaba su afán de protagonismo y sus celos sin sentido.

—¿Te acuerdas que el jueves no volví a clase después de comer? —le pregunté mientras le daba vueltas a mi café descafeinado.

—Sí, claro. Te llamé y me dijiste que no te encontrabas muy bien y que por eso estabas en casa.

—Y así era, lo que no te dije fue por qué no me encontraba bien —le dejé caer mientras dirigía una mirada a la mesa en la que Theresa parloteaba con sus amigas.

—Me estás asustando, ¿qué pasó? ¿Y qué tiene que ver Theresa en eso? —preguntó. Tal y como había supuesto se había dado cuenta del significado de mi gesto, se apartó nerviosa el flequillo de la frente, impaciente por conocer la historia.

—El jueves cuando volví a por el pañuelo de mi madre, me encontré con ella cuando iba camino de clase y prácticamente me arrastró hasta los baños de la planta baja. Una vez allí, me exigió que dejara de hablar con Oliver, más bien me dijo que no me acercara a él y dio a entender que él la había dejado por mi culpa —la cara de Andrea pasó de la palidez al rojo ira en cero coma dos segundos—. Y me confeso algo... Algo que pasó hace mucho tiempo.

—¿Qué, ¡por Dios!? —la sutileza nunca había sido una de sus mejores cualidades, porque hizo la pregunta casi saltando en la silla de la impaciencia.

—Oliver nunca le dijo que dejara de ser nuestra amiga, se lo inventó para justificar su actitud con nosotras. La razón por la que lo hizo, es por algo que te he ocultado durante dos años. No te lo conté por vergüenza... —respiré profundamente, ya no estaba avergonzada, ahora me sentía tonta y muy culpable por no habérselo contado antes a mi mejor amiga—. Oliver me besó el día que nos conocimos y después pasó de mí. Theresa nos vio y decidió sacarme de la ecuación —Andrea permaneció callada sin decir nada, me preocupaba que no entendiera mi silencio, porque en ese instante, ni yo misma lo hacía—. ¿No vas a decir nada? —pregunté al cabo de varios segundos de mirarnos calladas.

—¿Qué quieres que diga? —preguntó tan tranquilamente que temí que la

tormenta estallara en cualquier momento.

—Dime que entiendes que no te lo contara, dime que no estás enfadada y por favor, no me mientas, necesito que sea verdad —le pedí con el corazón en un puño.

—No estoy enfadada, no termino de entenderlo, pero estoy dispuesta a intentarlo si me lo cuentas todo —concedió. Di gracias al cielo que su cita con Marc hubiese sido un éxito, la Andrea que yo conocía, no se hubiera tomado con tanta calma algo como lo que acababa de confesarle.

—Cuando él me besó yo pensé que era porque le gustaba, que me pediría salir y que estaríamos juntos. Ya sabes las tonterías que nos poblaban la cabeza con quince años... Pero cuando lo volví a ver, era novio de Theresa y según ella, él le había pedido que dejara de vernos. Me dio vergüenza contarte lo tonta que había sido, además quería borrar el recuerdo de mi cabeza, por eso nunca te lo dije.

—Entiendo que te diera cierto reparo contármelo, pero tú eres mi amiga, más que eso, mi hermana, yo nunca te hubiera juzgado, ni me hubiera burlado de ti. Me duele que pensaras que podría actuar de ese modo contigo —intenté replicar a sus palabras, no se trataba de eso. Era más un asunto personal, que porque creyera que iba a pasar lo que Andrea comentaba. Pero no me dejó hacerlo y siguió hablando—. En cuanto a Theresa, se merece que le den un buen escarmiento. ¡Qué engañadas nos tenía! Es una víbora. Es peor que una víbora —recapacitó—. Al menos con ellas sabes que te juegas la vida. Con Theresa no te lo esperas —las dos reímos ante su explosión de mal genio. Esta chica enfadada que se quejaba de las injusticias y las mentiras, sí que era mi amiga. No la que se quedaba callada y aceptaba las traiciones sin inmutarse.

—¿Y qué tal tu cita? —pregunté cuando por fin pude dejar de reír.

—Chica lista, pero hoy no cuela. Cuéntame tú la tuya y después te cuento yo la mía —me propuso. No pude negarme, estaba tan agradecida que fuera mi amiga y que me hubiera perdonado sin rencores, que acepté la propuesta sin rechistar.

—Vale —dije sacando pecho. No tenía la más remota idea de cómo contarle todo lo que había pasado, pero esta vez no iba a mentirle—. Estuvimos en su casa. En su dormitorio, charlamos y nos conocimos mejor...

—enrojecí y no supe dónde posar la mirada.

—Danielle Amelia Collins, dime que no pasó lo que me ronda ahora mismo por la cabeza —me pidió sonriente y estupefacta al mismo tiempo.

—No puedo, sería una mentira —admití—, y le he jurado a mi hermana no volver a hacerlo jamás —le contesté intentando desviar su atención, algo que evidentemente no funcionó.

—Cuéntamelo todo y no omitas ningún detalle, bueno, mejor guárdate alguno —me exigió acercándose más a mí, para que la conversación fuera lo más privada posible en aquel lugar.

Durante unos pocos minutos, que para mí fueron horas, le conté lo que se podía contar de mi primera experiencia con Oliver. Que había sido maravilloso y muy tierno conmigo, y que estaba loca por él, algo que por su expresión deduje que no le pillaba por sorpresa. A su vez ella me lanzó preguntas que yo esquivé como buenamente pude y al final, cuando comprendió que no le iba a contar nada más, dejó el tema y se centró en contarme con absoluto lujo de detalles su fabulosa cita con Marc.

Respiré tranquila cuando me dijo que habían empezado a salir en serio. Andrea ya no era una presa fácil para Gabriel, el momento de fascinación que había sentido por él, se había evaporado con la misma rapidez con la que había aparecido. Él era un chico guapo que trataba con unos modales perfectos a todas las mujeres, pero solo era eso, un chico al que acababa de conocer y Marc era el chico del que llevaba toda la vida colgada, la elección era de lo más fácil, de hecho nunca fue necesaria tal elección.

Volví a dar gracias a Marc mentalmente por decidirse a pedirle una cita, al fin. Se la veía tan feliz mientras me hablaba de sus planes para el fin de semana. Le prometí que organizaríamos una cita a cuatro mientras nos poníamos los abrigos para marcharnos.

Cuando nos acercábamos a la puerta de la cafetería, coincidimos allí con Theresa y sus amigas, pasé sin siquiera mirarlas, pero Theresa estaba demasiado molesta con el salvamento de Oliver del otro día como para dejarlo pasar sin abrir la boca.

—Hola Dani —me saludó destilando rabia en la voz—. ¿Tan importante te crees que ya no saludas a las viejas amigas? —me preguntó, lo suficientemente alto como para que varias cabezas se giraran a mirarnos

interesadas.

Iba a darle alguna respuesta mordaz que la pusiera en su sitio cuando Andrea se me adelantó.

—¿Y dónde está esa amiga que dices? Porque yo lo único que veo es a una hipócrita muerta de celos porque su novio de mentira la ha dejado por otra de la que está totalmente enamorado. ¿Te refieres a esa amiga? —y su voz sonó tan dulce como el algodón de azúcar que comíamos de pequeñas en la feria.

Las seguidoras de Theresa se quedaron tan calladas como ella misma, que se había puesto verde de ira.

Jamás se hubiera imaginado que Andrea fuera capaz de contestarle de ese modo y ya puestas, yo tampoco.



El sábado me desperté sonriendo, mi cama todavía guardaba el perfume floral que usaba Dani, si cerraba los ojos, hasta podía imaginarla junto a mí.

Pero la sonrisa desapareció de mis labios en cuanto estuve lo suficientemente despierto para recordar que la persona a la que quería estaba condenada a una muerte segura antes de cumplir los treinta. Al igual que había sucedido con Isabella, yo estaba castigado a repetir la historia.

Me levanté de un salto y me metí en la ducha a toda prisa, tenía pensado visitar la biblioteca de la Facultad de Medicina y tal vez hablar con algún catedrático especializado en el tema. No pensaba rendirme, no estaba dispuesto a entregarla sin luchar. Ahora era mía y pensaba cuidarla y protegerla, no pude hacerlo con mi hermana, pero con Danielle estaba dispuesto a todo.

Cuatro horas después, volvía a mi casa con el ánimo por los suelos y la frase que me había destrozado nuevamente la vida dando vueltas en mi cabeza.

«*No se puede hacer nada por ella. Solo evitarle disgustos y esfuerzos innecesarios*». El doctor Shermann, catedrático de la universidad y

especialista en cardiología, no era consciente que con esa sola frase había destruido de un solo plumazo todas mis esperanzas de felicidad. Danielle era mucho más de lo que nunca había soñado encontrar, lo supe la primera vez que la besé y lo sabía en este instante, cuando había caído sobre mí la fuerza de la certeza. Y con ello también caía la posibilidad de ser alguien mejor a la persona que había sido siempre.



Capítulo 16

La semana empezó maravillosamente, salí de casa dispuesta a vivir otro largo y agotador día de instituto cuando vi parado frente a mi puerta el todoterreno de Oliver. No sabía que iba a venir a recogerme, ya que no hablamos de ello el día anterior, de hecho iba a ir a clase andando porque se me habían pegado las sábanas y mi padre ya se había marchado sin mí.

De camino a clase, nos besamos, nos reímos y nos hicimos miles de preguntas con el fin de conocernos un poco más. Durante los dos días anteriores, me había contado multitud de anécdotas sobre su vida. Había vivido casi todo lo imaginable y algunas cosas menos ordinarias.

Pero lo que me dejó mas impresionada de todo fue la cantidad de personajes célebres a los que había conocido. Había pasado casi toda su vida en Europa viajando de un país a otro, algunos los había visitado más de una vez, países que yo soñaba con conocer.

El día parecía perfecto, pero al bajar del coche en el aparcamiento del instituto me encontré con una escena que me puso la piel de gallina. Samuel bajaba de un descapotable rojo que yo conocía a la perfección, era el deportivo en el que Oliver me había llevado a casa el día de la fiesta, solo que esta vez el conductor era Gabriel.

Sentí el peso del mundo sobre mis hombros. La carga de la culpa sobre mí, culpa por involucrarle, culpa por no haber sido capaz de sentir por él lo que sentía por Oliver...

Llevaba varios días sin molestias, pero ver a quien había sido mi mejor amigo con quien era mi nuevo enemigo, terminó de golpe con mi buena racha. Noté que mi pulso se aceleraba en respuesta a lo que mis ojos estaban viendo. Samuel parecía encantado, mientras se despedía de él con un choque amistoso de puños y se dirigía al edificio principal, tranquilo y ajeno a la maldad que se cernía sobre él.

Gabriel me miró fijamente, pude ver el brillo en sus ojos a pesar de la distancia. Estaba eufórico, se estaba conteniendo para no ponerse a saltar allí mismo, por fin había encontrado la manera de presionarme, y encima había descubierto que yo lo sabía.



Noté como Dani se tensaba a mi lado, y me giré para buscar la razón de su repentina reacción, pero no llegué a ver nada, ya que en ese momento ella se llevaba la mano al pecho y supe que sentía dolor y que no se trataba solo de algo físico.

Sin decir nada, la cogí del codo y la llevé de nuevo al coche. Subió sin rechistar, lo cual fue suficiente indicador de que se encontraba realmente mal.

Me senté en el asiento del conductor y durante dos largos minutos contemplé la posibilidad de entrar en el edificio y contarle a su padre lo sucedido, pero descarté la idea sabiendo que ella me lo impediría y se alteraría aún más de lo que ya parecía estar.

A los cinco minutos de estar sentada en silencio en el vehículo, el color volvió poco a poco a su cara, pero no fue hasta que comprobé que estaba totalmente recuperada que le pregunté sobre su ataque y su estado de angustia.

—¿Por qué te has puesto así? ¿Te encuentras mejor? —la interrogué pendiente de cada uno de sus movimientos, había retirado la mano de su muñeca, lo que quería decir que su pulso volvía a estar estable.

—Sí, estoy bien, ha sido solo la impresión —pero yo no sabía de qué me hablaba. Así que volví a preguntar cada vez más ansioso por entender los

motivos de su malestar.

—¿Qué ha pasado?

—Gabriel ha traído a Samuel a clase. ¿Cómo es que de repente son amigos? ¿No lo entiendes? Está dispuesto a todo y le utilizará para llegar hasta mí, y lo peor es que no sé qué es lo que quiere exactamente. ¿Lo sabes tú? ¿Todo esto es por mi alma? —preguntó asustada, mientras intentaba enjugarse las lágrimas con las manos. Me conmovió que, con lo frágil que era, fuera capaz de mostrar tanta entereza en un momento como ese. Yo no estaba dispuesto a que nadie le hiciera daño, no obstante no iba a mentirle tampoco.

—Sí, Danielle, es tu alma lo que busca, pero en realidad... Hay más —no sabía cómo explicarle lo que Gabriel tenía pensado para ella.

—Hay algunos demonios, los de clase más baja, que en realidad nacen hombres. Mefisto es uno de ellos. En todas partes hay clases sociales, estratos, y como siempre los que están más arriba en la pirámide son los que lo manejan todo. El mundo de Gabriel, no es una excepción. La única manera de ascender es recabar almas o bien, conseguir un discípulo. El único requisito para convertir a un ser humano en discípulo, es nacer de una mujer que haya muerto durante el parto. Tú eres su billete a la cumbre y por eso quiere hacerse con tu alma al precio que sea.

»No importa que el discípulo elegido sea una persona buena y pura, por desgracia siempre se puede tentar al ser humano. La culpa es del libre albedrío que fue otorgado a los hombres, con ello *El Creador* se lució y dio vía libre al otro lado y sus bajezas.

»Y gracias a mi estupidez ya sabe qué tiene que ofrecerte para tentarte, y como sabe que no vas a ceder fácilmente ahora se acerca a Samuel para presionarte. Te juro que no hubiera aceptado tocar, de haber sabido que él estaba tan cerca —le expliqué. En ningún momento la hubiese puesto en peligro conscientemente, lo único que había querido desde que la conocía era protegerla de todo, incluso de mí.

—No hay nada que pueda ofrecerme que haga que acepte esa vida o lo que sea que venga de él —y vi tal determinación en sus ojos azules que llegué a pensar que era la única persona capaz de hacerle frente a esta situación. Me avergonzó la rapidez con la que yo había sucumbido a mis

deseos.

—Eres increíble —le comenté orgulloso de tenerla a mi lado. Le besé la coronilla mientras la abrazaba con fuerza.

—Ya lo sabía —me contestó con una sonrisa triste—. Pero me alegra que te hayas dado cuenta —me sentí fascinado, por que fuera capaz de bromear en un momento tan tenso como el que había vivido momentos antes.

—Pase lo que pase, siempre voy a estar contigo, ¿lo sabes, verdad? —le pregunté mientras le apartaba un precioso mechón de cabello de los ojos. Me demoré más de lo necesario acariciando su suave mejilla.

—Lo sé y te quiero por eso —se inclinó y me besó. Fue un beso dulce y delicado. No duró todo lo que yo hubiese deseado, porque había que ir a clase, Dani estaba decidida a que Gabriel no trastocara su vida y eso era lo único que me impedía buscar a Gabriel y encararlo.



Capítulo 17

Tener novio era una nueva experiencia para mí, aunque al mismo tiempo no quería que eso afectara a mi amistad con Andrea, y aunque ella estaba en la misma situación que yo con Marc, habíamos decidido organizar una tarde solo de chicas en mi casa.

Los sucesos de la mañana no es que hubieran contribuido a alegrarme el día, sin embargo estar de nuevo con Andrea, me ayudaba a alejar de mi mente ciertas historias que inesperadamente habían invadido mi apacible vida y la habían transformado en el caos que era ahora.

El hecho que Oliver se fijara en mí, había atraído la atención de Gabriel y en una ciudad pequeña como Armony no había secretos y mucho menos si estos eran tan morbosos como mi enfermedad y la muerte de mi madre. Gabriel había dispuesto de toda la información que precisaba sin recurrir a mi novio, que por supuesto no estaba dispuesto a contarle nada.

Esa misma mañana mientras íbamos a clase, le pregunté por lo que había hecho que volviera a hablarme y me quedé absolutamente sorprendida cuando Oliver me confesó que lo que había hecho que bajara sus defensas conmigo fue escucharme cantar. Me sentí halagada porque fuera así. Mi padre contaba que el sueño de mi madre siempre había sido cantar, si su enfermedad se lo hubiese permitido, seguro que hubiese triunfado en la música.

Dejé mis pensamientos para cuando estuviese sola y volví de regreso a mi

dormitorio con mi mejor amiga, divagando sobre lo increíble que era Marc y lo bien que besaba.

—El primer día que salimos, me quedé sorprendida ¿sabes? —no siguió hasta que hice un gesto de negación con la cabeza—. No me esperaba que durante el tiempo que hemos sido solo amigos se haya fijado tanto en mí.

—Cómo puedes decir eso si estaba colgado por ti desde el parvulario —la acusé riéndome—. ¿Qué esperabas? —me miró con el ceño fruncido.

—No me refiero a eso y lo sabes. Quiero decir que me sorprendió que prestara atención a las cosas que he dicho. Ya sabes que hablo mucho, pero él recordaba cosas como por ejemplo que las fresas me dan alergia o que odio a morir el queso. No sé, esa clase de detalles.

—Supongo que ya lo sabéis casi todo el uno del otro —le dije sonriendo, al comprobar lo ilusionada que estaba mi amiga. Marc y Andrea eran como Samuel y yo, lo conocíamos todo del otro, razón por la que resultaba sorprendente que descubriéramos algo desconocido en el otro. En mi caso la sorpresa había sido desagradable, la actitud de Samuel conmigo, me había trastocado profundamente. Me alegraba que el caso de Andrea fuera más alentador.

—En realidad no, y eso es lo que más me gusta. El viernes descubrí que es más inteligente de lo que parece, que sabe escuchar y que besa de maravilla —dijo mientras rompía a reír al ver mi sonrisa burlona.

—Sinceramente me has pillado, no me esperaba esa respuesta —le dije mientras me unía a sus risas.

—Lo que quiero decir, es que siempre hay algo nuevo en Marc que me sorprende y eso es bueno, me hace tener más ganas de estar con él. Es un chico muy sensible y la actitud de su madre le ha hecho mucho daño. Necesita a alguien como yo, para que le aconseje y le cuide, ahora tú ya no me necesitas tanto, tienes a Oliver, que por cierto pone cara de tonto cada vez que te mira. ¡Quién lo hubiera dicho! —ahora le tocaba el turno a ella de reír.

—¡Serás malvada! —me quejé

—¿Y por qué lo soy exactamente? ¿Por decir que pone cara de tonto? ¿O porque me haya sorprendido su amor por ti? —preguntó la muy bruja.

—Por las dos cosas —le contesté muy digna—. Aunque supongo que lo segundo me ha molestado más. Porque en realidad yo tampoco pensé que

alguna vez pudiera pasar.

—Parece que esta vez Theresa ha sido la más lista de las dos, porque ella le caló a la primera —me dijo mientras atacaba su segundo donut de chocolate. Me eché a reír, a pesar de todo, su comentario me hizo gracia.

—¿Echas de menos a tu madre? —preguntó repentinamente.

—Siempre, pero últimamente más. Hay muchas cosas que me hubiera gustado contarle — sobre todo ahora, pensé. Me hubiese encantado escuchar su opinión sobre Oliver, algún consejo...

—Seguro que tu madre no era como la mía —se quejó Andrea malhumorada—, tiene cara de haber sido enrollada —dijo mientras miraba la foto que tenía puesta encima de mi mesilla de noche.

—Tu madre es encantadora y muy amable —la regañé yo ante sus protestas—, no sé cómo puedes quejarte de ella con lo buena persona que es.

—Eso lo dices porque no tienes que vivir con ella. Quiere saber demasiadas cosas. Y ahora que sabe que salgo con Marc, más todavía — lanzó un largo suspiro exagerado de resignación.

—Yo de ti no me quejaría, si no la tuvieras la echarías de menos —le expliqué intentando sonreír o al menos sonar menos triste—. Pero bueno, tengo la suerte de tener un padre tan maravilloso como el mío, así que no me puedo quejar —y esta vez mi voz sonó natural, no hubo necesidad de ocultar mi pena.

—Cierto, no te puedes quejar, y mejor no lo hagas. Paso de empezar a protestar por el reparto de padres, lo mío es mala suerte —concluyó—. Hablemos de cosas más agradables —me propuso mientras se comía el último Donut de chocolate, sonreí interiormente, era la primera vez que veía a Andrea comer tranquilamente sin preocuparse de engordar, era increíble lo que había conseguido Marc en menos de una semana.

Varias horas después estaba tumbada en mi cama y en pijama. Iba a ponerme a leer cuando sonó mi móvil, enseguida salté de la cama a por él, sabía que era Oliver porque sonaba la melodía que le había asignado.

—Hola —dije soñadora.

—Hola, ¿estás visible? —la pregunta consiguió descolocarme.

—Voy en pijama, ¿por qué? —su voz sonaba divertida y con un toque de picardía que me hizo pensar en las motitas doradas de sus ojos verdes.

—Estoy en la puerta de tu casa. Pasaba por aquí y he pensado que quizás podías salir aquí conmigo un ratito —me propuso esperanzado.

—¿Por qué no entras tú? —interrogué algo descolocada por su propuesta. La idea de salir en pijama no terminaba de convencerme.

—¿Está tu padre en casa? —su voz sonó muy seria.

—Sí, claro. Estará haciendo la cena y escuchando algún programa de radio en el que pongan música clásica o algo por el estilo —le comenté todavía sin captar la conexión entre su pregunta y el que yo saliera de casa.

—Pues por eso. Si entro no podré hacer lo que deseo hacer desde que te fuiste con Andrea esta tarde —la picardía volvió a irrumpir de nuevo en su voz, sentí un cosquilleo en la nuca.

—¿Y qué es? —pregunté aún estando bastante cerca de intuir la respuesta.

—Besarte, por supuesto.

—¡Dame dos minutos! —exclamé. Colgué el teléfono y corrí a ponerme unos zapatos y un chaquetón para salir a la calle.

Bajé las escaleras, todo lo rápido que pude y pasé por alto la sonrisa burlona de mi padre por mi atuendo y mis prisas. Aún no habían pasado los dos minutos cuando yo ya estaba dentro del todoterreno lanzándome a los brazos de Oliver que me sonreía divertido por mis pintas.

—No te rías. Si lo haces no te besaré —le avisé.

—Estás preciosa —me dijo con la voz ronca.

—No es verdad, pero me encanta que me lo digas —le confesé feliz de pasar otro momento a su lado.

Soy una chica afortunada, pensé mientras sentía sus manos pasearse por mis costillas. Había conocido el amor y cuando hiciera recuento de mi vida, esta experiencia haría que la balanza se decantase y que pudiera decir que había sido feliz.

Cuando pudo dejar de besarme, yo estaba casi sin respiración.

—Eres preciosa —me dijo con los ojos brillantes de deseo.

—Prefiero tu otra manera de decírmelo. Suena más sincera —bromeé con el corazón acelerado por sus besos y sus caricias.

—Genial, yo también —replicó y volvió a besarme, esta vez más despacio, saboreando el momento.



Capítulo 18

Si tenía alguna posibilidad, sin duda era con la ayuda de Rachel. Me levanté la mañana siguiente a mi encuentro con Oliver en pijama con esa sensación, después de un sueño en el que hablaba con mi madre y ella me recomendaba que le pidiera ayuda a ella.

Al parecer la conversación que había tenido con Andrea sobre mi madre se había quedado grabada en mi cabeza y cuando me dormí se filtró en mis sueños para aconsejarme como hacían todas las madres con sus hijos.

Era la mujer que nunca había conocido, la que había visto en las fotos que guardaba mi padre como un tesoro o en los videos caseros que habían grabado durante su embarazo, temiendo que pudiera pasar lo que finalmente pasó, que nunca pudiéramos estar juntas.

Amelia Collins era tan hermosa en mi sueño como en los recuerdos que me había forjado de ella a través de, sus cosas o de lo que me habían contado mi padre y tío Damon.

Supe que era un sueño en cuanto la vi, llevaba el cabello dorado suelto por los hombros y me miraba con el cariño y el amor que había visto en las madres de mis amigas, un amor del que yo nunca pude disfrutar.

Antes de que pudiera articular ningún sonido inteligible, se acercó a mí y me abrazó con ternura, y al mismo tiempo con fuerza, como si temiera que fuese a escaparme si no lo hacía.

—Hola cariño, tengo poco tiempo para estar contigo. Necesito que

escuches todo lo que voy a decirte —notaba sus manos acariciando mi pelo con suavidad—. Busca a Rachel y pídele ayuda, ella te dirá lo que tienes que hacer. Pero por sobre todas las cosas, confía en ti misma y en tu criterio. Te quiero cariño, estoy muy orgullosa de ver la persona en la que te has convertido —me dijo con la voz entrecortada por el llanto que ella también retenía en su garganta.

—Mamá —fue lo único que pude decir antes de echarme a llorar. Era la primera vez que podía usar ese apelativo dirigido a su persona. En ese momento se mezclaba en mí, la felicidad por estar entre sus brazos y la tristeza que sentía al saber que no era real, que de un momento a otro despertaría y volvería a estar sola con mi padre, como había sido siempre.

Ella siguió abrazándome mientras yo dejaba libres las lágrimas que había acumulado durante mis casi dieciocho años sin ella.

Cuando desperté y vi la almohada húmeda, comprendí que había llorado de verdad mientras dormía.

Me levanté de la cama con las pilas cargadas, dispuesta a jugar mi última baza, aunque para ello tuviera que dejar al margen a Oliver, no estaba dispuesta a implicarlo y crearle más problemas de los que ya tenía con Gabriel.

Llegamos juntos al instituto y como siempre me acompañó a la puerta del aula, esperé allí hasta que se perdió de vista camino de su clase de literatura, crucé los dedos y me encaminé a la biblioteca en busca de Rachel, esperando que con un poco de suerte la encontraría entre los libros de arte como la última vez que nos vimos.

Cuando entré en la silenciosa biblioteca del instituto, vi que alguna de las clases de los novatos tenía hora de estudio, porque había varias mesas a rebosar de alumnos de primer curso. La bibliotecaria me miró cuando entré y me puso mala cara, al parecer recordaba mi poco entusiasmo por *Cumbres borrascosas* o tal vez pensó que mis zancadas hacían demasiado ruido al caminar. Me esforcé por ser lo más silenciosa posible, ya que no estaba dispuesta a cambiar mi opinión sobre la novela y me adentré en el mar de estanterías, dispuesta a buscar la sección de arte.

—Te estaba esperando —me dijo Rachel, mientras se separaba del estante en que estaba apoyada.

—¿Y eso? —pregunté sorprendida, su actitud ya no era tan distante como la última vez que hablamos, ahora parecía casi amable e incluso sonreía cuando me respondió.

—¿No tuviste un sueño anoche? —su sonrisa se volvió enigmática, aunque seguía ahí. Las rodillas amenazaron con no sostenerme.

—¿Qué sabes tú de eso? —pregunté alzando la voz más de la cuenta, lo que me valió otra mirada airada de la bibliotecaria modelo, que iba con su silencioso carrito recolocando los libros que los alumnos habían devuelto del préstamo.

—Yo lo sé todo. Y no me preguntes nada, porque es todo lo que te voy a decir al respecto —la sonrisa que me había sorprendido unos segundos antes, había desaparecido por completo de su rostro, dejando en su lugar su inexpresiva mirada.

—No me caes muy bien cuando haces eso —le expliqué molesta por su actitud de *no contesto más preguntas*. Para mi sorpresa, no se lo tomó a mal sino que se echó a reír sinceramente.

La bibliotecaria volvió a lanzarnos una mirada asesina, lo que hizo que Rachel me cogiera por el codo y me sacara de allí a toda prisa.

—¿Adónde vamos? —pregunté impaciente. Me había saltado la clase de literatura únicamente para hablar con ella y lo que menos me apetecía era hacer un recorrido turístico por el instituto.

—Ya lo verás —me respondió con su habitual tono de voz.

Silenciosamente la seguí. Subimos hasta el tercer piso y al llegar a él torció a la izquierda y abrió una puerta diminuta en la que yo nunca me había fijado. Me extrañó que tuviera la llave pero no dije nada. La puerta llevaba a unas nuevas escaleras, esta vez más viejas y empinadas. Cuando terminamos de subir, llegamos a una zona abierta en la que había colgados miles de dibujos al óleo o en carboncillo, algunos atriles y varios botes de pintura, también había una especie de horno del que emanaba un agradable calor. Rachel siguió mi mirada y antes que pudiera interrogarla por el tema, contestó a mis cuestiones no formuladas.

—Es un horno para la cerámica. Bienvenida al hogar secreto de los estudiantes de arte del instituto Armony —sus brazos abarcaron el lugar mientras hablaba.

—Sí que es secreto, jamás hubiese imaginado que existiese un lugar así en el instituto. Incluso se está calentito —le comenté intentando romper el hielo transparente de su mirada.

—Eso que hay ahí —dijo señalando una puerta en la pared de la derecha —, es la sala de calderas. Es por esa razón que el horno fue instalado aquí arriba —me explicó amablemente.

—Un sitio maravilloso —comenté impaciente—, aunque no es a hablar del edificio a lo que he venido esta mañana —le dije muy seria. Consciente que tenía que presionarla si quería que me contara lo que yo había ido a descubrir.

—Lo sé. Ya te dije que lo sabía, ¿es que acaso no escuchas cuando la gente te habla? —preguntó ofendida. Rachel era la chica más irascible y bipolar que había conocido nunca.

—¿Y tú no eres muy borde para ser un ángel? —le repliqué con toda la mala leche que esa mujer me inspiraba.

—Nunca dejas de sorprenderme. Pero supongo que tienes razón —concedió con un toque de humor en su voz.

—Entonces, ¿me lo vas a contar? —la insté demasiado impaciente y enfadada como para mantener el tono cortés.

—Hay poco que contar. Lo único que importa en estos momentos es cómo lo vas a hacer para evitar que Gabriel utilice a tus amigos para llegar a ti —me quedé parada cuando comprendí que realmente esa chica de aspecto oscuro sabía mucho más de lo que parecía a simple vista. En lugar de extrañarme porque fuera un ángel, yo me preocupaba porque estuviera tan bien enterada de todo, parecía que mi cerebro estuviera sobrecargado con tanta información nueva e increíble.

—Creo que va a usar a Samuel para manipularme, los vi juntos y creo que ahora son buenos amigos, al menos eso es lo que cree Samuel —le expliqué.

—Ya te he dicho que lo sé. La pregunta es, ¿hasta dónde estás dispuesta a llegar para salvarles? Primero será Samuel, pero detrás irán todos los demás —su mirada transparente se clavó en mí con tanta fuerza, que sentí como si me estuviera invadiendo, como si fuera capaz de conocer mis pensamientos. Rompí el contacto visual y la sensación desapareció con la misma rapidez con la que había surgido.

—¿No eres un simple ángel, verdad? —inesperadamente supe que Rachel era mucho más de lo que parecía. Su silencio me molestó tanto que levanté la voz—, ¿no crees que tengo derecho a saberlo?

—No lo soy —respondió únicamente, con la expresión inalterada.

—¿Me vas a hacer preguntártelo verdad?

—Sabes que no puedo mentir, y sabes que tampoco puedo contestar a todas tus preguntas, así que piensa bien cómo vas a formularla. Si haces la pregunta equivocada te quedarás con la duda —realmente era exasperante hablar con ella, decidí.

—De acuerdo —dije más para mí que como respuesta a su comentario—. ¿Qué clase de ángel eres? ¿Cuál es tu misión en la tierra?

Rachel frunció el ceño ante mis preguntas. Recé mentalmente para que contestara y vi como sus labios dibujaban una nueva sonrisa. Sin duda era capaz de leerme la mente, me dije. La pregunta era si solo podía hacerlo conmigo. Si pudiera meterse en la mente de Gabriel podríamos desbaratar sus maquiavélicos planes.

Rachel negó con la cabeza contestando a la pregunta que había estado pensando y abrió los labios para contestar a la que había formulado en voz alta.

—Ahora soy un principado, somos los mensajeros de Dios y somos los encargados de dirigir a las legiones del cielo en su eterna batalla contra los hijos de las tinieblas. ¿Alguna pregunta más? —interpeló irónica.

—Sí, ¿qué eras antes? ¿Por qué estás aquí? Sin duda eres un ángel de categoría, ¿por qué persigues a un simple soldado como Gabriel?

—Estás tentando tu suerte —me dijo enfadada, tanto que creí que esta vez no iba a contestarme, pero lo hizo, aunque pasó por alto mi primera pregunta—. Lo que hay entre Gabriel y yo es un asunto personal, que tengo que resolver antes de poder volver a donde pertenezco.

—¿Por eso vas a ayudarme? —pregunté muy seria, era evidente que su deseo de ayudarme iba más allá de ser una simple responsabilidad o un deber.

—Voy ayudarte porque es mi obligación —le faltó mencionar lo poco que le gustaba la idea—. Aunque tendrás que confiar en mí totalmente y sé que el hecho que sea un ángel no es suficiente para ganarme tu lealtad. Aun así vas a tener que dármele si quieres que me moleste en ayudarte.

—Me parece justo —otorgué a regañadientes. Vale que fuera el primer ángel que conocía y probablemente el único que conocería en toda mi vida, pero también era arisca, antipática y un poco rara. No se parecía en nada a la imagen que la televisión, el cine o la literatura me había inculcado de los ángeles. Aunque sobre todo, se alejaba billones de años luz de la imagen que la religión había dado de ellos.

Era hermosa de una manera oscura, su pelo no era dorado, sino negro como la noche y su cuerpo no era anodino ni asexuado, sino que era delgada aunque voluptuosa.

Ni su mirada era misericordiosa o compasiva, sino fría y distante, sentía como si me mirase a través de lo que sus ojos habían visto a lo largo de los años, tal vez siglos.

—Lo primero que debes saber es que Mefistófeles jamás se va a dar por vencido hasta que consiga lo que quiere de ti. Así que lo mejor es que tú misma se lo ofrezcas —me propuso con toda la tranquilidad del mundo. Me pregunté si eso era lo que había hecho ella.

—¿Estás loca? ¿Entonces para qué narices te necesito? —grité asustada por sus propuesta, qué clase de ayuda me brindaba si lo que me pedía era que me ofreciera en bandeja al enemigo.

—Te he dicho que tenías que confiar en mí, y a la primera palabra que pronuncio te molestas y me juzgas, esto es inútil —gruñó mientras se daba la vuelta para marcharse dejándome allí sola. Entré en pánico.

—¡No te vayas! —le pedí mientras la agarraba por el brazo con todas mis fuerzas intentando retenerla—. Dame otra oportunidad, por favor —le rogué apelando a su condición celestial.

—Está bien. Pero tienes que hacer todo lo que te diga sin rechistar, punto por punto. Es crucial que lo hagas así —resaltó la última frase, alzando la voz y alargando y separando las sílabas.

—De acuerdo —le concedí, completamente dispuesta a cumplir con mi parte.

—Ya te he dicho que lo importante son las palabras y cómo las uses, en ellas reside la clave del mundo. Ya sabes, *in principio erat verbum*.



Capítulo 19

Después de hablar con Rachel retomé mis clases con relativa normalidad. Como no quería que Oliver se enterara de mi escapada a primera hora y, principalmente, de la razón por la que había ido a buscar a Rachel, fingí que todo era normal y que no me preocupaba lo más mínimo mi situación.

Las dos primeras clases a las que asistí fueron bastante normales. En lengua inglesa nos presentaron al profesor sustituto, que si bien parecía agradable, estaba muy despistado incluso para ser su primer día.

Mis compañeros eran chicos normales, por lo que se rieron un poco de su despiste pero nada grave. La actitud de Samuel con él fue mucho más desagradable, en uno de los descansos entre clase y clase en que Marc vino a ver a Andrea y estar con nosotras, apareció con la cara lívida. En seguida nos preocupamos porque parecía enfermo, sin embargo comprendimos su estado cuando finalmente nos contó lo que había sucedido. Mientras el profesor Greene, el sustituto que acabábamos de conocer, escribía su nombre en la pizarra y sus alumnos se reían disimuladamente al ver como con cada letra que garabateaba perdía la tiza, Samuel le había lanzado una pelota del papel de aluminio del bocadillo, el problema es que dentro había una piedra.

Cuando el profesor pidió explicaciones, se puso en pie sin más y declaró que había sido él. Ante la insistencia del señor Greene por conocer el motivo de su acción, se limitó a responder que era un simple sustituto y que no tenía porque justificarse ante él. Dicho esto abandonó la clase, dejando al profesor

y a sus compañeros estupefactos.

Marc no había vuelto a verlo desde entonces, llevaba dos asignaturas a las que no había asistido.

Me llevé las manos a las sienes, un dolor de cabeza repentino me impedía pensar en nada, por primera vez en mi vida, me compadecí de mí misma.

Una clase antes de comer, mientras iba camino de mi taquilla para cambiar de libros, me di de bruces con Samuel, iba a disculparse cuando se dio cuenta que era conmigo con quien había chocado.

—Eres tú —dijo simplemente, sus ojos ya no eran amables, sino gélidos y distantes.

—Samuel, tenemos que hablar —le pedí, aliviada de que por fin me hablara. Después de lo que me había contado Marc, era urgente que tuviéramos una conversación.

—Danielle, no creo que tú y yo tengamos nada que decirnos la verdad, pero tú dirás —me lastimó su actitud, nunca había sido una persona cruel, siempre había sido dulce y encantador con todo el mundo. Si no hubiese sido Marc quien me contó el incidente con el profesor Greene, nunca lo hubiera creído.

—¿Qué te ha pasado? ¿Por qué me hablas así? —pregunté molesta por el modo en que se dirigía a mí.

—¿No lo sabes? Bien pues te lo cuento. Resulta que llevo colgado por una chica cuatro años y cuando por fin la chica parece que también siente algo por mí, cuando por fin me besa, me deja tirado por un tipo que se ha pasado toda la vida ignorándola. Eso es lo que me ha pasado —me dijo con los ojos brillantes de humillación y dolor ¿o era rabia?

—Las cosas no fueron, así. Hay mucho que no sabes —le dije suplicante, intentando que me diera tiempo para explicarme—, déjame contarte la verdad.

—La verdad. Dirás tu verdad, no la mía. La verdad es que no eres quien creía que eras, y ya no me importa. Tengo amigos que me valoran, no como tú, que solo me has utilizado todo este tiempo —me recriminó. Supe que esas palabras no eran tuyas, que Gabriel ya había empezado con su plan y comprobé que iba por muy buen camino.

—Tus amigos, como tú los llamas, no son buenas personas Samuel.

Gabriel no es lo que parece, de hecho es mucho peor de lo que puedas llegar a imaginar —abrió los ojos sorprendido cuando pronuncié el nombre de su nuevo amigo.

—Claro, no había caído —comentó irónico—. Gabriel es el tutor de Oliver y como no le permite hacer todo lo que le da la gana, pues por eso te ha puesto en su contra. ¿Sabes, Danielle? La equivocada aquí eres tú. Oliver no es lo que parece y cuando se haya cansado de ti, te hará lo mismo que le ha hecho a Theresa. Te dejará sin volver la vista atrás, y cuando llegue el día, hazme un favor y no me busques —y dicho esto, se dio la vuelta y se marchó sin dedicarme una última mirada o dejarme hablar.

Mi breve encuentro con Samuel fue el que me decidió a seguir al pie de la letra las instrucciones de Rachel, a pesar de sus distancias y de mi incomodidad cuando estaba con ella, comprendía que Rachel era la única que sabía cómo hacerle frente a Gabriel.



Desde que recogí a Dani en su casa, como cada día, para ir a clase, sentí que algo era diferente. No sabría decir qué era exactamente, quizás su aire ausente, con la mirada perdida en el paisaje o tal vez que cuando entró en el coche se olvidó de darme un beso.

Me pasé todo el camino a clase, pendiente de la más mínima variación en sus sentimientos. Mi don solo era efectivo ante sentimientos fuertes, como el deseo, la pasión, la ira... Danielle se mantenía en un nivel al que no lograba llegar. En algún momento llegué a preguntarme si lo hacía deliberadamente, pero descarté la idea. No había ningún motivo para que lo hiciera.

Cuando la acompañé a clase, parecía impaciente, aunque a parte de eso no pude notar nada más significativo. En clase de francés me pasé la hora dándole vueltas a una idea, que sabía que era poco ortodoxa, pero que quizás me permitiera mantener a Danielle a salvo.

Tres segundos después que sonara la sirena del cambio de clase, yo ya estaba saliendo por la puerta, dispuesto a olvidarme de mis principios por

ella.

Conduje a toda velocidad por las calles de Armony, impaciente por llegar a mi casa y encarar a Gabriel. Crucé los dedos e incluso estuve a punto de rezar pidiendo ayuda al cielo para que hiciera que estuviera en nuestra casa. Hubiese resultado irónico que después de tantos años, rezara pidiendo ayuda divina y más aún que me hicieran caso.

Aparqué de cualquier manera, las multas por estacionar inadecuadamente el vehículo eran lo que menos me preocupaba en ese momento, necesitaba regresar antes que Dani se diera cuenta que me había ido. En cada cambio de clase nos veíamos unos segundos, cuando íbamos a nuestras taquillas a cambiar los libros. Tenía que estar allí cuando el profesor abandonara la clase.

Entré en casa con la clara determinación de proteger a Danielle a cualquier precio, era lo único que importaba, mi alma ya estaba condenada, ahora todos mis esfuerzos serían por salvar la suya.

Gabriel estaba esperándome sentado en el taburete de mi piano. No tenía la certeza de saber que me esperaba, pero su actitud altiva y expectante, me hacía sentir que así era. Me había calado como a un principiante.

Ni siquiera le saludé, simplemente expuse mi oferta, si me lo pensaba una vez más quizás terminara por echarme atrás.

—Pongo a tu servicio mi don si dejas de acosar a Danielle —lo dije de un tirón, sin apenas respirar—. Tocaré para ti —volví a ofrecerle.

—Una propuesta interesante, que sin duda tengo que meditar —me respondió con sus ojos de gato fijos en los míos, en busca de más información que poder usar contra mí. Al tiempo que su rostro carecía de expresión, así no me mostraba sus cartas.

—¿Qué tienes que pensar? —pregunté irritado, al ver que mi plan no era tan efectivo como había esperado.

—Querido Fausto, ya deberías conocerme después de tanto tiempo juntos. Nunca tomo decisiones a la ligera. Al contrario que tú, yo medito bien cada paso que doy. Y ese es el secreto por el que yo estoy cada vez más cerca de mi objetivo y tú estás doblemente condenado —le miré sin comprender el sentido de su última frase—. ¿No sabes a qué me refiero? —ronroneó sarcástico—. Has perdido tu alma y ahora vas a perder a la persona a la que

amas. No me mires así, si no soy yo, se la llevará el ángel de la muerte, en cuyo caso también la perderás. Al menos conmigo seguirá viva y a tu lado. ¿No te parece que mi oferta es la mejor? —me dijo ofreciéndome una salida que yo no estaba dispuesto a tomar. Supe en ese instante que le había dado la vuelta a mi propuesta para que solo le beneficiara a él.

—Estás disfrutando como nunca —le acusé. Sus ojos brillaron con algo parecido a la indignación. El chispazo solo duró un segundo, lo justo para que yo lo viera.

—En realidad no. Danielle me cae bien y eso es mucho más de lo que puedo decir de nadie —recalcó las últimas palabras para que me diera por aludido. No pude evitar sonreír, Gabriel a veces resultaba demasiado desconcertante hasta para mí, que lo había visto todo, y además varias veces.

—No sé por qué. Pero te creo —le dije mientras me marchaba, estaba cerrando la puerta de casa cuando le escuché gritar.

—Estudiaré tu propuesta con el interés que merece.



Capítulo 20

El mismo día que hablé con Rachel decidí que me merecía al menos un tiempo para disfrutar de mi relación con Oliver sin la constante sombra de mi enfermedad o de mi oscuro destino. Durante un solo día me iba a olvidar de Gabriel, de Samuel e incluso de mí misma e iba a vivir mi momento con él.

Le conté a mi padre mi plan de saltarme todas las clases del miércoles para salir con Oliver y no se opuso. Me miró tan fijamente que estoy segura que pudo leer en mi alma lo que sentía, ya que se limitó a decirme que tuviera cuidado. Como estaba tan comprensivo, me atreví a pedirle las llaves del coche y para mi absoluta sorpresa me las tendió sin rechistar, ni siquiera arqueó una ceja cuando lo hizo.

El punto era que mi padre era muy liberal, me dejaba tomar mis propias decisiones y cometer mis propios errores, incluso me animaba para que saliera más y disfrutara de la vida, pero su actitud abierta desaparecía en cuanto la palabra coche salía en la conversación. Su *Bentley* era intocable, me había ofrecido varias veces comprarme un vehículo de segunda mano, simplemente para no verse en la obligación de dejarme el suyo. Yo no entendía muy bien la razón, tampoco es que tuviera un *Ferrari*, su coche era un simple *Bentley*, eso sí, importado de su amada Inglaterra. Así que cuando aceptó sin rechistar, me sentí la persona más afortunada del mundo. Al menos ese día la vida me sonreía.

El miércoles me levanté más temprano que de costumbre. Me duché, me

vestí con unos vaqueros pitillo y un jersey de cuello alto gris, unas botas también grises y mi abrigo. Cogí el bolso, las llaves del coche prohibido y salí por la puerta, dispuesta a llegar a casa de Oliver antes de que saliera para venirme a buscar.

Entré en el garaje y encendí el motor ronroneante del Bentley, sonreí al escuchar la música que empezó a sonar nada más ponerlo en marcha. *The Beatles* pedían ayuda con mucho ritmo y una perfecta pronunciación, que me arrancó la sonrisa. Apagué el lector de *CD* y encendí la radio para escuchar el parte meteorológico. Se anunciaban cielos despejados y temperaturas propias para un mes de enero normal en Armony. Faltaba muy poco para mi cumpleaños, y la pregunta que se instaló en mi mente me paró en seco, ¿dónde iba a estar yo para aquel entonces?

Metí el coche en el camino de entrada de casa de Oliver y salí corriendo a su encuentro. Ya que nada más poner un pie en la calle noté el contraste entre la calefacción del vehículo y el frío de la vía.

Tomé nota mental de comentarle a Oliver que el viernes íbamos a salir con Marc y con Andrea, mi amiga me lo había propuesto y me había parecido una buena idea, Marc me caía bien y además quería que Andrea conociera de verdad a Oliver y se olvidara de todo lo que habíamos escuchado de él y que no correspondía con la verdad.

Iba a coger la llave de emergencia que Oliver guardaba dentro del buzón del correo, que se podía abrir sin la llave, cuando la puerta se abrió y me encontré de frente con la persona equivocada.

—Buenos días pequeña —me saludó Gabriel alegremente—. ¿Te has caído de la cama?

—He venido a ver a Oliver —después de decirlo me di cuenta que era evidente que esa era la razón por la que estaba allí a esas horas intempestivas.

—Ya, me imagino que no es a mí a quien vienes a ver —me respondió con ganas de bromas—. Estás en tu casa, Oliver todavía duerme. ¡Disfruta tu día!

—Gabriel —le llamé—, mañana te telefonaré hay un asunto que quiero tratar contigo, no hace falta que te diga que quiero que quede entre nosotros —le pedí. Mi frase había sido lo suficientemente clara para que comprendiera a quién quería ocultárselo.

En sus ojos brilló una mirada especuladora.

—Te refieres a Oliver, acabáis de empezar a salir juntos y ¿ya os guardáis secretos? —se burló, aunque su risa era más enigmática que burlona—. ¡Cuenta con mi silencio!

—¿Qué quieres decir? —pregunté enfadada porque sabía que tenía razón, ocultar era igual que mentir—. Solo necesito que no digas nada.

—Muy pragmática, sí señor. Cada día me gustas más pequeña —y me guiñó un ojo. Sinceramente, si no hubiese conocido nunca a Oliver y jamás hubiese sabido quien era en realidad Gabriel, me hubiera derretido ante el gesto—. Esperaré tu llamada. Has despertado mi curiosidad —y salió por la puerta tan fresco.

Subí al dormitorio de Oliver y me alegró comprobar lo mucho que había cambiado desde la primera vez que había estado allí. Ahora además del ordenador, había una cadena de música, más libros y pilas de *CDs* amontonadas por el escritorio, además de estanterías que había colgado en las paredes. La mesilla de noche la presidían las fotos que nos habíamos hecho en el fotomatón de la calle Violet Hill.

Intentaba ver con la poca luz que entraba en la habitación los dibujos que adornaban las paredes, cuando dos manos se enredaron en mi cintura y tiraron de mí hasta hacerme caer en la cama con delicadeza.

—Buenos días. Cuando he abierto los ojos y te he visto ahí parada he estado a punto de creer que eras un sueño —sentí sus labios en mi cuello y noté como sus manos me apartaban el cabello de los hombros.

—¿Qué haces? —pregunté demasiado aturdida para pensar en regañarle.

—Voy a hacer realidad el maravilloso sueño que acabo de tener —explicó con sus labios pegados a los míos.

—Me parece perfecto —fue lo único que alcancé a decir antes de perder el hilo de mis pensamientos.

Una hora después desayunábamos en su cocina mientras yo le contaba mi plan de pasar el día fuera de la ciudad, aunque me guardé el lugar al que íbamos a ir, quería que fuera una sorpresa.

—¿De verdad quieres salir? ¿No te parece mejor plan vagar en casa y ver una película? —preguntó esperanzado de que aceptara—. Incluso te dejo elegir la película y todo —me ofreció.

—Hay un sitio que me gustaría que vieras y alguien a quien quiero que conozcas —le dije sinceramente.

—Eso me recuerda algo —metió la mano en el bolsillo de su pantalón y sacó una cadena de oro de la que colgaba una preciosa cruz, era pequeña, con diminutas perlas sobre ella, se veía a la legua que era antigua y valiosa—. Quiero que la tengas tú —me dijo con los ojos brillantes.

—Es preciosa Oliver, pero no puedo aceptarla —sentía que era demasiado importante para él, no podía aceptar un regalo así.

—Era de Isabella, es lo único que tengo de ella y me gustaría mucho que la tuvieras tú —me dijo mientras se acercaba a mi lado, tomaba mis manos y la depositaba en ellas. Sentí las lágrimas calientes resbalar por mis mejillas, en las últimas dos semanas había llorado más que en toda mi vida.

Oliver me abrazó sin decir nada. Cuando dejé de llorar, pasó la cadena por mi cabeza y me dio un beso en la mejilla.

—Puedes considerarlo un regalo de cumpleaños adelantado si eso te hace sentir mejor —me ofreció sonriendo.

—Eso estaría bien. Un regalo de cumpleaños es algo que puedo aceptar. Los novios se hacen regalos —concedí devolviéndole la sonrisa.

—Perfecto entonces —su sonrisa se volvió más brillante—. ¿Adónde vamos? —sus ojos brillaban de expectación.

—Es una sorpresa y conduzco yo —le expliqué que mi padre me había prestado su coche y que me iba a encargar de llevarle hasta nuestro destino. Vi como abría los ojos como platos y tuve que aguantarme la risa para no ofenderle.

—Creo que deberíamos ir en mi todo terreno —propuso en el último momento.

—Solo si me dejas conducirlo —cedí, dispuesta a que el día también fuera agradable para él.

—Hecho —vi como suspiraba aliviado. Debía de tener las mismas dudas sobre mis dotes de conductora que mi padre. Por lo menos en algo se ponían de acuerdo.

Sacamos el coche de Oliver del garaje y lo cambiamos por el mío. En realidad fue él quien lo hizo, una cosa era que hubiera cedido su puesto de conductor para el pequeño viaje que había planeado y otra que me cediera el

puesto de manera indefinida.

Conduje durante casi una hora, dejando atrás la ciudad y pendiente de todas las indicaciones que me hacía Oliver, que si cambia de marcha, que si no corras tanto...

Di gracias cuando por fin llegamos a nuestro destino y estoy segura que él también lo hizo, aunque por motivos completamente diferentes.

Aparqué en el lugar habilitado para tal efecto en el parque natural de Armony, estábamos en pleno invierno y por tanto no era tan espectacular como en primavera, pero aún así tenía muchas ganas de mostrárselo a Oliver.

Tomé su mano y un agradable escalofrío recorrió mi espalda, Oliver tiró de mí y me acercó a su cuerpo, pasó su brazo por mis hombros y caminamos agarrados a través de la puerta que custodiaba la entrada al parque.

—No sabía que hubiera algo así por aquí —comentó asombrado por lo maravilloso que era el lugar.

No habíamos dado ni cinco pasos dentro, cuando el guarda se acercó a nosotros a paso ligero, cuando me reconoció abrió los brazos y sonrió, me separé de Oliver y me lancé a ellos.

—Tío Damon —le abracé feliz de volver a verle.

—Dani, ¿por qué no me has dicho que ibas a venir? Habría preparado mi famosa tarta de manzana que tanto te gusta —el tío Damon era una versión masculina de mi madre, su cabello era rubio como el de ella y al llevarlo más largo que de costumbre, se le rizaba en la nuca y le daba un aspecto más juvenil. Sus ojos eran oscuros, no azules como los de ella o los míos propios, pero en todo lo demás eran muy parecidos.

—Lo decidí en el último momento —le expliqué—. Quiero que conozcas a alguien —dije señalando hacía Oliver—. Oliver este es mi tío Damon, el hermano de mi madre —los presenté.

Vi como Oliver se sorprendía, nunca le había dicho que mi madre tuviera un hermano y mucho menos que viviera tan cerca de mí.

—Encantado —le dijo a mi tío mientras le ofrecía la mano educadamente.

—Igualmente Oliver —le contestó Damon radiante por verme, normalmente era él quien hacía las visitas a casa, el parque había sido el lugar de mi infancia, pero desde que había comenzado a hacerme mayor lo visitaba cada vez con menos frecuencia, ocupada en salir con mis amigos.

Damon sonreía amable pero entonces pareció recordar algo porque su cara se puso muy seria.

—Señorita, ¿vosotros dos no teníais clase hoy? — preguntó con el ceño fruncido.

—Papá lo sabe —le respondí, eso era lo único que calmaría su preocupación.

—En ese caso todo perfecto —me concedió tal y como yo había supuesto—. Por qué no vas a enseñarle a Oliver todo esto, mientras, yo prepararé un poco de té y miraré a ver si queda algo de tarta de manzana en la cocina —se rió complacido cuando vio mi cara de felicidad ante la idea de zamparme una porción de su deliciosa tarta.

—Eso sería perfecto, tío —le agradecí que me diera libertad para enseñarle el lugar a Oliver y que pudiéramos así, hablar libremente.

Tomé su mano y me adentré en el parque, dejando atrás la figura de mi tío, parada al lado de su casa de guarda.

—Aquí fue donde vivió mi madre hasta que se casó con mi padre. Y aquí es donde mi padre y mi tío esparcieron sus cenizas cuando murió —le expliqué a Oliver emocionada.

—Entiendo que sea un lugar especial para ti, gracias por compartirlo conmigo —me susurró mientras se inclinaba y me daba un suave beso en la frente.

Paseamos de la mano y le mostré los lugares más importantes para mí, le conté cómo había sido mi niñez entre especies de plantas protegidas, conejos y demás animalitos que convivían en paz en aquel mágico lugar. Una hora después regresábamos a casa de Damon con las pilas recargadas y la sensación de estar más cerca de mi madre de lo que había estado en mucho tiempo. Sentir que me abrazaba aunque fuera en sueños, había conseguido que hacer este pequeño viaje se convirtiera en una necesidad para mí, quería que ella conociera a Oliver, pero como eso era imposible, opté porque él la conociera a ella.

Mi tío se quedó impresionado con Oliver, le hizo varias preguntas comprometidas para ver cómo reaccionaba, pero se encontró con respuestas serias y templadas propias de un chico maduro y responsable. Me reí internamente, puede que Oliver aparentara solo dieciocho años, pero tenía

muchos más, su madurez estaba más que probada.

Cuando llegó la hora de marcharse, Oliver me abordó con mucho tacto.

—Bueno cariño, has conducido tú al venir, y yo he estado lo suficientemente atento como para poder regresar conduciendo yo mismo sin problemas. Seguro que estás cansada, no hemos parado de andar...

Me eché a reír, ¿de verdad conducía tan mal? No era algo para tomarse a risa que tu novio temiera que pudiera sucederle algo si eras tú quien estaba al volante, o que tu padre no se fiara de que acabaras destrozando su querido *Bentley* de importación, pero la cara de Oliver era tan cómica mientras trataba de decirme lo que pensaba sin herir mis sentimientos, que no pude más que sonreír y aceptar su propuesta. En realidad y aunque lo negaría todas las veces que hiciera falta ante él, si que estaba cansada, agotada más bien.

Me despedí de mi tío, después de prometerle que volveríamos muy pronto. Damon era un hombre solitario, nunca se había casado y aunque era una elección propia, pensé que debía de ser duro vivir solo tanto tiempo y tan aislado de la gente, la casa más cercana estaba a cuarenta y cinco minutos en coche.



Capítulo 21

El jueves pasó rápidamente y finalmente llegó el viernes, día en que habíamos quedado con Marc y con Andrea, esa era la parte agradable del día, la parte desagradable era que ya no podía eludir más la llamada que tenía que hacerle a Gabriel.

Por eso, cuando a mediodía terminaron las clases, cogí el teléfono de la cocina y llamé a Gabriel que contestó antes del tercer tono.

—Hola pequeña —me saludó eufórico—. Creí que te habías arrepentido y que no ibas a llamarme ya —comentó.

—Lo siento, ayer se me complicó, ¿podrías venir ahora a casa? Mi padre tiene claustro de profesores y no vendrá hasta más tarde, así que podremos hablar tranquilamente.

—Por supuesto. Dame cinco minutos y estaré allí —sin siquiera despedirse colgó.

Puntual como un reloj llamaron a la puerta. Fui a abrir con las piernas temblorosas y la garganta seca.

—Pasa por favor —le señale el interior del salón. Entró con actitud resuelta.

—Gracias. Tú dirás, pequeña ¿para qué te soy útil? —preguntó con una amabilidad sin artificios que me pilló desprevenida.

—Tengo algo que ofrecerte. Un trato —le respondí con la voz firme, al contrario que mis rodillas que se estaban esforzando al máximo por

sostenerme.

—¿Y cuándo ha sucedido este cambio de papeles?, hasta donde yo sé el que ofrece los pactos soy yo —su amabilidad inicial se había evaporado.

—Rachel me dijo que podías ser razonable —le expliqué—, pero veo que no te conoce tanto como cree.

—Rachel se equivoca en muchas cosas ¿qué más te dijo de mí? —me sorprendió ver por primera vez desde que le conocía, un interés real en sus ojos pardos.

—Rachel me dijo que no eras tan horrible como querías hacer creer, que me escucharías y terminarías por aceptar mi propuesta —le respondí. Siguió fingiendo desinterés en lo que tenía que contarle.

—¿De verdad creías que me importaba algo lo que ella diga o piense? No es nada en mi vida, es menos que eso —pero la firmeza de su voz había desaparecido y en su lugar solo encontré desilusión.

—Sé que te importa —aseveré tenaz.

—Eres tan inocente, ¡me encantará tenerte a mi lado!

—No estoy dispuesta a aceptar sin poner mis propias condiciones.

—¡Vaya! ¡Qué sorpresa! ¡El pastelito muerde! —se burló. ¿Y cuáles son esas condiciones de las que tanto alardeas pequeña?

—Primero, te vas a mantener alejado de todas las personas que me importan —le exigí—. Y segunda y más importante, tienes que romper tu trato con Oliver, le vas a dejar libre para que pueda elegir su camino —en este punto no había lugar a las negociaciones, era mi petición principal. Sabía que era él quien tenía la sartén por el mango pero yo no iba a recular, me quedaba la baza de la codicia, yo era lo que él quería a toda costa. Su pasaporte al éxito.

—Puedo mantenerme alejado de tus amigos, en eso no hay problema...

—No he dicho mis amigos —le corté impaciente. Al parecer las palabras que usara eran cruciales para este tipo de tratos—, he dicho todas las personas que me importan, lo que casi viene a decir que abandones la ciudad, para siempre.

—Y tú conmigo querida, pero ese no es el punto. El punto es que no puedo dejar libre a Fausto, ya no me pertenece. Yo solo recolecto almas, no las poseo, soy un simple peón, y es ahí donde entras tú, para que yo suba un

escaloncito más —su sonrisa hacía juego con sus ojos de gato. Hasta me pareció ver que tenía los caninos más afilados de lo normal—. Seguramente, si aceptas ser mi discípula, podamos acceder a los documentos que tanto deseas, pero eso sería después... Primero vas a tener que firmar, estoy atado de manos hasta que lo hagas —se lamentó.

—Entonces no me sirves para nada y por lo tanto no vas a tenerme —le expuse con la cabeza bien alta.

—No voy a arriesgar mi pellejo por él. Tú estás loca querida —dijo con la mirada llena de ira. Era consciente que no iba a transigir en ese punto.

—Pues entonces no hay trato —dije dispuesta a llevarlo al límite.

—Debe haber alguna otra cosa que quieras —comentó zalamero. Su actitud volvía a ser amistosa pero en sus ojos se vislumbraba la rabia que sentía.

—No la hay —terminé la conversación dispuesta a darme la vuelta y a abrirle la puerta para que se fuera.

—Está bien —dijo mientras me sujetaba con delicadeza del brazo—. Prepararé el documento y en cuanto firmes cumpliré mi palabra —parecía tan sincero que me eché a reír.

—¿Realmente me ves tan ingenua o solo estabas probando suerte? —le pregunté alzando una ceja.

—Las dos cosas —confesó—. Eres realmente divertida pequeña. Está bien, te traeré el documento y entonces firmarás. Haré que los abogados lo vayan redactando, para que todo sea más rápido —comentó con total naturalidad, como si no estuviera hablando de vender mi alma inmortal.

—¿Los abogados? —pregunté sorprendida.

—Claro pequeña. ¿Quieres que sea legal, no?

—Y eso me recuerda otra cosa, quiero algo que certifique que el documento que traes es el verdadero y no una falsificación —sus ojos volvieron a brillar risueños.

—¿Por quién me has tomado? —preguntó fingiéndose el ofendido. No pude evitar reírme y pensar que era una lástima que fuera un demonio, si hubiera sido un chico normal, me hubiera caído realmente bien, era inteligente, divertido, amable y absolutamente encantador. Si no hubiera conocido al Mefisto que había detrás, habría podido entender a Rachel—.

Dame un par de días, probablemente el domingo lo tenga todo listo. Te llamaré entonces. ¡Disfruta de tus últimos momentos de libertad! —me aconsejó pensativo.

—Mientras tanto, mantente alejado de ellos —le exigí, ante su mirada sorprendida.

—Realmente eres una cajita de sorpresas. Haré lo que pueda, querida. Aunque no puedo prometerte nada —concedió sardónico ante mi atrevimiento.

Cuando Mefisto se marchó, me levanté del sofá y me dirigí como una autómatas a la cocina, necesitaba moverme, hacer algo que consiguiera hacerme olvidar lo que acababa de hacer. Siempre había sabido que mi vida iba a ser corta, pero esto era otra cosa. Con el pacto iba a conseguir la inmortalidad, al menos en el sentido de que ni el tiempo ni las enfermedades me afectarían, pero de nada me servía si Oliver no iba a estar conmigo.

De nada me servía si me alejaba de las personas a las que amaba, y bajo ningún concepto podía quedarme en Armony, tenía que alejar a Gabriel de aquí, de la gente que me importaba, de la única vida que había conocido. Mi padre iba a quedarse destrozado, él siempre había albergado la esperanza de que mi enfermedad me permitiera vivir más tiempo que a mi madre.

Una vez en la cocina, no pude contener más las lágrimas que me picaban en los ojos. Me enfadé conmigo misma por mostrarme débil y llorosa. Tenía que ser fuerte, porque las dificultades no habían hecho más que comenzar.

Eran las seis cuando Oliver pasó a recogerme, llamó al timbre una sola vez. Estaba terminando de arreglarme con la música puesta y cantando a todo grito cuando escuché que llamaban, pero como no había nadie más que yo en casa tuve que bajar a abrirle la puerta, descalza y con un ojo pintado y el otro no.

—¡Pasa! —le pedí casi sin mirarlo, dispuesta a subir a mi cuarto y terminar con el maquillaje.

—Espera, ¿dónde está mi beso? —me preguntó con voz risueña. Cuando me giré a mirarle, arqueó una ceja divertido—. ¿Y eso? ¿Qué es la nueva moda en maquillaje? Pues te confieso que soy bastante anticuado para estas cosas, porque reconozco que me gustaba más cuando las mujeres se pintaban los dos ojos.

—Muy gracioso, es que no he tenido tiempo de pintarme y he tenido que bajar a abrirte y... —cortó mi perorata con un beso. Antes de que pudiera decir nada más me atrajo hasta su cuerpo y me besó.

—Estás preciosa, siempre lo estás —sentí que las piernas se me volvían de gelatina y me maravillé de estar aún en pie, la dulzura con la que me había hablado era más importante que las palabras en sí. Subí sonriendo como una boba mientras iba a mi cuarto a pintarme el dichoso ojo.



Los amigos de Dani, resultaron ser muy agradables y entretenidos. No eran la clase de personas con las que había tratado los últimos años en el instituto, así que no sabía muy bien qué me iba a encontrar cuando Danielle me anunció que habían organizado una salida conjunta, pero ahora me alegraba de no haber puesto pegas.

A Marc era al único que conocía un poco más, ya que era asiduo a las fiestas que organizaba en su casa cada vez que su madre se largaba con un nuevo novio. No obstante, el Marc de entonces distaba mucho del Marc que estaba viendo en esos momentos. Pendiente de Andrea, la mejor amiga de Dani y con la sonrisa permanente. Yo recordaba al rebelde que había sido. Al chico problemático cuyas celebraciones siempre terminaban porque aparecía la policía alertada por los vecinos que sufrían desperfectos en sus vehículos o que no podían dormir por el ruido ensordecedor de la música.

La conversación era de lo más interesante, las chicas hablaban sin parar, contando anécdotas realmente graciosas sobre su pasado común. Era fascinante verlas juntas, se notaba que su amistad era profunda y verdadera, Andrea se ganó mi afecto en cuanto noté el cariño sincero con el que trataba a Danielle.

—¿Te acuerdas de aquella vez que Theresa robó un pintalabios en la tienda del señor Ferrars y para que no la pillaran fingiste un desmayo? El pobre señor Ferrars llamó a la ambulancia y a tu padre en cero coma dos segundos, temeroso que te hubiera sucedido algo grave... —contó Andrea

riendo de buena gana.

—No te rías —la regañó Danielle—, bastante mal lo pasamos cuando tuvimos que explicarle a mi padre la verdad —comentó con la culpa presente en sus preciosos ojos azules.

—Y tu padre no solo no nos castigó, sino que se echó a reír y nos dijo que eras una actriz consumada. Casi le dio un ataque cuando te vio en la camilla de la ambulancia. El pobre siempre nos ha cubierto las espaldas.

—Tu padre es un buen hombre —comentó Marc—, aunque sea un profesor de instituto.

Me reí, era fácil sonreír entre esta gente. No había dobleces ni mentiras entre ellos, me pregunté cómo hubiese sido mi vida si hubiese nacido en esta época. Seguramente sería como la de ellos, tendría una familia normal y tendría una vida tranquila, e Isabella seguiría con vida, ahora las mujeres tenían más libertad, una libertad que habían conseguido con años de lucha y muchos sacrificios.

—Tío, ¿estás bien? —me preguntó Marc, mientras Andrea y Dani seguían recordando sus historias. Me había perdido en mis propios pensamientos y solo había regresado de ellos cuando la voz de Marc me sacó de allí de un plumazo.

—Sí, muy bien —le respondí con una sonrisa franca.

—Ya sabes como son las mujeres, en cuanto se juntan no hay forma de hacerlas callar —bromeó lo suficientemente alto como para que las chicas se callaran de golpe y se le quedaran mirando con cara de pocos amigos—. Aunque eso sí, si metes la pata te pillan seguro —siguió con su broma mientras miraba a Andrea con cara de niño bueno.

La noche siguió del mismo modo, entre bromas y buenas vibraciones, hasta fui capaz por unas horas de olvidarme de los problemas que había acumulado en mi dilatada existencia, de Mefisto y de la decisión que había tomado de volver a ser el Fausto que dejé en Florencia tras la muerte de mi hermana.



—Danielle, ¿puedo hablar contigo un momento? —me preguntó Marc cuando ya abandonábamos el restaurante. Vi que Andrea no parecía ni sorprendida ni molesta y supe que fuera lo que fuera lo que quisiera decirme, ella ya lo sabía.

—Por supuesto, Marc —le contesté mientras miraba a Oliver que sonrió amablemente y se alejó charlando animadamente con mi amiga.

—Verás Dani, lo que quiero decirte no es fácil, en realidad sé que no tengo derecho a pedirte lo que voy a pedirte, pero es que la situación se vuelve más delicada por momentos.

— ¿Qué sucede? —pregunté cada vez más nerviosa.

—Se trata de Samuel y de su nueva actitud. Ya no se trata solo de los profesores, ahora es cruel con todo el mundo. Se ha hecho amigo de Gabriel, el tutor de Oliver. Sé que le conociste en mi fiesta, pero ahora que sales con Oliver probablemente le conozcas más... Verás, Gabriel no es una buena influencia, lo sé con conocimiento de causa, ¡créeme! —me abstuve de preguntar la razón por la que estaba tan seguro de lo que decía, me callé porque intuí que era por algo relacionado con su madre y yo sabía lo violento que se sentía cuando alguien abordaba el tema de su progenitora.

—Yo también lo sé y aunque no puedo decirte nada más, tienes que creerme. Las cosas van a cambiar. Gabriel no va a volver a molestar a Samuel, yo me encargaré de ello. Te lo prometo —le dije con profunda convicción.

—No, Dani, no te metas con Gabriel o saldrás perdiendo —me aconsejó—. Lo que quería pedirte, es que hablaras con Samuel, está dolido, aunque sé que a ti te escuchará. Él todavía siente algo muy fuerte por ti.

—Ya lo he intentado Marc —le confesé. Contándole nuestro encuentro en el pasillo y su actitud desangelada.

—Intenta volver a hablar con él —me pidió, afligido por ponerme en esa incómoda situación—. Si esta vez no funciona, no te pediré que lo vuelvas a hacer. Pero es nuestro amigo y tenemos que quemar todas las naves antes de rendirnos definitivamente.

—Te lo prometo —le dije sinceramente.

Al día siguiente por la mañana, quemaría mi última nave con Samuel. Recé para que no fuera una misión suicida.



Capítulo 22

El viernes me había acostado más tarde que de costumbre, así que el sábado por la mañana se me pegaron las sábanas y cuando me di cuenta de la hora, eran pasadas las diez y media de la mañana. Me levanté de un saltó y me metí bajo la ducha, el agua caliente, casi hirviendo, enrojeció mi piel, relajó mis músculos y limpió mi mente de los nefastos pensamientos que me acosaban. La idea de hablar con Samuel nuevamente me había estado incordiando durante toda la noche, pero se lo había prometido a Marc e iba a cumplir mi promesa. Era consciente que al día siguiente, cuando Gabriel aceptara mis condiciones ya no sería necesario. Para bien o para mal, el desenlace estaba muy cerca.

Cuando bajé a desayunar, mis ánimos habían mejorado un poco. Me encontré con mi padre trasteando en la cocina.

—¿Ya estás haciendo la comida? —le pregunté sorprendida por lo temprano que era.

—En realidad estoy haciendo un experimento —me confesó sonrojándose—. Quedan menos de dos semanas para tu cumpleaños y este año he decidido hacerte yo mismo la tarta —me explicó feliz ante el nuevo plan.

—¡Perfecto! —exclamé sin mucho entusiasmo, menos mal que yo tenía buena mano para la cocina, porque mi padre, a parte de ensaladas y pasta, era incapaz de cocinar nada más que fuera más o menos comestible, así que la idea que me hiciera una tarta era cualquier cosa, menos interesante.

—Sabía que te gustaría la idea —aplaudió—, ¿a dónde vas?

—Voy a casa de Samuel, hace mucho que no hablamos —le dije, eludiendo la otra parte de la historia, aunque lo que dije era verdad.

—Muy bien cariño, saluda a Anne y a Phil de mi parte, hace mucho que no los veo —me dijo mientras volvía a hundir las manos en la masa de la tarta contra la que estaba atentando.

Sonreí pensando en lo poco comestible que se veía y salí de casa dispuesta a cumplir con mi promesa.

No tuve que andar mucho, a escasos veinte metros de mi casa, estaba la vivienda de Samuel y sus padres. Me acerqué preocupada porque no sabía cómo se iban a tomar mi visita.

Llamé a la puerta y esperé a que me abrieran, segundos después una mujer rubia con el pelo corto y una sonrisa perfecta, me hacía entrar en su casa con sinceras muestras de alegría y de afecto.

—¡Danielle, cuánto me alegro de verte! Phil, cariño —llamó a voz en grito—, mira quién ha venido —su marido asomó la nariz por la puerta del salón y pareció respirar tranquilo cuando vio que solo era yo. Conocía lo suficiente a Anne como para entender el temor del padre de Samuel, era una mujer que desbordaba vitalidad, era evidente que recibía a todo el mundo con el mismo entusiasmo. Así que Phil ya había escuchado esas mismas palabras en más de una ocasión con resultados menos positivos.

—Danielle, me alegro de verte —me dijo con una sonrisa sincera, me alegré de formar parte de las visitas a las que no consideraba un incordio—. ¿Todo bien? —preguntó como si nada, aunque yo sabía que la pregunta era mucho más significativa.

—Bastante bien —les dije restándole importancia al enfado entre su hijo y yo—. En realidad he venido para hablar con Samuel, hace mucho que no charlamos ¿está en casa?

—En su dormitorio, ya sabes donde está, probablemente enfrascado en algún nuevo videojuego —me sonrió Anne—. Os dejaremos tranquilos para que habléis de vuestras cosas, Phil y yo vamos al centro de compras —explicó encantada, mientras a su lado, su marido palidecía al pensar en pasarse la mañana detrás de su esposa de tienda en tienda.

Subí a la primera planta riendo en voz baja al recordar la cara de alarma

del pobre hombre. Al pararme frente a la puerta cerrada de Samuel, volví a sentirme nerviosa, temía la reacción de mi amigo, pero sobre todo, me preocupaba que me gritara o me echara de allí y que sus padres comprendieran que les había mentado cuando les dije que solo era un pequeño enfado que pasaría.

Llamé suavemente, Samuel gritó desde dentro.

—Pasa, mamá.

Abrí despacio la puerta y me encontré a mi antiguo mejor amigo jugando tranquilamente con la *Wii*. Ni siquiera notó mi presencia, estaba demasiado concentrado derribando bolos.

Tuve que toser dos veces, para que se diera cuenta de mi aparición, se quedó totalmente alucinado, sin duda su cara decía que ni en mil años se le habría ocurrido imaginar que yo estaría otra vez en su dormitorio, después de lo que había sucedido entre nosotros.

—¿Qué haces aquí? —me preguntó en un tono que despejó mis dudas respecto a la bienvenida que iba a recibir.

Enfadada como nunca antes lo había estado, le respondí buscando molestarle.

—Cumplir una promesa —mi voz fue fría y distante.

—¿De qué hablas? —me preguntó con una expresión de perplejidad en el rostro.

—Marc me pidió que charlara contigo, está preocupado por ti, te estás comportado de un modo extraño. El pobre pensaba que querías hablar conmigo y que quizás a mí me explicarías por qué estás haciendo lo que haces. Pero ya le dije que se equivocaba —le expliqué con la cabeza bien alta y la espalda tan recta que parecía que tuviera un palo de escoba pegada a ella.

—¿Por eso has venido? ¿Porque Marc te lo ha pedido? —la decepción brillaba nítida en sus ojos azules.

—Por eso y por que eres mi amigo. O al menos lo eras... No hace mucho, eras mi mejor amigo. Quería saber que estabas bien —le respondí volviendo a usar un tono más dulce y cercano.

Su expresión fue cambiando lentamente en su cara, primero sorpresa, después alivio y finalmente culpa.

—¿Todavía te importa lo que me pase? —no contesté porque sabía que la

pregunta no iba dirigida a mí —, no lo esperaba, sobre todo después de cómo te trate el otro día cuando intentaste hablar conmigo.

—Claro que sí, una parte de todo lo que ha pasado es culpa mía — comenté apenada y avergonzada al reconocerlo.

—No es cierto —rechazó la idea con la mano—, yo nunca debí presionarte. Tendría que haber sido más comprensivo. Siempre había sido evidente que entre Oliver y tú había algo extraño. Eras la única persona del instituto a la que ignoraba tan descaradamente. Y tu animadversión por él tampoco era normal. Creí que tú terminarías por sentir lo mismo que siento... que sentía yo. Me equivoqué —confesó con los ojos vidriosos. Poco a poco mientras hablábamos se había ido acercando a mí, ahora estábamos frente a frente. Podía ver las tenues pecas que salpicaban su nariz.

—Siempre te he querido, pero de una forma diferente —le confesé sin apartar mis ojos de los suyos, pude ver que no había dolor en su mirada, solo una profunda decepción—. Quiero que me prometas que vas a volver a ser tú. Que vas a dejar de ver a Gabriel, no es alguien en quien se pueda confiar — lamenté íntimamente no poder decirle más. Pero era un secreto demasiado amplio que abarcaba a muchas personas y yo no podía decir nada sin exponerlos a todos.

—Te lo prometo.

—No rompas nunca tu promesa. Hazlo por mí —le pedí conteniendo las lágrimas en el nudo que tenía en la garganta.

—Hablas como si no fueras a estar aquí para comprobarlo —comentó perspicaz. Su mirada se clavó en la mía de la misma forma que lo hacía la de Anne cuando quería adivinar qué era lo que no le contaba. Lo que callaba solo para mí.

—Bueno sabes que no voy a estar aquí siempre —la referencia a mi enfermedad era la forma perfecta de evitar que Samuel comprendiera la verdad, que había algo que no decía. Al fin y al cabo era cierto que realmente no estaba mintiendo.

—No digas esas cosas —me pidió, y noté el profundo dolor que escondía su voz.

Cuando regresé a mi casa a mediodía, ya había resuelto mis desavenencias con mi amigo. Una parte de mi cometido estaba cumplida,

pero quedaba lo más difícil, despedirme de ellos, por si las cosas finalmente no salían como Rachel había previsto.



Eran poco más de las cinco cuando me presenté en casa de Danielle, fue John quien me abrió la puerta otra vez, me alegró ver que estaba con Damon, el tío de Dani me había caído muy bien. El miércoles, cuando ella me lo presentó en el parque donde vivía y trabajaba, me pareció una persona demasiado jovial para vivir tan solo, decidí que seguramente él también tenía su propia historia.

—Hola Oliver —me saludó John, dándome una palmadita en el hombro —, parece que ya conoces a mi cuñado Damon —sentenció. Era evidente que los dos ya se habían puesto al día sobre mí.

—Sí —aseveré—. Hola Damon, ¿qué tal todo? —pregunté cortés.

—Todo bien ahora que me he informado de que eres un chico normal y no el macarra que pareces —me eché a reír sinceramente. Mi primera apreciación había sido correcta, el motivo por el que estaba allí, además de para ver a su familia, era para comprobar que John sabía que Dani salía conmigo. Aún seguía riendo cuando la voz de Danielle sonó detrás de mí.

—¡Dejadle en paz! —les advirtió—. O sino tendréis que véroslas conmigo —amonestó ella, entre seria y divertida.

Me giré para saludarla, pero las palabras se quedaron atascadas en la garganta. Llevaba su hermoso cabello suelto, y la misma falda con la que la vi el día que fue al cine con Samuel. Remataba su atuendo, un jersey negro ceñido a juego con sus botas hasta la rodilla. Aparté la mirada de sus interminables piernas y la miré a los ojos, me sorprendió verla ruborizada. Danielle era la persona más increíble que había conocido nunca. Era por ella y solo por ella, por lo que valía la pena romper mi promesa y olvidarme de mis principios.

—Estás preciosa —la frase se escapó de mis labios, no porque no lo pensara, sino porque inmediatamente después me sentí incómodo al

pronunciarla delante de un público tan poco entusiasta como eran el padre y el tío de mi novia. Mi novia, pensé. Por fin me había atrevido a usar la palabra, aunque fuera para mí mismo.

—Gracias —dijo ella, evitando mirarme—. ¿Nos vamos? —me preguntó al instante, tan ansiosa como yo por alejarse de allí. Cada uno por diversos motivos.

—Claro —recorrí los escasos pasos que nos separaban y la tomé de la mano para salir. Necesitaba su constante contacto. Cuando no estaba cerca de mí, sentía que me faltaba una parte. Notaba un nudo que aprisionaba mi garganta cuando de madrugada despertaba de las pesadillas en las que la perdía. El ángel de la muerte o Mefisto eran los encargados de alejarla de mí. La apreté contra mi costado, anhelando sentir su calor.

Salimos de allí, mientras escuchábamos las recomendaciones de los dos hombres. No corráis, cuidado con el alcohol... Si hubieran sabido lo mucho que estimaba mi vida y la de Danielle, hubieran entendido lo absurdas que sonaban sus palabras en mis oídos.

—¿Dónde quieres ir? —le pregunté en cuanto arranqué el coche.

—Creo que lo mejor sería que fuéramos a tu casa —su comentario me dejó confuso, no había ningún interés velado en sus palabras. Más bien parecía asustada, incluso perturbada. Imaginé que estaba preocupada por Gabriel, pero a tenor de su actitud los dos últimos días, parecía dispuesto a aceptar mi proposición. Ya que no había vuelto a molestarla ni a ella ni a sus amigos. De hecho había desaparecido de casa, desde el viernes no había vuelto a verlo.

—A mi casa entonces —respondí como si no me hubiera dado cuenta de la preocupación que empañaba su mirada.

—Te quiero, Oliver —dijo repentinamente. Y se lanzó a mis brazos en busca de consuelo. Aún no nos habíamos movido de la puerta de su casa y seguramente su padre y su tío estarían mirando por la ventana cada uno de nuestros movimientos, pero a Danielle no parecía importarle y a mí mucho menos, lo único que me importaba era saber por qué estaba tan decaída.

Sentí un acostumbrado escalofrío que me recorrió el cuerpo, un escalofrío que hizo que mi organismo se pusiera en alerta, que mis sentidos se afilaran para que pudiera notar que los sentimientos que invadían a Danielle eran cada

vez más potentes y desesperados.

—Yo también te quiero —le dije con el corazón acelerado. Algo iba mal. Danielle lloraba silenciosa, podía notar la humedad de sus lágrimas en mi hombro—. ¿Qué pasa, preciosa? —le pregunté mientras le acariciaba el cabello.

—Vamos a tu casa, allí hablaremos —dijo separándose de mí y volviendo a su asiento. Se pasó con disimulo la mano por las mejillas para secar sus lágrimas—. Seguro que en este momento mi padre y el tío Damon se están peleando entre ellos, decidiendo si venir a ver qué pasa o no. Mi padre dirá que lo mejor es que arreglemos nuestros asuntos solos y mi tío estará intentando convencerle de que tienen que intervenir.

—¿Tú crees? —bromeé intentando borrar de mi mente los funestos pensamientos que la invadían.

—Estoy segura —confirmó con la sonrisa triste.

Tuve que hacer un esfuerzo sobrehumano para apartar la mirada de ella y salir del aparcamiento. No dudaba que lo que había dicho fuese cierto, que su padre y su tío estuvieran planteándose venir a nuestro encuentro, pero en ese instante todo me importaba un pimiento. Todo menos Danielle, y no me sentía con la fuerza necesaria para esperar, necesitaba conocer sus desvelos en ese mismo momento.

En menos de cinco minutos nos encontramos frente a la puerta de mi casa, había conducido como nunca antes lo había hecho. Lo último en lo que pensaba era en la seguridad de mi cuerpo.



Capítulo 23

Quería estar con él por última vez, por si nuestro plan no salía bien. Rachel parecía convencida del valor de las palabras, pero yo no estaba tan segura de su efectividad.

Necesitaba que Oliver supiera la verdad de mis labios, para que si las cosas se torcían quedara libre de toda culpa. Ya había cargado con suficientes culpas como para cien vidas más. No quería que se sintiera responsable como se había sentido con Isabella.

Si finalmente tenía que marcharme, se merecía saber que la elección había sido mía, libre y consciente de mis actos y que él no tenía ninguna responsabilidad en ellos.

Llegamos a su casa con tanta rapidez que estoy segura que en ningún momento durante el trayecto pisó el freno.

Se le veía tenso y su incomodidad me hacía sentir fatal. Porque era consciente que cuando supiera lo que había hecho se sentiría peor, incluso intentaría hacerme cambiar de idea.

—Vamos arriba —me dijo cuando entramos en casa. Sin darme tiempo a quitarme la chaqueta, me tomó de la mano y me arrastró escaleras arriba. Sus dedos se aferraron a mí con fuerza. La calidez que desprendía su mano en la mía me hacía sentir bien. Segura...

—Cuéntamelo —me pidió una vez que estuvimos dentro. Había sido cauto y no había dicho nada hasta llegar a su dormitorio, pero yo sabía que no

era necesario. Gabriel se había ido y no volvería hasta el día siguiente, con los documentos que harían de mí una persona diferente. Fuera cual fuera el resultado, yo iba a dejar de ser la misma chica que era en ese mismo instante.

—Le he pedido ayuda a Rachel para solucionar esto —le confesé sin apenas respirar—. Ella me aconsejó que jugara esta partida con mis propias reglas, así que el viernes cité a Gabriel en mi casa y le ofrecí mi alma a cambio de la tuya y de que se mantuviera alejado de las personas que me importan —vi la tensión en la cara de Oliver, e incluso creí escuchar el sonido de sus dientes apretarse fuertemente.

—¿Qué te dijo Gabriel? —preguntó intentando contener su ira o al menos limitarla a los puños que mantenía fuertemente cerrados a sus costados.

—Por supuesto aceptó. Me dijo que el domingo volvería con los documentos que te devolverían la libertad —le expliqué cada vez más confusa. ¿Ahora se ponía a reír? Su risa era irónica, pero no por ello dejaba de ser una sonrisa.

—No puedo creerlo —murmuró más para sí que para mí.

—¿Qué sucede? —pregunté totalmente descolocada por sus reacciones.

—Se está burlando de nosotros, Danielle, yo le ofrecí poner mi don a su servicio, a cambio de que te dejara en paz, y me dijo que se lo pensaría... Ha estado jugando con nosotros, y mientras yo realmente creía que lo iba a pensar, pactó contigo.

—No puedes hacerlo Oliver. Prométeme que no lo harás —le rogué nerviosa. No podía hacerlo, si se doblaba ante Gabriel se odiaría toda la vida y su vida era demasiado larga para pasarla en semejante estado.

—No puedo hacer eso, Dani, no puedo apartarme y ver como tú te enfrentas a él sola. ¿Es que acaso no lo entiendes? Estoy dispuesto a hacer lo que haga falta para mantenerte a salvo. Tú eres lo más importante. No quiero recuperar mi alma si con ello te pierdo a ti. No me sirve un alma si no es para amarte.

—No sabemos si va a funcionar —intenté explicarle—. Rachel dice que las palabras son lo más importante. Que si formulo la petición correctamente podremos engañarle —se notaba en mi voz que yo tampoco las tenía todas conmigo, no es que dudara de la buena fe de Rachel, sino más bien se trataba que sabía de qué era capaz Gabriel. Y no me parecía un estúpido que se

dejara engañar por una adolescente.

—Danielle —murmuró Oliver con los ojos febriles.



Sentí que la cabeza me iba a estallar y al mismo tiempo estaba dispuesto a destrozar algo a puñetazos. Me dolían las manos de tanto apretarlas en puños. Respiré varias veces, intentando controlar la ira que me embargaba.

Danielle era tan cándida, ¿de verdad creía que tenía alguna oportunidad contra Mefisto?

No supe si reír o llorar. Dejé de escuchar lo que Dani me contaba y me concentré en un solo pensamiento: no puedo perderla tan pronto...

—Danielle —la llamé. Estaba tan desesperado que no podía pensar con claridad y una parte de mi agradecía no poder hacerlo. Me planté frente a ella en una sola zancada y la aprisioné en mis brazos. Mis labios buscaron su boca y sentí un escalofrío de placer recorrerme la espina dorsal cuando escuché el gemido que profirió. Todo se tiñó de oscuridad, cerré los ojos, incapaz de ver nada y dejé que mis manos y mis labios fueran mi visión. Me sentía posesivo, ella era mía y no iba a perderla, al igual que Orfeo, yo también estaba dispuesto a descender al mismísimo infierno con tal de rescatarla.

Mis manos se adueñaron de su cálido cuerpo, la pegué a mí y la tumbé sobre la cama. Danielle era confiada, se entregaba sin reservas y yo me prometí nuevamente ser digno de ella.

El silencio fue roto por nuestras respiraciones acompasadas. Durante unos minutos creí poder tocar el cielo, hasta que volví a la realidad y recordé que ese destino estaba vetado para mí.



Capítulo 24

Abrí los ojos todavía con el recuerdo de mi sueño en la cabeza. En él, Dani y yo estábamos tumbados en el sofá peleándonos entre risas por hacernos con el poder absoluto, el mando de la televisión. Ella se tumbaba prácticamente sobre mí, intentando llegar hasta él, pero yo era bastante más alto que ella y mi brazo por tanto también, así que por mucho que se estiraba nunca llegaba a cogerlo. Seguíamos riendo, pero entonces sonó el timbre de la puerta, insistente e incansable. Fuera quien fuera la persona que estaba en el umbral, estaba decidida a entrar. Entonces volví a escuchar el sonido y supe esta vez estaba despierto. Me levanté de la cama y me vestí en unos segundos, bajé las escaleras descalzo para no hacer ruido y no molestar a Danielle que dormía plácidamente.

Abrí la puerta consciente que la persona que estaba al otro lado era Céline o Rachel, como se hacía llamar ahora, puesto que no emanaba ningún sentimiento de ella. Normalmente las personas sentían grandes pasiones a las que mi don interceptaba como una antena parabólica gigantesca. Los sentimientos que percibía iban del amor al odio, pasando por otros estados más comunes como el hambre, el sueño, la tristeza, el aburrimiento...

Si bien los primeros son los que solían regir a la humanidad, los otros eran los más comunes.

Con Céline era diferente. Nunca había sentido nada que emanara de ella. Nunca desde esa noche de agosto en el laberinto. La pasión que la había

embargado y que yo había sentido a pesar de mi embriaguez, había desaparecido junto con la claridad de la mañana.

Abrí la puerta y tal y como había adivinado, ella estaba frente a mí, con el mismo cabello negro y sus mismos ojos transparentes e inexpresivos, aunque a diferencia de aquellos años en los que iba a ser mi cuñada, su rostro estaba vacío y glacial. Recordé a la Céline que siempre me había perturbado. La joven que miraba todo lo que la rodeaba interesada y perspicaz, y me pregunté qué había hecho el tiempo y Mefistófeles con nosotros.

¿Había sido Céline un ángel desde siempre? O al igual que a mi su trato con Mefisto le había cambiado la vida. ¿Añoraba su antigua vida tanto como lo hacía yo? Una vida en la que todavía podía elegir... Sentí la tentación de preguntarle, pero me reprimí. Mi curiosidad no importaba, lo que realmente importaba era proteger a Danielle y lamentablemente Céline, o Rachel, era mi única aliada. Irónico ¿verdad?

—Buenas noches, Fausto —me saludó con su habitual actitud distante.

—Buenas noches, Céline —le respondí apartándome para dejarla entrar en casa.

—Hace mucho tiempo que ya nadie me llama así. No me gusta —se quejó mientras pasaba a mi lado—. Por cierto —comentó como si lo que iba a decir no tuviera la más mínima importancia—, la respuesta a tu pregunta es sí —durante diez segundos me quedé parado mirándola incapaz de entender a qué se estaba refiriendo. Una lucecita se encendió en mi cerebro cuando comprendí a qué se referiría.

Archivé la información para más adelante, para cuando todo este infierno hubiera terminado y pudiera pensar libremente en ello.



Escuché murmullos abajo y me estremecí pensando que Gabriel había regresado, las luces azules del despertador de Oliver anunciaban que eran las nueve y media de la noche. Me había quedado dormida y ahora estaba hambrienta, me sentía capaz de comerme a una vaca, pero pensaba

conformarme con un bistec muy hecho.

Me vestí y bajé sigilosamente las escaleras, esperando poder escapar a la cocina sin cruzarme con él. Me había dado de plazo hasta el domingo y mientras no pasara de la medianoche, seguía siendo sábado.

Pero entonces capté una voz femenina que me resultó familiar. En ella apenas había modulación, todas sus palabras tenían la misma entonación desgana, como si fueran pronunciadas sin ningún interés.

Asomé la cabeza por la puerta del salón y vi a Oliver sentado en el taburete del piano y a Rachel sentada frente a él en el sofá. Estaban concentrados en su conversación y aún no se habían percatado de mi presencia.

Mi fijé en que los ojos de Oliver brillaban expectantes, fuera lo que fuera lo que le estaba diciendo Rachel, estaba creándole esperanzas. Media sonrisa iluminaba su amado rostro.

—Buenas noches —saludé entrando con paso firme en el salón. Oliver se levantó de un salto y me llevó de la mano, hasta el lugar en el que había estado sentado segundos antes. Agradecí el gesto, necesitaba sentir su calor, la frialdad de Rachel siempre me incomodaba.

Era evidente que estaban tramando algo en contra de Gabriel. Y a pesar de mí misma, aquel hombre me inspiraba lástima, incluso compasión. Sentía que era mucho más de lo que nos dejaba ver de sí mismo... Sus circunstancias, eran lo que le habían llevado a ser lo que era. Por lo que sabía, su vida no había sido fácil.

—Rachel ha venido a hablar contigo de mañana —me contó Oliver mientras se acercaba tanto a mí que podía sentir el latido de su corazón en mi espalda.

Entre los dos me explicaron qué tenía que hacer. Parecía un intento a la desesperada. Pretendían que engañara al mayor mentiroso de la historia, yo contra Mefistófeles y realmente creían que podía salir airoso de ello.

Tenía que hacer mi elección en ese mismo instante. Rachel se levantó y entonces vi la carpeta que había a su lado, en la que no me había fijado antes.

—No te voy a pedir nada a cambio, nosotros solo ofrecemos. Eres libre de elegir, libre para vivir tu vida como quieras. Pero si aceptas, estarás protegida de él.

—¿Por qué ahora? —pregunté entre molesta y aliviada.

—Ya no tengo la potestad para elegirte —no logré comprender la magnitud de todo lo que admitía con esas palabras.

—¿Quién lo ha hecho? —pregunté impaciente por satisfacer mi curiosidad.

—Digamos que alguien muy influyente ha abogado por ti —Rachel no iba a decir nada más, por lo que dejé de insistir en el tema.

—¿Me va a doler? ¿Necesitas sangre? —me sentí estúpida, después del dolor que había soportado a lo largo de mis diecisiete años de vida, la pregunta estaba fuera de lugar.

Rachel sonrió y había ternura en sus ojos cuando lo hizo.

—Sentirás una pequeña quemazón cuando se te marque como nuestra, la sangre no es necesaria en nuestro trato. Tranquila —me dijo, mientras apartaba su pelo y dejaba al descubierto el pequeño tatuaje que había visto en su cuello en el restaurante chino, el día que habíamos coincidido con Gabriel.

—¿Si acepto qué seré? —ese punto era el que más me preocupaba.

—Serás tú, solo que con más esperanzas de vida. Tendrás una vida larga o corta. Lo que el destino haya deparado para ti. Si eres cuidadosa, será muy, muy larga, pero deberás vivirla con rectitud y fidelidad a nuestra causa, deberás actuar con bondad y misericordia, y quizás algún día, yo te visite de nuevo y te pida ayuda con algo que necesite. Como mi discípula, tendrás la obligación de ayudarme, sea lo que sea lo que te pida —me explicó mucho más seria de lo que era habitual en ella.

—Danielle, no te lo pienses más. Es la solución perfecta. Si aceptas a Rachel, todo lo que pactes con Gabriel carecerá de valor. Firmarás un contrato vinculante para toda tu vida, el primero es el único que será legal. Podrás obligarle a otorgarte lo que le pidas —su rostro se volvió serio de repente, supe que iba a haber un pero, algo que me hiciera imposible conseguir nuestros objetivos—. Pero tienes que conseguir que no se de cuenta de lo que ha sucedido en esta habitación —me estremecí. Desde pequeña había aprendido a ocultar mis molestias, pero esto era algo totalmente diferente a ocultar los pinchazos o las taquicardias. Lo que me estaban pidiendo es que engañara a Gabriel hasta que consiguiera lo que buscaba de él, la libertad de Oliver y la de todos mis seres queridos.

—Acepto —dije por toda respuesta. Fijé la mirada en los ojos claros de Rachel y comprobé lo que ya sabía, esa chica no sentía nada. Su expresión hubiese sido la misma si me hubiese negado, nada parecía afectarla o conmoverla.

—Entonces firma esto —se limitó a decir mientras sacaba unos papeles de un sobre lacrado y de aspecto muy caro.

—Estás de broma, ¿verdad? Creía que se trataba de un pacto divino, no de un contrato de trabajo —comenté totalmente desorientada. ¿Qué narices les pasaba a los escritores y a los guionistas que se empeñaban en darnos una imagen tan absurda de los ángeles y los demonios?

—Es un pacto divino. ¿Qué hay de malo en legalizarlo para que sea concluyente en ambos planos? —preguntó sorprendida por mi reacción—. ¿Nunca habéis escuchado el dicho, «es el abogado del diablo»? Pues hemos adoptado sus mismas reglas para jugar en la misma liga. Ahora firma y todo habrá terminado —me instó impaciente, por fin había un sentimiento en su rostro tallado en hielo.

—En realidad, si firmo, no habrá hecho más que comenzar —le dije mientras tomaba el documento y la estilográfica que me tendía.

Lo cogí y en lugar de apoyarme sobre la enorme mesa del salón, lo hice sobre el piano de Oliver, me pareció mucho más apropiado para la ocasión. Estampé mi firma con pulso seguro, consciente de lo que estaba haciendo. De la elección que había hecho.

En cuanto la pluma se levantó del papel, noté un pequeño mordisco en el cuello, era la quemazón de la que Rachel me había hablado. Me llevé la mano allí y noté que la piel en esa zona estaba más caliente de lo normal y me escocía. Una pequeña rugosidad, marcaba el lugar en el que se habían estampado mis alas.

—Ya está hecho —anunció Rachel solemne—, ahora debes escucharme y hacer exactamente lo que yo te diga.

Antes que pudiera responder, Oliver se abalanzó sobre mí y me besó, por el rabillo del ojo vi a Rachel arquear una ceja perfecta.



Capítulo 25

El domingo por la mañana mi padre anunció que pensaba salir a correr y que iba a tardar bastante porque tenía intención de hacerlo en el parque natural de Armony. A pesar de la curiosidad que seguro debía sentir, se abstuvo de preguntarme sobre lo que había visto la noche anterior por la ventana del salón, cuando ejercía de espía junto a mi tío.

Me encontré por tanto con el momento perfecto para llamar a Gabriel y quedar con él. Pero tal y como habíamos quedado, antes de hacerlo me puse en contacto con Rachel y con Oliver, para que estuvieran atentos a sus movimientos. No podían esconderse en la casa, porque Gabriel notaría en seguida su presencia, la única solución era andar por los alrededores y cruzar los dedos para que todo fuera bien. El pacto divino me protegía de él, pero no de su ira si decidía tomar represalias contra mí.

Quince minutos después de mi llamada, apareció Gabriel con su acostumbrada elegancia y sus estudiados ademanes. Le permití entrar en casa con el pánico adherido a la boca del estómago:

—Buenos días, pequeña. Ya lo tengo todo resuelto —y mientras lo decía, se iba abriendo el abrigo para mostrarme que en el bolsillo interior tenía un sobre enrollado a modo de pergamino, un sobre marrón que se apresuró en sacar y en mantenerlo alejado de mí.

Divine e hijos. Abogados, rezaba en un extremo del sobre. En ese momento recordé las pinturas que adornaban el pasillo de su casa que llevaba

a los dormitorios y entendí las palabras de Oliver respecto al sentido del humor de Gabriel.

—¿Es eso? —pregunté mientras señalaba con el dedo índice de mi mano derecha el sobre que sostenía en las manos.

—¡Qué impaciente eres!

—¿Lo es? —insistí, no pensaba desistir hasta que me respondiera.

—Sí, lo es. Y yo que creía que íbamos a charlar y a intentar conocernos un poco antes de dar el gran paso —bromeó con los ojos brillando febriles por la excitación de la caza.

—Primero quiero tu promesa de que vas a mantenerte alejado para siempre, de todas las personas que me importan —le dije marcando las pausas necesarias para que se entendiera a la perfección lo que le estaba pidiendo.

—Muy bien —respondió mientras hacía un gesto con la mano, resaltando la poca importancia que tenía ese punto para él—. La tienes —me concedió.

—Dilo correctamente —le exigí. No sabía de cuánto tiempo disponía antes de que se diera cuenta de que las cosas habían cambiado. Pero a pesar de ello, tenía que conseguir que lo dijera bien.

Me miró malhumorado pero repitió la frase correctamente. Una cosa menos, pensé mientras me enfrentaba a su mirada escrutadora.

—¿Desea algo más la señorita o podemos firmar ya? —noté que empezaba a impacientarse. No esperaba encontrar ningún tipo de resistencia en mí y sin embargo ahí estaba yo, exigiéndole.

—No voy a firmar nada hasta que destruyas el contrato de Oliver —le dije muy consciente de a quién me enfrentaba.

—¿Te haces una idea de lo que he tenido que hacer para conseguir este maldito papel? —me preguntó mientras agitaba en su mano el sobre que contenía lo que en esos momentos me era máspreciado en el mundo—. ¿Sabes lo que harán si descubren lo que he hecho? No, no tienes ni idea —se respondió a sí mismo—. Vas a tener que firmar, si quieres que te lo de. Y rápido porque me estoy cansando de tanta cháchara absurda —Me advirtió en un tono frío que no deja lugar a la duda.

—No pienso hacer nada de eso. Dámelo y una vez que lo tenga continuaremos con la otra parte del trato —Oliver me había pedido que no

me arriesgara, que consiguiera la inmunidad para Samuel y mis amigos y que no insistiera en destruir su contrato, pero yo no estaba dispuesta a ceder en ese punto.

—Para destruirlo vas a necesitar mi sangre, así que dime querida, ¿cómo vas a conseguirla si yo no te la doy voluntariamente? ¿Acaso crees que puedes vencerme? —preguntó con su característica sonrisa de suficiencia.

—No va a ser necesario que te venza, porque me la vas a dar tú —le expliqué sintiéndome cada vez más segura de mí misma y de mi poder sobre él. Gabriel estaba demasiado interesado en mí. No se iba a arriesgar a que yo me echara para atrás y el pacto solo era válido si yo elegía libremente, no podía forzarme a hacerlo.

—¡Mira que eres divertida! —exclamó cada vez más desconcertado por mis palabras y mi expresión corporal, en ningún momento bajé la mirada y me mantuve frente a él erguida y decidida.

—¿Lo soy? Pues en este caso no lo pretendo. Simplemente te estoy informando de lo que va a suceder. Necesito —empecé. No... Piensa, Danielle, me insté mentalmente—. Quiero que destruyas el contrato por el cual Fausto Oliviero Bassani te vendió su alma. Y quiero que lo hagas ya —le exigí.

—¿Cómo lo sabes? —me preguntó. La ira era visible y reconocible en su rostro.

—¿Cómo sé el qué? —pregunté fingiendo no saber de lo que me hablaba.

—¡No juegues conmigo niña! ¿Ha sido ella? ¿Te lo ha contado ella? —la rabia dio paso a la decepción y durante un instante pude ver algo más en lo más profundo de su mirada, dolor. Fue tan breve que no estaba segura de haberlo visto.

—Sí, fue ella. Rachel me contó que estabas atado a mis palabras. Que cuando se realiza un pacto contigo o con tus semejantes, mis palabras eran la única forma de luchar contra vosotros —inconscientemente para tener algo que hacer con las manos, me aparté el pelo mi espalda, estaba jugando con uno de mis rizos, estrujándolo nerviosa a la espera de ver alguna reacción en Gabriel, cuando la vi, la reacción que esperaba se materializó en un segundo agónico.

Su cara se descompuso nuevamente, esta vez hasta sus ojos perdieron la

vivacidad que los caracterizaba.

—¡Tienes las alas! —comentó señalando mi cuello expuesto. Maldije mi estupidez, cómo no me había dado cuenta que le estaba dando ventaja con ello.

Sabía que Oliver y que Rachel estaban cerca, que no me perdían de vista y que de algún modo no iban a permitir que me pasara nada. Pero en ese momento sentí lo que significaba la palabra terror.

El rostro de Gabriel estaba ahora impasible, no se percibía ninguna expresión humana en él. Era como si hubiera perdido la vida. Lentamente se agachó y se levantó el camal del pantalón, atada con una cinta de cuero, llevaba una pequeña daga con una piedra roja incrustada en la funda, parecía muy antigua y sin duda su hoja debía estar muy afilada.

Cerré los ojos segura de que ese era mi fin. Pero el dolor no vino a mí, ni tampoco nada más. Abrí los ojos cautelosa y lo que vi, heló la sangre en mis venas, Gabriel había sacado la daga de su funda y se estaba haciendo un pequeño corte en el antebrazo. Me impresionó comprobar que su sangre también era roja. No es que esperara que fuera verde o negra, es que ese insignificante hecho, lo volvía humano a mis ojos.

Sin siquiera mirarme extrajo el documento del rollo en el que iba y presiono su dedo sangrante en el sello que había en él. Instantes después el papel se convertía en cenizas y desaparecía ante mi mirada asombrada.

—Buena suerte con tu vida —me dijo Gabriel con la voz ronca—, al fin y al cabo me has vencido. Te mereces disfrutarla a su lado.

Se estaba dando la vuelta para marcharse, pero yo era incapaz de hablar, por lo que me acerqué a él y le tomé de la mano. No sentí su contacto repulsivo, sino tibio e incluso cálido.

—¿Por qué? —le pregunté con un hilo de voz.

—No lo sé. Siempre me has caído bien —y se soltó de mi agarré. En un parpadeo había desaparecido. Dejándome confusa y triste y para ninguno de esos sentimientos tenía una explicación.



Epílogo

Nueve días después, a las ocho de la mañana, Oliver me esperaba en la puerta de casa, como cada día, dispuesto a llevarme al instituto. Iba medio dormida, por lo que no me di cuenta que había alguien más a parte de Oliver dentro del vehículo, no fue hasta entrar en el coche que me di cuenta que también estaban allí Marc, Andrea y Samuel sentados tranquilamente en la parte de atrás. Ni siquiera tuve tiempo de preguntar qué hacían allí cuando los cuatro gritaron al unísono.

—¡Feliz cumpleaños, Danielle!

Una sonrisa de auténtica felicidad se extendió por mis labios. Estábamos todos juntos en armonía y los cumpleaños ya no eran una fecha temida para mí.

Ya no había día límite o al menos no la conocía ni sabía cuánto tardaría en llegar. Lamenté que mi padre y mis amigos no lo supieran, era difícil explicar algo así, solo disponía de tiempo para que vieran que todo estaba bien y gracias a Dios, ese tiempo lo iba a compartir con Oliver.

Sonreí cuando Samuel se inclinaba sobre mí para darme un beso en la mejilla, había recuperado a mi amigo, que finalmente había entendido que en el corazón no se manda y que nada de lo que había pasado entre nosotros había sido con la intención de lastimarlo.

Marc y Andrea seguían con su relación, después de tanto tiempo jugando al gato y al ratón habían resultado ser una pareja estable que se compenetraba

a la perfección.

De Theresa poco se podía decir, seguía con la misma actitud resentida conmigo y con el mismo interés en Oliver. Pero yo estaba demasiado segura de su amor como para sentirme incómoda por ello.

—¿Estás bien? —preguntó Oliver cuando coincidimos en nuestra taquilla al final de la jornada de clases.

—¡Vaya! Y yo que creía que no iba a volver a escuchar esa pregunta nunca más —bromeé

—Eso va a resultar difícil, yo siempre me voy a preocupar por ti, es el trabajo más duro de ser el novio —me comentó socarrón.

—Entonces te lo permito —concedí feliz.

Sentí su risa en mis labios. Gracias a él, mi vida tenía otro sentido. Y quién sabía si algún día no muy lejano, la historia volviera a comenzar. De momento Rachel había dejado el instituto, probablemente persiguiendo a Gabriel, parecía que el destino de esos dos era estar juntos por el resto de sus días...

Yo también sonreí cuando por el rabillo del ojo vi a mi padre hablar con Lucía la otra profesora de lengua inglesa que por fin había regresado de su baja laboral por enfermedad. La cara de mi padre resplandecía al comprobar que Lucía estaba perfectamente, sin duda un muy buen comienzo para una nueva historia.



La misma noche en que terminó todo, Isabella vino a verme, era la segunda vez desde que estaba con Danielle que me visitaba en sueños. Pero fue esa segunda vez cuando comprendí que con todo lo que sabía de la vida, jamás me había planteado que los sueños fueran algo más que simples imágenes del subconsciente, ¿por qué razón no iba a tratarse realmente de mi hermana?

Esa noche, fue la primera que me habló. Se acercó a mí y se sentó a mi lado en el banco escondido dentro del laberinto, estábamos en casa en

Flores, el viento olía a lluvia y a hierba recién cortada.

—Te quiero, Fausto —me dijo con la sonrisa brillante que había tenido en vida.

—Yo también te quiero —y al decirlo sentí la paz que había perdido tantos años atrás...

Cuando se lo conté a Danielle sus ojos también se humedecieron.

—Creo que tienes razón —concedió varios minutos después rompiendo nuestro silencio—. Cuando sueñas con alguien que quieres y ha muerto, no es tu subconsciente. Realmente es una visita.

—¿Cómo estás tan segura? —pregunté mientras le acariciaba la mejilla y limpiaba sus silenciosas lágrimas.

—Lo siento aquí —me dijo y se llevó la mano al corazón, ese corazón que por primera vez bombeaba con fuerza.

Agradecimientos

Este libro es un sueño recurrente desde hace mucho tiempo, Oliver lleva dando vueltas en mi cabeza desde que alguna vez fantaseé con la idea de ver publicada una de mis novelas y durante todo este tiempo, la otra persona que siempre estuvo ahí junto a él, la que siempre confió en mí y creyó que podía conseguirlo, es mi madre, la persona que me convirtió en la lectora que soy y la persona que creo ser.

Este libro también quiero dedicárselo a mi marido y a mi hija que han aguantado estoicamente mis interminables horas frente al ordenador.

A Aitana por ser lo mejor que he hecho en la vida y a Iván por quererme igual en mis días buenos y en los malos.

También para mi querida sobrina Daniela, que tuvo a bien prestarme su nombre para mi protagonista.

Y por supuesto para toda mi familia, mi hermana, mi padre, mi tío Antonio que es más que un tío para mí, mi cuñado y mi amiga Carmen que un día me regaló un libro en blanco para que escribiera mi historia, a mi querida Karol por los consejos y por confiarme su primera novela y a mis queridos bloggers que apoyaron este proyecto desde el principio, incluso antes de que tuviera editorial, y para todos vosotros que estáis leyendo este libro.

¡Muchas gracias!



OLGA SALAR, nació en Valencia un veintidós de enero. Pasó su niñez entre los libros de El pequeño vampiro de Angela Sommer Bodenburg, y desde entonces no ha parado de leer, su afición literaria se convirtió en algo más cuando se licenció en Filología Hispánica.

En diciembre de 2009 creó el blog literario Luna Lunera (Diario de una Lunática) del que es administradora. Gracias a él es conocida en la red como Olga Lunera. Es también la fundadora del Club Cadena de Favores en Facebook Reparte su atención entre la literatura juvenil y la romántica adulta. Y será en estos dos géneros en los que se ubicarán sus novelas.

Notas

[1] La última vez que hablamos, la noche que caminé, quema como un hierro clavado en mi mente, debía ir colocado para decirte que tú y yo no estábamos destinados, que simplemente estaba perdiendo el tiempo. Oh, ¿por qué dudé de ti? Sabes que moriría sin ti. <<